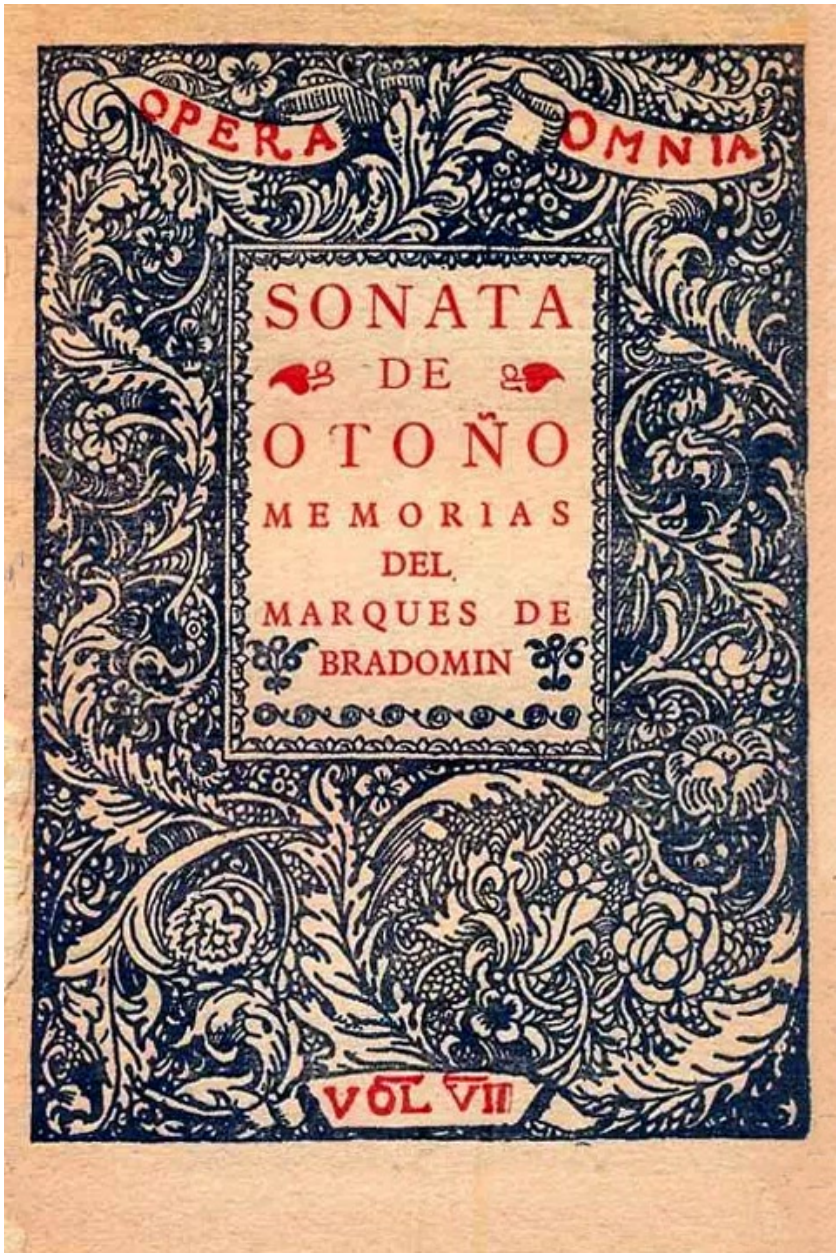

Ramón M. del Valle-Inclán

Sonata de otoño

Herbstsonate

Ramón María del Valle-Inclán
1866 – 1936

Sonata de otoño

Memorias del Marqués de Bradomín

[9] MI AMOR ADORADO, estoy muriéndome y sólo deseo verte» ¡Ay! Aquella carta de la pobre Concha se me extravió hace mucho tiempo. Era llena de afán y de tristeza, perfumada de violetas y de un antiguo amor. Sin concluir de leerla, la besé. Hacía cerca de dos años que no me escribía, y ahora me llamaba a su lado con súplicas dolorosas y ardientes. Los tres pliegos blasonados traían la huella de sus lágrimas, [10] y la conservaron largo tiempo. La pobre Concha se moría retirada en el viejo Palacio de Brandeso, y me llamaba suspirando. Aquellas manos pálidas, olorosas, ideales, las manos que yo había amado tanto, volvían a escribirme como otras veces. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. Yo siempre había esperado en la resurrección de nuestros amores. Era una esperanza indecisa y nostálgica que llenaba mi vida con un aroma de fe: Era la quimera del porvenir, la dulce quimera dormida en el fondo de los lagos azules, donde se reflejan las estrellas del destino. ¡Triste destino el de los dos! El viejo rosal de nuestros amores volvía a florecer para deshojarse piadoso sobre una sepultura.

¡La pobre Concha se moría!

Yo recibí su carta en Viana del Prior, donde [11] cazaba todos los otoños. El Palacio de Brandeso está a pocas leguas de jornada. Antes de ponerme en camino, quise oír a María Isabel y a María Fernanda, las hermanas de Concha, y fui a verlas. Las dos son monjas en las Comendadoras. Salieron al locutorio, y a través de las rejas me alargaron sus manos nobles y abaciales, de esposas vírgenes. Las dos me dijeron, suspirando, que la pobre Concha se moría, y las dos, como en otro tiempo, me tutearon. ¡Habíamos jugado tantas veces en las grandes salas del viejo Palacio señorial! Salí

Herbstsonate

Memoiren des Marquis von Bradomín

MEIN GELIEBTER, ich liege im Sterben und wünsche nur noch, dich zu sehen.« Dieser Brief der armen Concha ist schon lange verloren. Er war voller Enthusiasmus und Trauer und duftete nach Veilchen und einer alten Liebe. Ich küßte ihn, ohne ihn zu Ende zu lesen. Vor fast zwei Jahren hatte sie mir das letzte Mal geschrieben, und nun rief sie mich mit schmerzlichen und inbrünstigen Bitten zu sich. Die drei pompösen Blätter trugen die Spuren ihrer Tränen, sie blieben dort für lange Zeit. Die arme Concha lag im Sterben, einsam im alten Palast Brandeso, und sie rief mich seufzend. Ihre makellosen, blassen, duftenden Hände, die ich so sehr geliebt hatte, schrieben mir wieder, wie früher. Ich spürte, wie sich meine Augen mit Tränen füllten. Ich hatte immer die Auferstehung unserer Liebe erhofft. Es war eine unentschlossene und wehmütige Hoffnung, die mein Leben mit dem Duft des Glaubens erfüllte: Es war ein Trugbild der Zukunft, ein liebliches Trugbild, schlafend auf dem Grund der blauen Seen, wo sich die Sterne des Schicksals spiegeln. Unser gemeinsames trauriges Schicksal! Der alte Rosenstrauch unserer Liebe lebte auf, um mit seinen Blüten das Grab würdevoll zu bedecken.

Die arme Concha lag im Sterben!

Ich erhielt ihren Brief in Viana del Prior, wo ich jeden Herbst auf die Jagd ging. Der Palast Brandeso ist nur ein paar Meilen entfernt. Bevor ich mich auf den Weg machte, wollte ich María Isabel und María Fernanda, Conchas Schwestern, treffen, und ich ging zu ihnen. Sie sind beide Nonnen bei den Comendadoras. Sie traten in das Sprechzimmer und reichten mir durch die Gitterstäbe ihre edlen klösterlichen Hände, Hände jungfräulicher Bräute Jesu. Sie erzählten mir seufzend, daß die arme Concha im Sterben liege, und beide nannten mich wie früher bei meinem Vornamen. Wie oft hatten wir in den großen Sälen

del locutorio con el alma llena de tristeza. Tocaba el esquilón de las monjas: Penetré en la iglesia, y a la sombra de un pilar me arrodillé. La iglesia aún estaba oscura y desierta. Se oían las pisadas de dos señoras [12] enlutadas y austeras que visitaban los altares: Parecían dos hermanas llorando la misma pena e implorando una misma gracia. De tiempo en tiempo se decían alguna palabra en voz queda, y volvían a enmudecer suspirando. Así recorrieron los siete altares, la una al lado de la otra, rígidas y desconsoladas. La luz incierta y moribunda de alguna lámpara, tan pronto arrojaba sobre las dos señoras un lívido reflejo, como las envolvía en sombra. Yo las oía rezar medrosamente. En las manos pálidas de la que guiaba, distinguía el rosario: Era de azabaches, y la cruz y las medallas de lucientes oros. Recordé que Concha rezaba con un rosario igual y que tenía escrúpulos de permitirme jugar con él. Era muy piadosa la pobre Concha, y sufría porque nuestros amores se le figuraban un [13] pecado mortal. ¡Cuántas noches al entrar en su tocador, donde me daba cita, la hallé de rodillas! Sin hablar, levantaba los ojos hacia mí indicándome silencio. Yo me sentaba en un sillón y la veía rezar: Las cuentas del rosario pasaban con lentitud devota entre sus dedos pálidos. Algunas veces, sin esperar a que concluyese, me acercaba y la sorprendía. Ella tornábase más blanca y se tapaba los ojos con las manos. ¡Yo amaba locamente aquella boca dolorosa, aquellos labios trémulos y contraídos, helados como los de una muerta! Concha desasíase nerviosamente, se levantaba y ponía el rosario en un joyero. Después, sus brazos rodeaban mi cuello, su cabeza desmayaba en mi hombro, y lloraba, lloraba de amor, y de miedo a las penas eternas.

[14] Cuando volví a mi casa había cerrado la noche: Pasé la velada solo y triste, sentado en un sillón cerca del fuego. Estaba adormecido y llamaron a la puerta con grandes aldabadas, que en el silencio de las altas horas parecieron sepulcrales y medrosas. Me incorporé sobresaltado, y abrí la ventana. Era el mayordomo que había traído

des alten, herrschaftlichen Palastes gespielt! Ich verließ das Sprechzimmer, die Seele erfüllt mit Trauer. Die Glocke des Klosters läutete: ich betrat die Kirche und kniete im Schatten einer Säule nieder. Die Kirche war immer noch dunkel und menschenleer. Man hörte die Schritte von zwei schlichten trauernden Damen, die vor die Altäre traten: sie schienen wie zwei Schwestern, die denselben Kummer beweinen und dieselbe Gnade erflehen. Von Zeit zu Zeit sprachen sie mit leiser Stimme ein Wort, dann schwiegen sie wieder und seufzten. So gingen sie an den sieben Altären entlang, Seite an Seite, steif und untröstlich. Das undeutliche, vergehende Licht einer Lampe warf auf die beiden Damen einen fahlen Widerschein und hüllte sie in Schatten. Ich hörte sie mutlos beten. In den bleichen Händen der ersten Frau konnte ich den Rosenkranz erkennen: die Perlen aus Jett, das Kreuz und die Medaille aus glänzendem Gold. Ich dachte daran, daß Concha mit so einem Rosenkranz betete, und daß sie mich nicht damit spielen ließ. Die arme Concha war sehr fromm, und sie litt darunter, daß unsere Liebschaft ihr als Todsünde erschien. Wie oft fand ich sie auf Knien, wenn ich nachts in ihr Boudoir kam, wo sie mich erwartet hatte! Wortlos richtete sie ihren Blick auf mich, um mir Schweigen zu gebieten. Ich setzte mich in einen Sessel und betrachtete sie beim Beten: Die Perlen des Rosenkranzes glitten mit andächtiger Langsamkeit durch ihre blassen Finger. Manchmal ging ich auf sie zu, ohne zu warten, bis sie fertig war und überraschte sie. Sie wurde noch blasser und bedeckte ihre Augen mit den Händen. Ich liebte diesen schmerzlichen Mund wie verrückt, diese bebenden und verkrampften Lippen, eisig wie die einer Toten! Concha riß sich los, stand auf und legte den Rosenkranz in ein Schmuckkästchen. Dann schlang sie ihre Arme um meinen Hals, ihr Kopf sank auf meine Schulter, und sie weinte, weinte vor Liebe und aus Angst vor ewiger Strafe.

Als ich nach Hause kam, war die Nacht schon fast vorbei: Ich verbrachte den Morgen allein und traurig in einem Sessel am Feuer und war schon eingeschlafen, als ein lautes Klopfen an der Tür ertönte. Es klang in der Grabesstille der späten Stunde bedrohlich. Ich setzte mich mit einem Schreck auf und öffnete das Fenster. Es war der Majordomus, der den Brief von

la carta de Concha, y que venía a buscarme para ponernos en camino.

[15] EL MAYORDOMO era un viejo aldeano que llevaba capa de juncos con capucha, y madreñas. Manteníase ante la puerta, jinete en una mula y con otra del diestro. Le interrogué en medio de la noche.

—¿Ocurre algo, Brión?

—Que empieza a rayar el día, Señor Marqués.

Bajé presuroso, sin cerrar la ventana que [16] una ráfaga batió. Nos pusimos en camino con toda premura. Cuando llamó el mayordomo aun brillaban algunas estrellas en el cielo. Cuando partimos oí cantar los gallos de la aldea. De todas suertes no llegaríamos hasta cerca del anochecer. Hay nueve leguas de jornada y malos caminos de herradura, trasponiendo monte. Adelantó su mula para enseñarme el camino, y al trote cruzamos la Quintana de San Clodio, acosados por el ladrido de los perros que vigilaban en las eras atados bajo los hórreos. Cuando salimos al campo empezaba la claridad del alba. Vi en lontananza unas lomas yermas y tristes, veladas por la niebla. Traspuestas aquéllas, vi otras, y después otras.

El sudario ceniciento de la llovizna las envolvía: No acababan nunca. Todo el camino era así. A lo lejos, por [17] La Puente del Prior, desfilaba una recua madrugadora, y el arriero, sentado a mujeriegas en el rocín que iba postrero, cantaba a usanza de Castilla. El sol empezaba a dorar las cumbres de los montes: Rebaños de ovejas blancas y negras subían por la falda, y sobre verde fondo de pradera, allá en el dominio de un Pazo, larga bandada de palomas volaba sobre la torre señorial. Acosados por la lluvia, hicimos alto en los viejos molinos de Gundar, y como si aquello fuese nuestro feudo, llamamos autoritarios a la puerta. Salieron dos perros flacos, que ahuyentó el mayordomo, y después una mujer hilando. El viejo aldeano saludó cristianamente:

—¡Ave María Purísima!

Concha gebracht hatte, und der mich abholen wollte, um zu ihr zu gehen.

DER MAJORDOMUS, ein alter Mann aus dem Dorf, trug Holzschuhe und einen Umhang mit Kapuze aus Binsen. Er stand vor der Tür, auf einem Maultier reitend, mit einem anderen zur Rechten. Ich fragte sofort, was los sei.

»Was gibt es, Brión?«

»Es wird langsam hell, Herr Marquis.«

Ich eilte die Treppe hinunter, ohne das Fenster, das im Wind schlug, zu schließen. Wir brachen in aller Eile auf. Als der Majordomus klopfte, leuchteten noch ein paar Sterne am Himmel. Als wir losgingen, hörte ich im Dorf Hähne krähen. Auf jeden Fall würden wir erst bei Einbruch der Dunkelheit ankommen. Es sind neun Meilen auf schlechten Reitwegen durch die Berge. Er ging mit seinem Maultier voran, um mir den Weg zu zeigen, und im Trab überquerten wir die Quintana de San Clodio, belästigt durch das Gebell der Hunde, die, angebunden unter den Getreidespeichern, Wache hielten. Als wir auf das Land hinausfuhren, dämmerte es gerade. In der Ferne sah ich einige karge traurige Hügel, die vom Nebel verhüllt waren. Dahinter sah ich andere und wieder andere.

Der graue Schleier des Nieselregens hüllte sie ein: ohne Ende, entlang des ganzen Wegs. In der Ferne, bei La Puente del Prior, zog eine morgendliche Herde vorbei, und dahinter der Maultiertreiber, der nach Frauenart auf dem Tier saß, und kastilische Lieder sang. Die Sonne vergoldete schon die Gipfel der Berge: Herden schwarzer und weißer Schafe liefen die Hänge hinauf, und dort an der grünen Wiese kreiste ein großer Schwarm Tauben über dem herrschaftlichen Turm eines Gutshauses. Vom Regen ermüdet, machten wir bei den alten Mühlen von Gundar Halt und klopften gebieterisch, als ob es unser Lehen wäre. Zwei magere Hunde stürzten heraus, wurden aber vom Majordomus verjagt, und hinter ihm stand eine Frau. Der alte Mann aus dem Dorf grüßte ganz christlich:

»Ave Maria, du Allerreinste!«

La mujer contestó:

—¡Sin pecado concebida!

[18] Era una pobre alma llena de caridad. Nos vio ateridos de frío, vio las mulas bajo el cobertizo, vio el cielo encapotado con torva amenaza de agua, y franqueó la puerta, hospitalaria y humilde:

—Pasen y siéntense al fuego. ¡Mal tiempo tienen, si son caminantes! ¡Ay! Qué tiempo, toda la siembra anega. ¡Mal año nos aguarda!

Apenas entramos, el mayordomo volvió a salir por las alforjas. Yo me acerqué al hogar donde ardía un fuego miserable. La pobre mujer avivó el rescoldo y trajo un brazado de jara verde y mojada, que empezó a dar humo, chisporroteando. En el fondo del muro, una puerta vieja y mal cerrada, con las losas del umbral blancas de harina, golpeaba sin tregua: ¡Tac! ¡tac! La voz de un viejo que entonaba un cantar, y la rueda del molino, [19] resonaban detrás. Volvió el mayordomo con las alforjas colgadas de un hombro:

—Aquí viene el yantar. La señora se levantó para disponerlo todo por sus manos. Salvo su mejor parecer, podríamos aprovechar este huelgo. Si cierra a llover no tendremos escampo hasta la noche.

La molinera se acercó solícita y humilde:

—Pondré unas trébedes al fuego, si acaso les place calentar la vianda.

Puso las trébedes y el mayordomo comenzó a vaciar las alforjas: Sacó una gran servilleta adamascada y la extendió sobre la piedra del hogar. Yo, en tanto, me salí a la puerta. Durante mucho tiempo estuve contemplando la cortina cenicienta de la lluvia que ondulaba en las ráfagas del aire. El mayordomo se acercó respetuoso y familiar a la vez:

[20] —Cuando a vuecencia bien le parezca… ¡Dígole que tiene un rico yantar!

Die Frau stimmte ein:

»Ohne Sünde empfangen!«

Sie war eine gute, menschenfreundliche Seele. Sie sah uns starr vor Kälte, sie sah die Maultiere unter dem Vordach, sie sah den Himmel bedeckt mit einer fürchterlichen Last von Wasser, und sie öffnete die Tür, gastfreundlich und bescheiden:

»Kommt nur herein und setzt euch ans Feuer. Schlechtes Wetter habt ihr für eure Reise. Ach, was für ein Wetter, die ganze Saat ist überschwemmt. Es wird ein schlechtes Jahr!«

Kaum waren wir eingetreten, lief der Majordomus wieder hinaus, um die Satteltaschen zu holen. Ich ging zum Herd, wo ein klägliches Feuer brannte. Die Frau schürte die Glut und schichtete einen Armvoll grüner, feuchter Zistrosen darauf, die zu rauchen und zu knistern begannen. Ständig klappte am Ende der Mauer eine alte, schlecht verschlossene Tür, deren Schwelle weiß vom Mehl war. Man hörte dahinter die Stimme eines alten Mannes, der ein Lied sang, und das Mühlrad. Der Majordomus kehrte zurück, die Satteltaschen über die Schulter gehängt:

»Hier kommt das Essen. Die Frau steht bereit, alles recht zu machen. Wenn Sie es sich nicht anders überlegen, können wir diese Pause gut ausnutzen. Wenn es zu regnen aufhört, wird es bis zum Abend aufklaren.«

Die Müllerin kam sorglich und bescheiden herbei:

»Ich werde ein paar Dreifüße auf das Feuer stellen, wenn Ihr das Essen heiß machen wollt.«

Sie stelllte die Dreifüße auf, und der Majordomus begann, die Satteltaschen zu leeren: Er nahm eine große Damastserviette heraus und legte sie auf die Steine des Herdes. Ich ging derweil zur Tür hinaus. Lange Zeit starrte ich auf den von Böen geschüttelten grauen Regenvorhang. Der Majordomus kam herbei, respektvoll und vertraut zugleich:

»Wenn es Euer Exzellenz recht ist… Möge es Euch schmecken!«

Entré de nuevo en la cocina y me senté cerca del fuego. No quise comer, y mandé al mayordomo que únicamente me sirviese un vaso de vino. El viejo aldeano obedeció en silencio. Buscó la bota en el fondo de las alforjas, y me sirvió aquel vino rojo y alegre que daban las viñas del Palacio, en uno de esos pequeños vasos de plata que nuestras abuelas mandaban labrar con soles del Perú, un vaso por cada sol. Apuré el vino, y como la cocina estaba llena de humo, salíme otra vez a la puerta. Desde allí mandé al mayordomo y a la molinera que comiesen ellos. La molinera solicitó mi venia para llamar al viejo que cantaba dentro. Le llamó a voces.

—¡Padre! ¡Mi padre!…

[21] Apareció blanco de harina, la montera derribada sobre un lado y el cantar en los labios. Era un abuelo con ojos bailadores y la guedeja de plata, alegre y picaresco como un libro de antiguos decires. Arrimaron al hogar toscos escabeles ahumados, y entre un coro de bendiciones sentáronse a comer. Los dos perros flacos vagaban en torno. Fue un festín donde todo lo había previsto el amor de la pobre enferma. ¡Aquellas manos pálidas, que yo amaba tanto, servían la mesa de los humildes como las manos ungidas de las santas princesas! Al probar el vino, el viejo molinero se levantó salmodiando:

¡A la salud del buen caballero que nos lo da!. De hoy en muchos años torne a catarlo en su noble presencia.

Después bebieron la mujeruca y el mayordomo, [22] todos con igual ceremonia. Mientras comían yo les oía hablar en voz baja. Preguntaba el molinero adónde nos encaminábamos y el mayordomo respondía que al Palacio de Brandeso. El molinero conocía aquel camino, pagaba un foro antiguo a la señora del Palacio, un foro de dos ovejas, siete ferrados de trigo y siete de centeno. El año anterior, como la sequía fuera tan grande, perdonárale todo el fruto: Era una señora que se compadecía del pobre aldeano. Yo, desde la puerta, mirando caer la lluvia, les oía emocionado y complacido.

Ich ging wieder in die Küche und setzte mich ans Feuer. Ich mochte nichts essen und bat den Majordomus, mir ein Glas Wein zu bringen. Der alte Mann aus dem Dorf gehorchte schweigend. Er suchte tief in den Satteltaschen den Weinschlauch und schenkte mir den roten, beflügelnden Wein aus den Reben des Palastes ein, in einen jener kleinen Silberbecher, die unsere Großmütter aus peruanischen Soles geformt hatten, ein Becher aus jedem Sol. Ich trank den Wein aus, und, weil die Küche voller Rauch war, ging ich wieder zur Tür hinaus. Von dort aus sagte ich dem Majordomus und der Müllerin, daß sie essen sollten. Die Müllerin bat mich um Erlaubnis, den alten Mann zu rufen, der da drinnen sang. Sie rief ihn laut:

»Vater, Vater!…«

Er erschien, weiß vom Mehl bestäubt, die Mütze auf der Seite, und ein Lied auf den Lippen. Ein Großvater mit tanzenden Augen und silbernen Haarsträhnen, fröhlich und schelmisch wie ein Buch voller alter Sprüche. Sie brachten grobe angeräucherte Schemel zum Herd und setzten sich mit Segenswünschen zum Essen. Die beiden mageren Hunde streiften um sie herum. Es war ein Festmahl, für das die Liebe der armen Kranken gesorgt hatte. Diese blassen Hände, die ich so sehr liebte, dienten dem Tisch der Demütigen wie die gesalbten Hände heiliger Prinzessinnen! Als ich den Wein probierte, erhob sich der alte Müller und rief pathetisch:

»Auf die Gesundheit des edlen Ritters, der uns das schenkt!… Von heute an werde ich noch in vielen Jahren von seiner edlen Gegenwart zehren.«

Dann tranken die Frau und der Mayordomus, alle mit der gleichen Feierlichkeit. Während sie aßen, hörte ich sie mit leiser Stimme reden. Der Müller fragte, wohin wir gingen, und der Mayordomus antwortete, zum Palast Brandeso. Der Müller kannte den Weg, er zahlte der Dame des Palastes einen alten Pachtzins, nämlich zwei Schafe, sieben Scheffel Weizen und sieben Scheffel Roggen. Letztes Jahr bei der großen Dürre hatte sie ihm das Getreide erlassen: Sie war eine Dame, die Mitleid mit den armen Dorfbewohnern hatte. Ich stand an der Tür, blickte auf den Regen und hörte ihnen mit Rührung und Vergnügen zu.

Volvía la cabeza, y con los ojos buscábales en torno del hogar, en medio del humo. Entonces bajaban la voz y me parecía entender que hablaban de mí. El mayordomo se levantó:

—Si a vuecencia le parece, echaremos un [23] pienso a las mulas y luego nos pondremos en camino.

Salió con el molinero, que quiso ayudarle. La mujeruca se puso a barrer la ceniza del hogar. En el fondo de la cocina los perros roían un hueso. La pobre mujer, mientras recogía el rescoldo, no dejaba de enviarme bendiciones con un musitar de rezo:

—¡El Señor quiera concederle la mayor suerte y salud en el mundo, y que cuando llegue al Palacio tenga una grande alegría!… ¡Quiera Dios que se encuentre sana a la señora y con las colores de una rosa!…

Dando vueltas en torno del hogar la molinera repetía monótonamente:

—¡Así la encuentre como una rosa en su rosal!

Aprovechando un claro del tiempo, entró [24] el mayordomo a recoger las alforjas en la cocina, mientras el molinero desataba las mulas y del ronzal las sacaba hasta el camino, para que montásemos. La hija asomó en la puerta a vernos partir:

—¡Vaya muy dichoso el noble caballero!. ¡Que Nuestro Señor le acompañe!…

Cuando estuvimos a caballo salió al camino, cubriéndose la cabeza con el mantelo para resguardarla de la lluvia que comenzaba de nuevo, y se llegó a mí llena de misterio. Así, arrebujada, parecía una sombra milenaria. Temblaba su carne, y los ojos fulguraban calenturientos bajo el capuz del mantelo. En la mano traía un manojo de yerbas. Me las entregó con un gesto de sibila, y murmuró en voz baja:

—Cuando se halle con la señora mi Condesa, [25] póngale sin que ella le vea, estas yerbas bajo la almohada. Con ellas sanará. Las almas son como

Ich wandte den Kopf und versuchte, sie beim Herd inmitten des Rauches, zu erkennen. Dann senkten sie ihre Stimmen, und es kam mir vor, sie sprächen über mich. Der Mayordomus erhob sich:

»Wenn es Euer Exzellenz recht ist, geben wir den Maultieren zu fressen und machen uns dann auf den Weg.«

Er ging mit dem Müller, der ihm helfen wollte, hinaus. Die Frau begann, die Asche von der Feuerstelle zu fegen. Hinten in der Küche knabberten die Hunde an einem Knochen. Als die Frau die Glut aufnahm, segnete sie mich immer wieder mit einem gemurmelten Gebet:

»Möge der Herr Euch das höchste Glück und die beste Gesundheit der Welt schenken, und daß Ihr, wenn Ihr im Palast ankommt, große Freude habt!… Gebe es Gott, daß Ihr die Dame gesund und schön wie eine Rose antrefft!…«

Die Müllerin ging um die Feuerstelle herum und wiederholte monoton:

»Möge sie sein wie eine Rose am Rosenstock!«

Der Majordomus nutzte ein Aufklaren und kam herein, um die Satteltaschen aus der Küche zu holen. Der Müller band die Maultiere los und führte sie am Halfter auf den Weg, damit wir losreiten konnten. Die Tochter stand in der Tür und sah uns nach:

»Möge der edle Herr glücklich sein!… Möge Gott mit ihm sein!…«

Als wir auf den Pferden saßen, kam sie auf den Weg, bedeckte ihren Kopf mit der Schürze, um sich vor dem wieder einsetzenden Regen zu schützen, und trat dann geheimnisvoll zu mir. So vermummt sah sie aus wie ein tausendjähriger Schatten. Ihre Haut bebte, und ihre Augen glühten unter der Bedeckung der Schürze. In ihrer Hand hielt sie ein Bündel Kräuter. Sie reichte sie mir mit einer sibyllinischen Geste und sagte mit leiser Stimme:

»Wenn Ihr die Dame, meine Gräfin, trefft, dann legt ihr diese Kräuter unter das Kopfkissen, ohne daß sie es bemerkt. Damit wird sie gesund werden. Die

los ruiseñores, todas quieren volar. Los ruiseñores cantan en los jardines, pero en los palacios del rey se mueren poco a poco…

Levantó los brazos, como si evocase un lejano pensamiento profético, y los volvió a dejar caer. Acercóse sonriendo el viejo molinero, y apartó a su hija sobre un lado del camino para dejarle paso a mi mula:

—No haga caso, señor. ¡La pobre es inocente!

Yo sentí, como un vuelo sombrío, pasar sobre mi alma la superstición, y tomé en silencio aquel manojo de yerbas mojadas por la lluvia. Las yerbas olorosas llenas de santidad, las que curan la saudade de las almas y [26] los males de los rebaños, las que aumentan las virtudes familiares y las cosechas… ¡Qué poco tardaron en florecer sobre la sepultura de Concha en el verde y oloroso cementerio de San Clodio de Brandeso!

[27] YO RECORDABA vagamente el Palacio de Brandeso, donde había estado de niño con mi madre, y su antiguo jardín, y su laberinto que me asustaba y me atraía. Al cabo de los años, volvía llamado por aquella niña con quien había jugado tantas veces en el viejo jardín sin flores. El sol poniente dejaba un reflejo dorado entre el verde sombrío, casi negro, de los árboles venerables. Los cedros y los cipreses, que contaban [28] la edad del Palacio. El jardín tenía una puerta de arco, y labrados en piedra, sobre la cornisa, cuatro escudos con las armas de cuatro linajes diferentes. ¡Los linajes del fundador, noble por todos sus abuelos! A la vista del Palacio, nuestras mulas fatigadas, trotaron alegremente hasta detenerse en la puerta llamando con el casco. Un aldeano vestido de estameña que esperaba en el umbral, vino presuroso a tenerme el estribo. Salté a tierra, entregándole las riendas de mi mula. Con el alma cubierta de recuerdos, penetré bajo la oscura avenida de castaños cubierta de hojas secas. En el fondo distinguí el Palacio con todas las ventanas cerradas y los cristales iluminados por el sol. De pronto vi una sombra blanca pasar por detrás de las vidrieras,

Seelen sind wie Nachtigallen, sie wollen alle fliegen. Nachtigallen singen in den Gärten, aber in den Palästen des Königs gehen sie allmählich zugrunde…«

Sie hob die Arme, wie um einen fernen prophetischen Gedanken heraufzubeschwören, und ließ sie wieder fallen. Der alte Müller kam lächelnd heran und schob seine Tochter zur Seite, um meinem Maultier Platz zu schaffen:

»Achten Sie nicht darauf, Herr. Die Ärmste kann nichts dafür!«

Ich spürte, wie der Aberglaube wie im Fluge einen Schatten auf meine Seele warf, und nahm schweigend das Bündel regennasser Kräuter auf. Die duftenden Kräuter voller Heiligkeit, die den Schmerz der Seele und die Krankheiten der Herde heilen, die die Familientugenden und die Ernten steigern… Wie bald würden sie auf Conchas Grab erblühen, auf dem duftenden grünen Friedhof von San Clodio de Brandeso!

ICH ERINNERTE MICH mich undeutlich an den Palast Brandeso, in dem ich als Kind mit meiner Mutter gewesen war, und an seinen alten Garten mit dem Labyrinth, das mich erschreckte und anzog. Im Laufe der Jahre wurde ich immer wieder an das kleine Mädchen erinnert, mit dem ich so oft in dem alten Garten ohne Blumen gespielt hatte. Die untergehende Sonne warf einen goldenen Schein auf das düstere, fast schwarze Grün der ehrwürdigen Bäume, die Zedern und Zypressen, die vom Alter des Palastes Zeugnis ablegten. Der Garten hatte ein bogenförmiges Tor, und auf dem Gesims, in Stein gemeißelt, waren die Wappen vier verschiedener Familien, die Familien des Stifters, geadelt durch alle seine Vorfahren! Als wir den Palast erblickten, trotteten unsere müden Maultiere fröhlich weiter, bis sie vor dem Tor anhielten und mit den Hufen scharrten. Ein Dorfbewohner mit einem wollenen Umhang, der auf der Schwelle gewartet hatte, kam eilig herbei, um mir den Steigbügel zu halten. Ich sprang auf den Boden und reichte ihm die Zügel. Mit der Seele voller Erinnerungen trat ich in die dunkle, mit trockenem Laub bedeckte Kastanienallee. Weiter hinten sah ich den Palast. Alle Fenster waren geschlossen, die Scheiben

la vi detenerse y llevarse las dos manos [29] a la frente. Después la ventana del centro se abría con lentitud y la sombra blanca me saludaba agitando sus brazos de fantasma. Fue un momento no más. Las ramas de los castaños se cruzaban y dejé de verla. Cuando salí de la avenida alcé los ojos nuevamente hacia el Palacio. Estaban cerradas todas las ventanas: ¡Aquella del centro también! Con el corazón palpitante penetré en el gran zaguán oscuro y silencioso. Mis pasos resonaron sobre las anchas losas. Sentados en escaños de roble, lustrosos por la usanza, esperaban los pagadores de un foral. En el fondo se distinguían los viejos arcones del trigo con la tapa alzada. Al verme entrar los colonos se levantaron, murmurando con respeto:

—¡Santas y buenas tardes!

Y volvieron a sentarse lentamente, quedando [30] en la sombra del muro que casi los envolvía. Subí presuroso la señorial escalera de anchos peldaños y balaustral de granito toscamente labrado. Antes de llegar a lo alto, la puerta abrióse en silencio, y asomó una criada vieja, que había sido niñera de Concha. Traía un velón en la mano, y bajó a recibirme:

—¡Páguele Dios el haber venido! Ahora verá a la señorita. ¡Cuánto tiempo la pobre suspirando por vuecencia!… No quería escribirle. Pensaba que ya la tendría olvidada. Yo he sido quien la convenció de que no. ¿Verdad que no, Señor mi Marqués?

Yo apenas pude murmurar:

—No. ¿Pero, dónde está?

—Lleva toda la tarde echada. Quiso esperarle vestida. Es como los niños. Ya el señor [31] lo sabe. Con la impaciencia temblaba hasta batir los dientes, y tuvo que echarse.

—¿Tan enferma está?

A la vieja se le llenaron los ojos de lágrimas:

von der Sonne beleuchtet. Plötzlich sah ich einen weißen Schimmer hinter den Scheiben vorbeiziehen. Eine Frau, sie hielt inne und legte beide Hände an die Stirn. Dann öffnete sich langsam das mittlere Fenster, und die weiße Frau winkte mir mit geisterhaften Armen zu. Es dauerte nur einen Augenblick. Die Äste der Kastanienbäume waren im Weg, und ich sah sie nicht mehr. Als ich die Allee verließ, richtete ich meinen Blick wieder auf den Palast. Alle Fenster waren geschlossen, auch das mittlere! Mit klopfendem Herzen betrat ich die große, dunkle und stille Diele. Meine Schritte hallten auf den breiten Steinplatten wider. Auf eichenen, durch vielen Gebrauch glänzenden Stühlen sitzend, warteten Bauern, um die Pacht zu zahlen. Im Hintergrund sah man alte Weizenkästen mit offenen Deckeln. Als die Bauern mich eintreten sahen, erhoben sie sich und begrüßten mich, respektvoll murmelnd:

»Gesegneten Abend!«

Sie setzten sich langsam wieder hin und blieben im Schatten der Mauer, die sie fast verbarg. Ich eilte die herrschaftliche Treppe mit ihren breiten Stufen und der roh behauenen Granitbalustrade hinauf. Bevor ich oben ankam, öffnete sich leise die Tür, und eine alte Dienerin, die früher Conchas Kindermädchen gewesen war, sah heraus. Sie hatte eine Öllampe in der Hand und kam mir entgegen:

»Ihr seid gekommen, möge Gott es lohnen! Jetzt werdet Ihr das Fräulein sehen; wie lange hat sich die Ärmste nach Eurer Exzellenz gesehnt!… Sie wollte Euch nicht schreiben. Sie dachte, Ihr hättet sie längst vergessen. Ich habe sie vom Gegenteil überzeugt, das stimmt doch, nicht wahr, mein Herr Marquis?«

Ich brachte kaum ein Wort heraus:

»Ja. Aber wo ist sie?«

»Sie hat sich den ganzen Nachmittag hingelegt. Sie wollte angezogen auf Euch warten. Sie ist wie ein Kind. Ihr wißt das. Sie zitterte vor Ungeduld und mußte sich hinlegen.«

»Ist sie so krank?«

Die Augen der alten Frau füllten sich mit Tränen:

—¡Muy enferma, señor! No se la conoce.

Se pasó la mano por los ojos, y añadió en voz baja, señalando una puerta iluminada en el fondo del corredor:

—¡Es allí!…

Seguimos en silencio. Concha oyó mis pasos, y gritó desde el fondo de la estancia con la voz angustiada:

—¡Ya llegas!… ¡Ya llegas, mi vida!

Entré. Concha estaba incorporada en las almohadas. Dio un grito, y en vez de tenderme los brazos, se cubrió el rostro con las manos y empezó a sollozar. La criada dejó la luz [32] sobre un velador y se alejó suspirando. Me acerqué a Concha trémulo y conmovido. Besé sus manos sobre su rostro, apartándoselas dulcemente. Sus ojos, sus hermosos ojos de enferma, llenos de amor, me miraron sin hablar, con una larga mirada. Después, en lánguido y feliz desmayo, Concha entornó los párpados. La contemplé así un momento. ¡Qué pálida estaba! Sentí en la garganta el nudo de la angustia. Ella abrió los ojos dulcemente, y oprimiendo mis sienes entre sus manos que ardían, volvió a mirarme con aquella mirada muda que parecía anegarse en la melancolía del amor y de la muerte, que ya la cercaba:

—¡Temía que no vinieses!

—¿Y ahora?

—Ahora soy feliz.

[33] Su boca, una rosa descolorida, temblaba. De nuevo cerró los ojos con delicia, como para guardar en el pensamiento una visión querida. Con penosa aridez de corazón, yo comprendí que se moría.

[35] CONCHA se incorporó para alcanzar el cordón de la campanilla.Yo le cogí la mano, suavemente:

—¿Qué quieres?

—Quería llamar a mi doncella para que viniera a vestirme.

»Sehr krank, Herr! Sie weiß es nicht.«

Sie fuhr sich mit der Hand über die Augen und fügte mit leiser Stimme hinzu, indem sie auf eine beleuchtete Tür am Ende des Korridors zeigte:

»Es ist dort!…«

Wir gingen schweigend weiter. Concha hörte meine Schritte und rief mit angstvoller Stimme aus dem hinteren Teil des Raumes:

»Du kommst!… Du kommst, mein Leben!«

Ich ging hinein. Concha stützte sich auf die Kissen. Sie schrie auf, und anstatt mir die Arme entgegenzustrecken, bedeckte sie ihr Gesicht mit den Händen und begann zu schluchzen. Die Dienerin stellte die Lampe auf ein Tischchen und ging seufzend fort. Ich näherte mich Concha, zitternd und bewegt. Ich küßte die Hände auf ihrem Gesicht und zog sie sanft beiseite. Ihre Augen, ihre schönen, fiebrigen Augen, voller Liebe; sie sah mich an ohne ein Wort, mit einem langen Blick. Dann, in einer trägen und wohltuenden Ohnmacht, schloß sie die Augen, und ich betrachtete sie kurze Zeit so. Wie bleich sie war! Ich spürte die Angst wie einen Kloß im Hals. Sie öffnete sanft die Augen, hielt meine Schläfen zwischen ihren heißen Händen und sah mich wieder an, mit jenem stummen Blick, der in der Melancholie der Liebe und des Todes, dem sie schon nahe war, zu ertrinken schien:

»Ich hatte Angst, du würdest nicht kommen!«

»Und jetzt?«

»Jetzt bin ich glücklich.«

Ihr Mund, eine verblaßte Rose, zitterte. Wieder schloß sie verzückt die Augen, als wolle sie eine liebgewonnene Vision in ihren Gedanken bewahren. Mit einem schmerzhaften Krampf im Herzen wurde mir klar, daß sie im Sterben lag.

CONCHA setzte sich auf und griff nach der Schnur der Glocke. Ich nahm sanft ihre Hand:

»Was möchtest du?«

»Ich wollte meine Zofe rufen, damit sie kommt und mich ankleidet.«

—¿Ahora?

—Sí.

Reclinó la cabeza y añadió con una sonrisa triste:

—Deseo hacerte los honores de mi Palacio.

[36] Yo traté de convencerla para que no se levantase. Concha insistió:

—Voy a mandar que enciendan fuego en el comedor. ¡Un buen fuego! Cenaré contigo.

Se animaba, y sus ojos húmedos en aquel rostro tan pálido, tenían una dulzura amorosa y feliz:

—Quise esperarte a pie, pero no pude. ¡Me mataba la impaciencia! ¡Me puse enferma!

Yo conservaba su mano entre las mías, y se la besé. Los dos sonreímos mirándonos:

—¿Por qué no llamas?

Yo la dije en voz baja:

—¡Déjame ser tu azafata!

Concha soltó su mano de entre las mías:

—¡Qué locuras se te ocurren!

—No tal. ¿Dónde están tus vestidos?

Concha se sonrió como hacen las madres [37] con los caprichos de sus hijos pequeños:

—No sé dónde están.

—Vamos, dímelo…

—¡Si no sé!

Y al mismo tiempo, con un movimiento gracioso de los ojos y de los labios me indicó un gran armario de roble que había a los pies de su cama. Tenía la llave puesta, y lo abrí. Se exhalaba del armario una fragancia delicada y antigua. En el fondo estaban los vestidos que Concha llevara puestos aquel día:

»Jetzt?«

»Ja.«

Sie neigte den Kopf und fügte mit einem traurigen Lächeln hinzu:

»Ich möchte dir die Ehren meines Palastes erweisen.«

Ich versuchte sie zu überreden, nicht aufzustehen. Concha blieb dabei:

»Ich werde im Eßzimmer Feuer anzünden lassen. Ein gutes Feuer! Wir werden zusammen essen.«

Sie lebte auf, und die feuchten Augen in diesem bleichen Gesicht waren sanft und liebevoll.

»Ich wollte angezogen auf dich warten, konnte aber nicht, die Ungeduld hat mich fast umgebracht, hat mich krank gemacht!«

Ich nahm ihre Hand in meine Hände und küßte sie. Wir lächelten beide und sahen uns an:

»Warum läutest du nicht?«

Ich sagte mit leiser Stimme zu ihr:

»Laß mich deine Zofe sein!«

Concha zog ihre Hand zurück:

»Was für Verrücktheiten du dir ausdenkst!«

»Nicht doch. Wo sind deine Kleider?«

Concha lächelte, wie Mütter bei den Launen ihrer kleinen Kinder:

»Ich weiß nicht, wo sie sind.«

»Komm schon, sag es mir…«

»Ich weiß es doch nicht!«

Und gleichzeitig deutete sie mit einer anmutigen Bewegung ihrer Augen und Lippen auf einen großen Eichenschrank am Fußende ihres Bettes. Der Schlüssel steckte, und ich öffnete die Tür. Ein zarter und altertümlicher Duft kam aus dem Schrank. Hinten hingen die Kleider, die Concha an diesem Tag tragen wollte:

—¿Son estos?

—Sí… Ese ropón blanco nada más.

—¿No tendrás frío?
—No.

Descolgué aquella túnica, que aún parecía conservar cierta tibia fragancia, y Concha murmuró ruborosa:

[38] —¡Qué caprichos tienes!

Sacó los pies fuera de la cama, los pies blancos, infantiles, casi frágiles, donde las venas azules trazaban ideales caminos a los besos. Tuvo un ligero estremecimiento al hundirlos en las babuchas de marta, y dijo con extraña dulzura:

—Abre ahora esa caja larga. Escógeme unas medias de seda.

Escogí unas medias de seda negra, que tenían bordadas ligeras flechas color malva:

—¿Estas?

—Sí, las que tú quieras.

Para ponérselas me arrodillé sobre la piel de tigre que había delante de su cama. Concha protestó:

—¡Levántate! No quiero verte así.

Yo sonreía sin hacerle caso. Sus pies quisieron [39] huir de entre mis manos. ¡Pobres pies, que no pude menos de besar! Concha se estremecía y exclamaba como encantada:

—¡Eres siempre el mismo! ¡Siempre!

Después de las medias de seda negra, le puse las ligas, también de seda, dos lazos blancos con broches de oro. Yo la vestía con el cuidado religioso y amante que visten las señoras devotas a las imágenes de que son camaristas. Cuando mis manos trémulas anudaron bajo su barbeta delicada, redonda y pálida, los cordones de aquella túnica blanca que parecía un hábito monacal, Concha se puso en pie, apoyándose en mis hombros. Anduvo lentamente hacia el tocador, con ese andar de fantasma que tienen algunas mujeres

»Sind das die richtigen?«

»Ja… Nur das weiße Hauskleid.«

»Dir ist nicht kalt?«
»Nein.«

Ich nahm die Tunika heraus, von der noch immer ein gewisser warmer Duft ausging, und Concha murmelte errötend:

»Was du für Einfälle hast!«

Sie hob ihre Füße aus dem Bett, diese Füße, weiß, kindlich, fast zerbrechlich, wo die blauen Adern ideale Bahnen für Küsse zeichneten. Sie zitterte ein wenig, als sie in die Zobelpantoffeln schlüpfte, und sagte mit einer seltsamen Süße:

»Öffne jetzt die große Truhe. Such mir ein paar Seidenstrümpfe heraus.«

Ich wählte schwarze Seidenstrümpfe, die mit dünnen malvenfarbigen Pfeilen bestickt waren:

»Diese?«

»Ja, wenn sie dir gefallen.«

Um sie ihr anzuziehen, kniete ich auf dem Tigerfell vor ihrem Bett. Concha protestierte:

»Steh auf! So möchte ich dich nicht sehen.«

Ich lächelte, ohne darauf einzugehen. Ihre Füße wollten meinen Händen entgleiten. Die armen Füße, ich konnte nicht anders als sie küssen! Concha erzitterte und rief wie verzaubert:

»Du hast dich nicht geändert, überhaupt nicht!«

Nach den schwarzen Seidenstrümpfen legte ich ihr die Strumpfbänder an, ebenfalls aus Seide, zwei weiße Schleifen mit goldenen Spangen. Ich kleidete sie mit der religiösen und liebevollen Sorgfalt, mit der jene hingebungsvollen Frauen die Damen kleiden, deren Zofen sie sind. Als meine zitternden Hände unter ihrem zarten, runden, blassen Kinn die Bänder der weißen Tunika verknoteten, die wie eine Mönchskutte aussah, stand sie auf und stützte sich auf meine Schultern. Sie ging langsam zum Schminktisch, mit diesem geisterhaften Gang, den manche

enfermas, y mirándose en la luna del espejo, se arregló el cabello:

[40] —¡Qué pálida estoy! ¡Ya has visto, no tengo más que la piel y los huesos!

Yo protesté:

—¡No he visto nada de eso, Concha!

Ella sonrió sin alegría.

—¡La verdad, cómo me encuentras?

—Antes eras la princesa del sol. Ahora eres la princesa de la luna.

—¡Qué embustero!

Y se volvió de espaldas al espejo para mirarme. Al mismo tiempo daba golpes en un .«tan—tan» que había cerca del tocador. Acudió su antigua niñera:

—¿Llamaba la señorita?

—Sí; que enciendan fuego en el comedor.

—Ya está puesto un buen brasero.

—Pues que lo retiren. Enciende tú la chimenea francesa.

[41] La criada me miró:

—¿También quiere pasar al comedor la señorita? Tengan cuenta que hace mucho frío por esos corredores.

Concha fue a sentarse en un extremo del sofá, y envolviéndose con delicia en el amplio ropón monacal, dijo con estremecimiento:

—Me pondré un chal para cruzar los corredores.

Y volviéndose a mí, que callaba sin querer contradecirla, murmuró llena de amorosa sumisión:

—Si te opones, no.

Yo repuse con pena:

—No me opongo, Concha: Únicamente temo que pueda hacerte daño.

kranken Frauen haben, betrachtete sich im Spiegel und richtete ihr Haar:

»Wie blaß ich bin. Hast du gesehen, ich bin nur noch Haut und Knochen!«

Ich widersprach:

»Das würde ich nicht sagen, Concha!«

Sie lächelte bitter.

»Wie findest du mich wirklich?«

»Du warst einmal die Prinzessin der Sonne. Jetzt bist du die Prinzessin des Mondes.«

»Was bist du für ein Lügner!«

Und sie drehte sich mit dem Rücken zum Spiegel und sah mich an. Gleichzeitig schlug sie auf eine Trommel in der Nähe des Schminktisches. Die Dienerin, ihr einstiges Kindermädchen, kam herein:

»Hat die Señorita gerufen?«

»Ja, man soll im Eßzimmer das Feuer anzünden.«

»Da ist schon ein großes Becken mit Feuer.«

»Dann soll man es wegschaffen. Zünde den französischen Kamin an.«

Das Dienerin sah mich an:

»Möchte die Señorita auch ins Eßzimmer gehen? Vegessen Sie nicht, in den Korridoren ist es sehr kalt.«

Concha setzte sich an ein Ende des Sofas, hüllte sich behaglich in die weite Mönchskutte und sagte mit bebender Stimme:

»Ich werde mir einen Schal umbinden, wenn ich durch die Korridore gehe.«

Ich schwieg, wollte ihr nicht widersprechen. Zu mir gewandt, sagte sie mit liebevoller Unterwürfigkeit:

»Wenn du etwas dagegen hast, dann nicht.«

Ich erwiderte etwas gequält:

»Ich habe nichts dagegen, Concha, ich fürchte nur, daß es dir schadet.«

Ella suspiró:

—No quería dejarte solo.

[42] Entonces su antigua niñera nos aconsejó, con esa lealtad bondadosa y brusca de los criados viejos:
—¡Natural que quieran estar juntos, y por eso mismo pensaba yo que comerían aquí en el velador! ¿Qué le parece a usted, señorita Concha? ¿Y al Señor Marqués?

oncha puso una mano sobre mi hombro, y contestó risueña:

—Sí, mujer, sí. Tienes un gran talento, Candelaria. El Señor Marqués y yo te lo reconocemos. Dile a Teresina que comeremos aquí.

Quedamos solos. Concha, con los ojos arrasados en lágrimas, me alargó una de sus manos, y, como en otro tiempo, mis labios recorrieron los dedos haciendo florecer en sus yemas una rosa pálida. En la chimenea ardía [43] un alegre fuego. Sentada sobre la alfombra y apoyado un codo en mis rodillas, Concha lo avivaba removiendo los leños con las tenazas de bronce. La llama al surgir y levantarse, ponía en la blancura eucarística de su tez, un rosado reflejo, como el sol en las estatuas antiguas labradas en mármol de Pharos.

[45] DEJÓ LAS TENAZAS, y me tendió los brazos para levantarse del suelo. Nos contemplamos: Me veía en el fondo de sus ojos, que brillaban con esa alegría de los niños, que han llorado mucho y luego ríen olvidadizos. El velador ya tenía puestos los manteles, y nosotros con las manos todavía enlazadas, fuimos a sentarnos en los sillones que acababa de arrastrar Teresina. Concha me dijo:

[46] —¿Recuerdas cuántos años hace que estuviste aquí con tu pobre madre, la tía Soledad?

—Sí. ¿Y tú te acuerdas?

—Hace veintitrés años. Tenía yo ocho. Entonces me enamoré de ti. ¡Lo que sufría al verte jugar con mis hermanas mayores! Parece mentira que una

Sie seufzte:

»Ich wollte dich nicht allein lassen.«

Dann riet uns die Dienerin mit der freundlichen, schroffen Ergebenheit der alten Dienstboten:

»Es ist ganz natürlich, daß Sie zusammen sein wollen, und deshalb dachte ich, Sie würden hier im Boudoir essen! Was halten Sie davon, Señorita Concha? Und Sie, Herr Marquis?«

Concha legte mir eine Hand auf die Schulter und antwortete belustigt:

»Ja, ja. Du hast ein großes Talent, Frau Candelaria. Der Herr Marquis und ich würdigen das. Sag Teresina, daß wir hier essen werden.«

Wir waren allein. Concha, deren Augen sich mit Tränen füllten, reichte mir eine Hand, und wie in alten Zeiten glitten meine Lippen über ihre Finger und ließen eine blasse Rose auf den Spitzen erblühen. Im Kamin brannte ein munteres Feuer. Auf dem Teppich sitzend und einen Ellbogen auf meine Knie gestützt, fachte Concha das Feuer an, indem sie die Holzscheite mit einer Bronzezange umwendete. Die Flamme, die entstand und aufstieg, warf auf das sakrale Weiß ihrer Haut ein rosiges Spiegelbild, wie die Sonne auf die Marmorstatuen aus Pharos.

SIE LEGTE DIE ZANGE hin und reichte mir ihre Arme, damit ich sie aufrichtete. Wir sahen uns an: Ich konnte mich selbst in den Tiefen ihrer Augen sehen, die vor Freude strahlten, wie die von Kindern, die viel geweint haben und dann, alles vergessend, wieder lachen. Die Tischtücher waren schon ausgebreitet, und wir setzten uns, die Hände immer noch ineinander verschränkt, in die Sessel, die Teresina gerade hereingetragen hatte. Concha sagte zu mir:

»Weißt du noch, wie lange es her ist, daß du mit deiner armen Mutter hier warst, mit Tante Soledad?«

»Ja. Und du erinnerst dich?«

»Vor dreiundzwanzig Jahren. Ich war acht. Ich hatte mich damals in dich verliebt, und was habe ich gelitten, als ich dich mit meinen älteren Schwestern

niña pueda sufrir tanto con los celos. Más tarde, de mujer, me has hecho llorar mucho, pero entonces tenía el consuelo de recriminarte.

spielen sah! Man glaubt es kaum, daß ein Kind so sehr unter Eifersucht leidet. Später, als ich eine Frau war, hast du mich oft zum Weinen gebracht, aber da hatte ich den Trost, dir Vorwürfe machen zu können.«

—¡Sin embargo, qué segura has estado siempre de mi cariño!… ¡Y cómo lo dice tu carta!

»Und wie sicher du dir meiner Zuneigung immer gewesen bist, das sagt auch dein Brief!«

Concha parpadeó para romper las lágrimas que temblaban en sus pestañas.

Concha blinzelte, um die Tränen zu unterdrücken, die an ihren Wimpern zitterten.

—No estaba segura de tu cariño: Era de tu compasión.

»Ich war mir deiner Zuneigung nicht sicher, bloß deines Mitgefühls.«

Y su boca reía melancólica, y sus ojos [47] brillaban con dos lágrimas rotas en el fondo. Quise levantarme para consolarla, y me detuvo con un gesto. Entraba Teresina. Nos pusimos a comer en silencio. Concha, para disimular sus lágrimas, alzó la copa y bebió lentamente, al dejarla sobre el mantel la tomé de su mano y puse mis labios donde ella había puesto los suyos. Concha se volvió a su doncella:

Ihr Mund zeigte einen schwermütigen Zug, und in ihren Augen glänzten zwei zerflossene Tränen. Ich wollte aufstehen und sie trösten, doch sie hielt mich mit einer Geste zurück. Teresina kam herein. Wir setzten uns schweigend zu Tisch. Concha hob ihr Glas und trank langsam, um ihre Tränen zu verbergen. Als sie es auf dem Tisch abstellte, nahm ich ihre Hand und küßte sie dort, wo sie sie mit den Lippen berührt hatte. Concha wandte sich an ihre Zofe:

—Llame usted a Candelaria que venga a servirnos.
Teresina salió, y nosotros nos miramos sonriendo:

»Rufen Sie Candelaria, damit sie kommt und uns bedient.«
Teresina ging hinaus, und wir sahen uns lächelnd an:

—¿Por qué mandas llamar a Candelaria?

»Warum läßt du Candelaria holen?«

—Porque te tengo miedo, y la pobre Candelaria ya no se asusta de nada.

»Weil ich Angst vor dir habe, aber die gute Candelaria fürchtet sich vor nichts.«

—Candelaria es indulgente para nuestros amores como un buen jesuíta.

»Candelaria ist unserer Liebe gegenüber nachsichtig wie ein echter Jesuit.«

[48] —¡No empecemos!… ¡No empecemos!…

»Fangen wir nicht damit an!… Nein!…«

Concha movía la cabeza con gracioso enfado, al mismo tiempo que apoyaba un dedo sobre sus labios pálidos:

Concha schüttelte mit gespieltem Ärger den Kopf und legte gleichzeitig einen Finger auf ihre blassen Lippen:

—No te permito que poses ni de Aretino ni de César Borgia.

»Ich gestatte dir nicht, Aretino oder Cesare Borgia zu spielen.«

La pobre Concha era muy piadosa, y aquella admiración estética que yo sentía en mi juventud por el hijo de Alejandro VI, le daba miedo como si fuese el culto al Diablo. Con exageración risueña y asustadiza me imponía silencio:

Die arme Concha war sehr fromm, und die ästhetische Bewunderung, die ich in meiner Jugend für den Sohn Alexanders VI. empfunden hatte, erschreckte sie wie eine Anbetung des Teufels. Übertrieben ängstlich und lachend gebot sie mir Schweigen:

—¡Calla!… ¡Calla!

Mirándome de soslayo volvió lentamente la cabeza:

—Candelaria, pon vino en mi copa…

Candelaria, que con las manos cruzadas sobre su delantal almidonado y blanco, se [49] situaba en aquel momento a espaldas del sillón, apresuróse a servirla. Las palabras de Concha, que parecían perfumadas de alegría, se desvanecieron en una queja. Vi que cerraba los ojos con angustiado gesto, y que su boca, una rosa descolorida y enferma, palidecía más. Me levanté asustado:

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

No pudo hablar. Su cabeza lívida desfallecía sobre el respaldo del sillón. Candelaria fue corriendo al tocador y trajo un pomo de sales. Concha exhaló un suspiro y abrió los ojos llenos de vaguedad y de extravío, como si despertase de un sueño poblado de quimeras. Fijando en mí la mirada, murmuró débilmente:

—No ha sido nada. Siento únicamente el susto tuyo.

[50] Después, pasando la mano por la frente, respiró con ansia. La obligué a que bebiese unos sorbos de caldo. Reanimóse, y su palidez se iluminó con tenue sonrisa. Me hizo sentar, y continuó tomando el caldo por sí misma. Al terminar, sus dedos delicados alzaron la copa del vino y me la ofrecieron trémulos y gentiles: Por complacerla humedecí los labios: Concha apuró después la copa y no volvió a beber en toda la noche.

[51] ESTÁBAMOS sentados en el sofá y hacía mucho tiempo que hablábamos. La pobre Concha me contaba su vida durante aquellos dos años que estuvimos sin vernos. Una de esas vidas silenciosas y resignadas que miran pasar los días con una sonrisa triste, y lloran de noche en la oscuridad. Yo no tuve que contarle mi vida. Sus ojos parecían haberla seguido desde lejos, y la sabían toda. ¡Pobre Concha! [52] Al verla demacrada

»Nun sei doch still!… Schweig!«

Sie sah mich von der Seite an und drehte langsam den Kopf:

»Candelaria, schenke mir Wein ein…«

Candelaria, die in dem Augenblick hinter der Lehne des Sessels stand, die Hände über der gestärkten Schürze gefaltet, servierte sogleich. Conchas Worte, die zunächst freudig klangen, gingen in eine Klage über. Ich sah, wie sie mit einer gequälten Geste die Augen schloß, und wie ihr Mund, der ohnehin blaß und kränklich rosa war, noch blasser wurde. Vor Schreck stand ich auf:

»Was ist los mit dir, was hast du?«

Sie konnte nicht sprechen. Ihr Kopf sank kraftlos auf die Lehne des Sessels. Candelaria lief zum Schminktisch und holte eine Flasche mit Riechsalz. Concha stieß einen Seufzer aus und öffnete die Augen, vage und schweifend, als ob sie aus einem Traum voller Schimären erwachte. Den Blick auf mich gerichtet, murmelte sie leise:

»Es war nichts. Es tut mir leid, daß du so erschrocken bist.«

Dann strich sie sich mit der Hand über die Stirn und atmete beklommen. Ich nötigte sie, ein paar Schlucke Brühe zu trinken. Sie lebte auf, und ein schwaches Lächeln überwand ihre Blässe. Sie sagte, ich möge mich setzen, und trank noch etwas Brühe. Als sie fertig war, nahm sie mit ihren zarten Fingern das Weinglas und reichte es mir, zitternd und sanft: um ihr zu gefallen, befeuchtete ich mir wenigstens die Lippen. Concha leerte das Glas und trank die ganze Nacht nichts mehr.

WIR SASSEN auf dem Sofa und unterhielten uns lange. Concha erzählte mir von ihrem Leben in den zwei Jahren, in denen wir uns nicht gesehen hatten. Eines jener stillen und bedrückenden Leben, wenn die Tage mit einem traurigen Lächeln vorüberziehen, und das Dunkel der Nacht den Tränen gehört. Ich brauchte ihr nicht von meinem Leben zu erzählen. Ihre Augen schienen ihm von weitem gefolgt zu sein, anscheinend wußte sie schon alles. Arme Concha!

por la enfermedad, y tan distinta y tan otra de lo que había sido, experimenté un cruel remordimiento por haber escuchado su ruego aquella noche en que llorando y de rodillas, me suplicó que la olvidase y que me fuese. ¡Su madre, una santa enlutada y triste, había venido a separarnos! Ninguno de nosotros quiso recordar el pasado y permanecimos silenciosos. Ella resignada: Yo con aquel gesto trágico y sombrío que ahora me hace sonreír. Un hermoso gesto que ya tengo un poco olvidado, porque las mujeres no se enamoran de los viejos, y sólo está bien en un Don Juan juvenil. ¡Ay, si todavía con los cabellos blancos, y las mejillas tristes, y la barba senatorial y augusta, puede quererme una niña, una hija espiritual llena de gracia y de candor, con ella me parece [53] criminal otra actitud que la de un viejo prelado, confesor de princesas y teólogo de amor! Pero a la pobre Concha el gesto de Satán arrepentido la hacía temblar y enloquecer: Era muy buena, y fue por eso muy desgraciada. La pobre, dejando asomar a sus labios aquella sonrisa doliente que parecía el alma de una flor enferma, murmuró:

Als ich sie so abzehrt von der Krankheit und so ganz anders als früher sah, überkam mich eine grausame Reue, weil ich ihren Bitten in jener Nacht nachgegeben hatte, als sie mich weinend und auf den Knien anflehte, sie zu vergessen und fortzugehen. Ihre Mutter, eine traurige, immer traurige Heilige, war gekommen, um uns zu trennen! Wir wollten uns beide nicht an die Vergangenheit erinnern und schwiegen. Sie ganz ergeben, ich mit dieser tragischen und düsteren Geste, über die ich jetzt lachen muß. Eine schöne Geste, die mir jetzt sehr fern vorkommt, denn Frauen verlieben sich nicht in alte Männer, und sie ist nur bei einem jugendlichen Don Juan angebracht. Ach, wenn mich ein Mädchen noch lieben könnte, mich mit dem weißen Haar, den traurigen Wangen und dem altväterlichen, erhabenen Bart, eine gläubige Tochter voller Anmut und Unschuld, bei der mir jede andere Haltung als die eines alten Prälaten, Beichtvaters von Prinzessinnen und Predigers der Liebe verbrecherisch zu sein schiene! Aber die Geste des reuigen Satans ließ die arme Concha erzittern und den Verstand verlieren: sie war so gut, und deshalb war sie so unglücklich. Und die Ärmste murmelte, mit diesem traurigen Lächeln auf den Lippen, das wie die Seele einer kranken Blume aussah:

—¡Qué distinta pudo haber sido nuestra vida!

»Wie anders hätte unser Leben sein können!«

—¡Es verdad! Ahora no comprendo cómo obedecí tu ruego. Fue sin duda porque te vi llorar.

»Das stimmt! Heute verstehe ich nicht mehr, wie ich deiner Bitte nachgeben konnte. Wohl, weil ich dich weinen sah.«

—No seas engañador. Yo creí que volverías…¡ Y mi madre tuvo siempre ese miedo!

»Mach dir nichts vor. Ich dachte, du würdest zurückkommen… Und davor hatte meine Mutter immer Angst!«

—No volví porque esperaba que tú me llamases. ¡Ah, el Demonio del orgullo!

»Ich bin nicht zurückgekommen, weil ich darauf gewartet hatte, daß du mich rufst. Ach, der Dämon des Stolzes!«

—No, no fue el orgullo… Fue otra mujer…[54] Hacía mucho tiempo que me traicionabas con ella. Cuando lo supe, creí morir. ¡Tan desesperada estuve, que consentí en reunirme con mi marido!

»Nein, es war nicht der Stolz… Es war eine andere Frau… Lange Zeit hast du mich mit ihr betrogen. Wie ich das erfuhr, glaubte ich sterben zu müssen. Ich war so verzweifelt, daß ich einwilligte, meinen Mann wieder zu treffen!«

Cruzó las manos mirándome intensamente, y

Sie faltete die Hände, sah mich eindringlich an und

con la voz velada, y temblando su boca pálida, sollozó:

—¡Qué dolor cuando adiviné por qué no habías venido! ¡Pero no he tenido para ti un solo día de rencor!

No me atreví a engañarla en aquel momento, y callé sentimental. Concha pasó sus manos por mis cabellos, y enlazando los dedos sobre mi frente, suspiró:

—¡Qué vida tan agitada has llevado durante estos dos años!… ¡Tienes casi todo el pelo blanco!

Yo también suspiré doliente:

[55] —¡Ay! Concha, son las penas.

—No, no son las penas. Otras cosas son… Tus penas no pueden igualarse a las mías, y yo no tengo el pelo blanco.

Me incorporé para mirarla. Quité el alfilerón de oro con que se sujetaba el nudo de los cabellos, y la onda sedosa y negra rodó sobre sus hombros:

—Ahora tu frente brilla como un astro bajo la crencha de ébano. Eres blanca y pálida como la luna. ¿Te acuerdas cuando quería que me disciplinases con la madeja de tu pelo?… Concha, cúbreme ahora con él.

Amorosa y complaciente, echó sobre mí el velo oloroso de su cabellera. Yo respiré con la faz sumergida como en una fuente santa, y mi alma se llenó de delicia y de recuerdos florecidos. El corazón de Concha latía [56] con violencia, y mis manos trémulas desabrocharon su túnica, y mis labios besaron sobre la carne, ungidos de amor como de un bálsamo:

—¡Mi vida!

—¡Mi vida!

Concha cerró un momento los ojos, y poniéndose en pie, comenzó a recogerse la madeja de sus cabellos:

—¡Vete!… ¡Vete por Dios!…

schluchzte mit verschleierter Stimme und bebendem Mund:

»Welch ein Kummer, als ich ahnte, warum du nicht kamst! Aber ich habe dir keinen einzigen Tag gegrollt!«

Ich wagte es nicht, sie in diesem Moment zu täuschen und schwieg gefühlvoll. Concha fuhr mit ihren Händen durch mein Haar, legte ihre Finger auf meine Stirn und seufzte:

»Was für ein aufregendes Leben du in diesen zwei Jahren hattest!… Fast alle deine Haare sind weiß!…«

Auch ich seufzte wehmütig:

»Ach Concha, es sind die Sorgen!«

»Nein, es sind nicht die Sorgen. Es ist etwas anderes … deine Sorgen können nicht so groß sein wie meine, und ich habe keine weißen Haare…«

Ich setzte mich auf, sah sie an und entfernte die goldene Nadel, mit der ihr Haarknoten befestigt war. Die seidige schwarze Woge floß über ihre Schultern:

»Jetzt leuchtet deine Stirn unter dem Ebenholz wie ein Stern. Du bist fahl und blaß wie der Mond. Erinnerst du dich, wie ich dich bat, mich mit deinen Haaren zu unterwerfen?… Concha, bedecke mich jetzt damit.«

Liebevoll und willfährig warf sie den duftenden Schleier ihrer Haare über mich. Ich atmete, mit dem Gesicht wie in eine heilige Quelle getaucht, und meine Seele war erfüllt von Freude und blumenreichen Erinnerungen. Conchas Herz schlug heftig, und meine zitternden Hände lösten ihr Gewand. Meine Lippen, gesalbt mit Liebe wie mit Balsam, küßten ihre Haut:

»Mein Leben!«

»Mein Leben!«

Concha schloß für einen Moment die Augen, stand auf und begann, die Fülle ihrer Haare zu ordnen:

»Geh jetzt!. Geh jetzt, um Gottes willen!…«

Yo sonreí mirándola:

—¿Adónde quieres que me vaya?

—¡Vete!… Las emociones me matan, y necesito descansar. Te escribí que vinieses, porque ya entre nosotros no puede haber más que un cariño ideal… Tú comprenderás que enferma como estoy, no es posible otra cosa. Morir en pecado mortal… ¡Qué horror!

[57] Y más pálida que nunca cruzó los brazos, apoyando las manos sobre los hombros en una actitud resignada y noble que le era habitual. Yo me dirigí a la puerta:

—¡Adiós, Concha!

Ella suspiró:

—¡Adiós!

—¿Quieres llamar a Candelaria para que me guíe por esos corredores?

—¡Ah!… ¡Es verdad que aún no sabes!.

Fue al tocador y golpeó en el 'tan-tan'. Esperamos silenciosos sin que nadie acudiese. Concha me miró indecisa:

—Es probable que Candelaria se haya dormido…

—En ese caso…

Me vio sonreír, y movió la cabeza seria y triste:

[58] —En ese caso, yo te guiaré.

—Tú no debes exponerte al frío.

—Sí, sí…

Tomó uno de los candelabros del tocador, y salió presurosa, arrastrando la luenga cola de su ropón monacal. Desde la puerta volvió la cabeza llamándome con los ojos, y toda blanca como un fantasma, desapareció en la oscuridad del corredor. Salí tras ella, y la alcancé:

—¡Qué loca estás!

Ich lächelte und sah sie an:

»Wohin soll ich denn gehen?«

»Geh jetzt! Diese Aufregung bringt mich um, und ich brauche Ruhe. Ich habe dir geschrieben, daß du kommen sollst, weil es zwischen uns nichts anderes mehr als eine seelische Zuneigung geben kann… Du wirst verstehen, so krank wie ich bin, nichts anderes. In Todsünde zu sterben… Was für eine entsetzliche Vorstellung!«

Und, blasser als je zuvor, verschränkte sie die Arme und legte die Hände in ihrer gewohnten edlen, resignierten Haltung auf die Schultern. Ich ging zur Tür:

»Leb wohl, Concha!«

Sie seufzte:

»Auf Wiedersehen!«

»Willst du Candelaria rufen, damit sie mich durch diese Korridore führt?«

»Ach, ist es wahr, daß du dich nicht auskennst!«

Sie ging ins Boudoir und schlug auf die Trommel. Wir warteten schweigend, aber es kam niemand. Concha sah mich unschlüssig an:

»Wahrscheinlich ist Candelaria eingeschlafen…«

»In diesem Fall…«

Sie sah, daß ich lächelte und schüttelte den Kopf, ernst und traurig:

»In diesem Fall werde ich dich führen.«

»Du darfst aber nicht in die Kälte.«

»Ja, ja…«

Sie nahm einen der Leuchter vom Schminktisch und eilte hinaus, den Zipfel ihrer Mönchskutte hinter sich herziehend. An der Tür wandte sie den Kopf, machte mit den Augen ein Zeichen und verschwand, weiß wie ein Gespenst, in der Dunkelheit des Korridors. Ich ging hinter ihr her und holte sie ein:

»Du bist ja eine Verrückte!«

Riose en silencio y tomó mi brazo para apoyarse. En la cruz de dos corredores abríase una antesala redonda, grande y desmantelada, con cuadros de santos y arcones antiguos. En un testero arrojaba cerco mortecino de luz, la mariposa de aceite que alumbraba los pies lívidos y atarazados de Jesús Nazareno. [59] Nos detuvimos al ver la sombra de una mujer arrebujada en el hueco del balcón. Tenía las manos cruzadas en el regazo, y la cabeza dormida sobre el pecho. Era Candelaria que al ruido de nuestros pasos despertó sobresaltada:

—¡Ah!… Yo esperaba aquí, para enseñarle su habitación al Señor Marqués.

Concha le dijo:

—Creí que te habías acostado, mujer.

Seguimos en silencio hasta la puerta entornada de una sala donde había luz. Concha soltó mi brazo y se detuvo temblando y muy pálida: Al fin entró. Aquella era mi habitación. Sobre una consola antigua ardían las bujías de dos candelabros de plata. En el fondo, veíase la cama entre antiguas colgaduras de damasco. Los ojos de Concha lo [60] examinaron todo con maternal cuidado. Se detuvo para oler las rosas frescas que había en un vaso, y después se despidió:

—¡Adiós, hasta mañana!

Yo la levanté en brazos como a una niña:

—No te dejo ir.

—¡Sí, por Dios!

—No, no.

Y mis ojos reían sobre sus ojos, y mi boca reía sobre su boca. Las babuchas turcas cayeron de sus pies, sin dejarla posar en el suelo, la llevé hasta la cama, donde la deposité amorosamente. Ella entonces ya se sometía feliz. Sus ojos brillaban, y sobre la piel blanca de las mejillas se pintaban dos hojas de rosa. Apartó mis manos dulcemente,

Sie lachte leise und nahm meinen Arm als Stütze. An der Kreuzung der beiden Korridore zeigte sich eine runde, verwahrloste Vorhalle mit Heiligenbildern und alten Truhen. Auf einer Seite der Wand lieferte das Öllämpchen, das die fahlen, wurmstichigen Füße eines Jesus von Nazareth beleuchtete, nur einen schwachen Lichtschimmer. Wir blieben stehen, als wir den Schatten einer Frau sahen, die in der Balkonnische zusammengerollt lage. Sie hatte die Hände im Schoß gefaltet und schlafend ihren Kopf auf die Brust gelegt. Es war Candelaria, sie schreckte auf beim Geräusch unserer Schritte.

»Ach! Ich habe hier gewartet, um dem Herrn Marquis das Zimmer zu zeigen.«

Concha sagte zu ihr:

»Ich dachte, du wärst zu Bett gegangen.«

Wir gingen schweigend weiter und kamen zur angelehnten Tür eines Zimmers, in dem Licht brannte. Concha ließ meinen Arm los und blieb stehen, zitternd und sehr blaß: Schließlich trat sie ein. Es war mein Zimmer. Auf einer klassischen Konsole brannten Kerzen in zwei silbernen Leuchtern. Im Hintergrund sah man das Bett hinter alten Damastvorhängen. Conchas Augen musterten alles mit mütterlicher Sorgfalt. Sie hielt inne, um an den frischen Rosen in einer Vase zu riechen, dann verabschiedete sie sich:

»Gute Nacht, bis morgen!«

Ich nahm sie in meine Arme wie ein Kind:

»Ich werde dich nicht gehen lassen.«

»Doch, um Gottes Willen!«

»Nein, nein.«

Und meine Augen sahen lachend in ihre Augen, mein Mund war ihrem nahe. Die türkischen Pantoffeln fielen ihr von den Füßen, und ohne Concha auf den Boden zu lassen, trug ich sie zum Bett und legte sie liebevoll hin. Sie hat sich bereits mit Freude unterworfen. Ihre Augen leuchteten, und auf der weißen Haut ihrer Wangen erschienen rosa Blüten, fast

y un poco confusa empezó a desabrocharse la túnica blanca y monacal, que se deslizó a [61] lo largo del cuerpo pálido y estremecido. Abrí las sábanas y refugióse entre ellas. Entonces comenzó a sollozar, y me senté a la cabecera consolándola. Aparentó dormirse, y me acosté.

wie gemalt. Sie schob meine Hände sanft weg und begann etwas verwirrt, ihre weiße, klösterliche Kutte aufzuknöpfen, die dann von ihrem blassen und zitternden Körper glitt. Ich schlug die Laken auf, und sie suchte darin Zuflucht. Sie begann zu schluchzen, und ich saß an ihrem Bett und tröstete sie. Schließlich schien sie einzuschlafen, und ich legte mich hin.

[63] YO SENTÍ toda la noche a mi lado aquel pobre cuerpo donde la fiebre ardía, como una luz sepulcral en vaso de porcelana tenue y blanco. La cabeza descansaba sobre la almohada, envuelta en una ola de cabellos negros que aumentaba la mate lividez del rostro, y su boca sin color, sus mejillas dolientes, sus sienes maceradas, sus párpados de cera velando los ojos en las cuencas descarnadas y violáceas, le daban [64] la apariencia espiritual de una santa muy bella consumida por la penitencia y el ayuno. El cuello florecía de los hombros como un lirio enfermo, los senos eran dos rosas blancas aromando un altar, y los brazos, de una esbeltez delicada y frágil, parecían las asas del ánfora rodeando su cabeza. Apoyado en las almohadas, la miraba dormir rendida y sudorosa. Ya había cantado el gallo dos veces, y la claridad blanquecina del alba penetraba por los balcones cerrados. En el techo las sombras seguían el parpadeo de las bujías, que habiendo ardido toda la noche se apagaban consumidas en los candelabros de plata. Cerca de la cama, sobre un sillón, estaba mi capote de cazador, húmedo por la lluvia, y esparcidas encima aquellas yerbas de virtud oculta, solamente conocida por la [65] pobre loca del molino. Me levanté en silencio y fui por ellas. Con un extraño sentimiento, mezcla de superstición y de ironía, escondí el místico manojo entre las almohadas de Concha, sin despertarla. Me acosté, puse los labios sobre su olorosa cabellera e insensiblemente me quedé dormido. Durante mucho tiempo flotó en mis sueños la visión nebulosa de aquel día, con un vago sabor de lágrimas y de sonrisas. Creo que una vez abrí los ojos dormido y que vi a Concha incorporada a mi lado, creo que me besó en la frente, sonriendo con vaga sonrisa de fantasma, y que se llevó un dedo a los

DIE GANZE NACHT fühlte ich diesen armen Körper, in dem das Fieber brannte, an meiner Seite, wie ein Grablicht in einem Glas aus zartem weißen Porzellan. Ihr Kopf ruhte auf dem Kissen, eingehüllt in eine Woge von schwarzem Haar, was die Glanzlosigkeit ihres Gesichtes noch verstärkte, und ihr farbloser Mund, ihre leidenden Wangen, ihre gequälten Schläfen, ihre wächsernen Augenlider, ihre Augen tief in den bläulichen Höhlen, ließen sie vergeistigt erscheinen, wie eine sehr schöne, von Buße und Fasten verzehrte Heilige. Ihr Hals erblühte aus den Schultern wie eine kranke Lilie, ihre Brüste waren zwei weiße Rosen, die einen Altar duftend schmücken, und ihre Arme, von zarter und zerbrechlicher Anmut, glichen den Griffen einer Amphore, ihrem Haupt. Ich lehnte mich in den Kissen zurück und betrachtete sie, ermattet und fiebernaß in ihrem Schlummer. Der Hahn hatte schon zweimal gekräht, und das bläßliche Licht der Morgendämmerung drang durch die geschlossenen Jalousien. An der Decke folgten die Schatten dem Flackern der Kerzen, die die ganze Nacht in den silbernen Leuchtern gebrannt hatten und nun fast abgebrannt waren. Neben dem Bett, auf einem Lehnstuhl, lag mein Jägermantel, feucht vom Regen, und darüber verstreut waren jene Kräuter von geheimnisvoller Kraft, die nur die arme Irre aus der Mühle kennt. Ich stand schweigend auf. Mit einem seltsamen Gefühl, einer Mischung aus Aberglauben und Ironie, versteckte ich das mystische Bündel zwischen Conchas Kissen, ohne sie zu wecken. Ich legte mich hin, berührte mit meinen Lippen ihr duftendes Haar und schlief unversehens ein. Lange Zeit schwebte eine undeutliche Vision dieses Tages in meinen Träumen, mit einem vagen Geschmack von Tränen und Lächeln. Ich glaube, einmal öffnete ich im Schlaf die Augen und sah Concha neben mir sitzen. Sie küßte mich auf die Stirn, lächelte ein geisterhaftes Lächeln

labios. Cerré los ojos sin voluntad y volví a quedar sumido en las nieblas del sueño. Cuando me desperté, una escala luminosa de polvo llegaba desde el balcón al fondo de la cámara. [66] Concha ya no estaba, pero a poco la puerta se abrió con sigilo y Concha entró andando en la punta de los pies. Yo aparenté dormir. Ella se acercó sin hacer ruido, me miró suspirando y puso en agua el ramo de rosas frescas que traía. Fue al balcón, soltó los cortinajes para amenguar la luz, y se alejó como había entrado, sin hacer ruido. Yo la llamé riéndome:

—¡Concha! ¡Concha!

Ella se volvió:

—¡Ah! ¿Conque estabas despierto?

—Estaba soñando contigo.

—¡Pues ya me tienes aquí!

—¿Y cómo estás?

—¡Ya estoy buena!

—¡Gran médico es amor!

—¡Ay! No abusemos de la medicina.

[67] Reíamos con alegre risa el uno en brazos del otro, juntas las bocas y echadas las cabezas sobre la misma almohada. Concha tenía la palidez delicada y enferma de una Dolorosa, y era tan bella, así demacrada y consumida, que mis ojos, mis labios y mis manos hallaban todo su deleite en aquello mismo que me entristecía. Yo confieso que no recordaba haberla amado nunca en lo pasado, tan locamente como aquella noche.

[69] NO HABÍA llevado conmigo ningún criado, y Concha, que tenía esas burlas de las princesas en las historias picarescas, puso un paje a mi servicio para honrarme mejor, como decía riéndose. Era un niño recogido en el Palacio. Aún le veo asomar en la puerta y quitarse la montera, preguntando respetuoso y humilde:

und legte einen Finger auf ihre Lippen. Unwillkürlich schloß ich die Augen und versank wieder im Nebel des Schlafes. Als ich erwachte, sah ich leuchtende Strahlen von Staub vom Balkon bis in die Ecke des Zimmers. Concha war fort, aber bald öffnete sich die Tür lautlos, und sie kam auf Zehenspitzen wieder herein. Ich stellte mich schlafend. Sie trat leise näher, sah mich seufzend an und stellte einen Strauß frischer Rosen ins Wasser. Sie ging zum Balkon, ließ die Vorhänge herunter, um das Licht abzuschirmen, und ging so, wie sie hereingekommen war, ohne einen Laut. Da sprach ich sie lachend an:

»Concha! Concha!«

Sie drehte sich um:

»Aha, du warst also wach?«

»Ich habe von dir geträumt.«

»Nun, jetzt bin ich ja hier!«

»Und wie geht es dir?«

»Es geht mir schon ganz gut!«

»Die Liebe ist ein großartiger Arzt!«

»Oh, laß uns die Medizin nicht mißbrauchen.«

Wir lachten fröhlich, lagen uns in den Armen, Mund an Mund und dem Kopf auf demselben Kissen. Concha hatte die zarte und kränkliche Blässe einer Dolorosa, und sie war so schön, so abgemagert und ausgezehrt, daß meine Augen, meine Lippen und meine Hände ihre Freude genau an dem hatten, was mich traurig machte. Ich gestehe, ich kann mich nicht erinnern, sie jemals so wahnsinnig geliebt zu haben wie in dieser Nacht.

ICH HATTE keinen Diener mitgebracht, und Concha, die diese Scherze über Prinzessinnen in Schelmengeschichten kannte, stellte mir einen Pagen zur Verfügung, um mich angemessen zu ehren, wie sie lachend sagte, einen Jungen, den man im Palast aufgenommen hatte. Ich sehe ihn noch heute vor mir, wie er durch die Tür trat, seine Mütze abnahm und respektvoll und bescheiden fragte:

—¿Da su licencia?

—Adelante.

[70] Entró con la frente baja y la monterilla de paño blanco colgada de las dos manos:

—Dice la señorita, mi ama, que me mande en cuanto se le ofrezca.

—¿En dónde queda?

—En el jardín.

Y permaneció en medio de la cámara, sin atreverse a dar un paso. Creo que era el primogénito de los caseros que Concha tenía en sus tierras de Lantaño y uno de los cien ahijados de su tío Don Juan Manuel Montenegro, aquel hidalgo visionario y pródigo que vivía en el Pazo de Lantañón. Es un recuerdo que todavía me hace sonreír. El favorito de Concha no era rubio ni melancólico como los pajes de las baladas, pero con los ojos negros y con los carrillos picarescos melados por el sol, también podía enamorar princesas. [71] Le mandé que abriese los balcones y obedeció corriendo. El aura perfumada y fresca del jardín penetró en la cámara, y las cortinas flamearon alegremente. El paje había dejado la montera sobre una silla, y volvió a recogerla. Yo le interrogué:

—¿Tú sirves en el Palacio?

—Sí, señor.

—¿Hace mucho?

—Va para dos años.

—¿Y qué haces?

—Pues hago todo lo que me mandan.

—¿No tienes padres?

—Tengo, sí, señor.

—¿Qué hacen tus padres?

—Pues no hacen nada. Cavan la tierra.

Tenía las respuestas estoicas de un paria. Con

»Gestatten Sie?«

»Komm herein.«

Er trat mit gesenktem Blick näher und behielt hielt die Mütze aus weißem Tuch in den Händen:

»Die Señorita, meine Herrin, sagt, ich solle Ihnen zu Diensten sein, sobald Sie mich brauchen.«

»Wo ist sie jetzt?«

»Im Garten.«

Er blieb mitten im Raum stehen und wagte keinen Schritt weiter. Ich glaube, er war der älteste Sohn eines Hausverwalters auf Conchas Lantaño-Ländereien, und eines der hundert Patenkinder ihres Onkels Don Juan Manuel Montenegro, jenes visionären und verschwenderischen Edelmanns, der im Pazo de Lantañón lebte. Die Erinnerung daran bringt mich noch heute zum Lachen. Conchas Liebling war nicht blond und melancholisch wie die Pagen in den Balladen, sondern er konnte mit seinen schwarzen Augen und von der Sonne gebräunten Wangen sogar Prinzessinnen verliebt machen. Ich befahl ihm, die Balkontüren zu öffnen, und er tat das sofort. Die duftende und frische Luft des Gartens strömte in das Gemach, und die Vorhänge flatterten fröhlich. Der Page hatte die Mütze auf einem Stuhl liegen lassen und kam zurück, um sie zu holen. Ich fragte ihn:

»Dienst du im Palast?

»Ja, Herr.«

»Wie lange schon?«

»Seit zwei Jahren.«

»Und was machst du?«

»Ich mache alles, was sie mir sagen.«

»Hast du keine Eltern?«

»Doch, Herr, habe ich.«

»Was machen deine Eltern?«

»Nichts weiter. Sie beackern Land.«

Er antwortete stoisch und devot. Mit seiner groben

su vestido de estameña, sus ojos tímidos, [72] su fabla visigótica y sus guedejas trasquiladas sobre la frente, con tonsura casi monacal, parecía el hijo de un antiguo siervo de la gleba:

Kleidung, seinen schüchternen Augen, seiner altertümlichen westgotischen Sprache und den gestutzten Strähnen über der Stirn, mit einer fast klösterlichen Tonsur, sah er aus wie der Sohn eines Leibeigenen aus früheren Zeiten:

—¿Y fue la señorita quien te ha mandado venir?

»Und dich hat die Señorita hergeschickt?«

—Sí, señor. Hallábame yo en el patín deprendiéndole la riveirana al mirlo nuevo, que los viejos ya la tienen deprendida, cuando la señorita bajó al jardín y me mandó venir.

»Ja, Herr. Ich war gerade im kleinen Hof und brachte der neuen Amsel die Riveirana bei – die alten hatten sie schon gelernt, als die Señorita in den Garten kam und mich hierher schickte.«

—¿Tú eres aquí el maestro de los mirlos?

»Bist du hier der Herr der Amseln?«

—Sí, señor.

»Ja, Herr.«

—¿Y ahora, además, eres mi paje?

»Und jetzt bist du auch noch mein Page?«

—Sí, señor.

»Ja, Herr.«

—¡Altos cargos!

»Große Aufgaben!«

—Sí, señor.

»Ja, Herr.«

—¿Y cuántos años tienes?

»Und wie alt bist du?«

[73] —Paréceme… Paréceme…

»Ich glaube… mal sehn…«

El paje fijó los ojos en la monterilla, pasándola lentamente de una mano a otra, sumido en hondas cavilaciones:

Der Page starrte auf die Mütze und ließ sie, in Grübeln versunken, langsam von einer Hand in die andere wandern:

—Paréceme que han de ser doce, pero no estoy cierto.

»Ich glaube, zwölf Jahre, aber ich weiß es nicht genau.«

—¿Antes de venir al Palacio, dónde estabas?

»Wo warst du, bevor du in den Palast kamst?«

—Servía en la casa de Don Juan Manuel.

»Ich diente im Haus von Don Juan Manuel.«

—¿Y qué hacías allí?

»Und was hast du dort gemacht?«

—Allí enseñaba al hurón.

»Dort habe ich das Frettchen dressiert.«

—¡Otro cargo palatino!

»Noch eine herrschaftliche Aufgabe!«

—Sí, señor.

»Ja Herr, das stimmt.«

—¿Y cuántos mirlos tiene la señorita?

»Und wie viele Amseln hat die Señorita?«

El paje hizo un gesto desdeñoso:

Der Page machte eine verächtliche Geste:

—¡Tan siquiera uno!

»Keine einzige!«

—¿Pues de quién son?

»Wem gehören sie denn?«

—Son míos… Cuando los tengo bien adeprendidos, se los vendo.

»Es sind meine… Wenn sie gut ausgebildet sind, dann werde ich sie verkaufen.«

[74] —¿A quién se los vendes?

»Wem willst du sie verkaufen?«

—Pues a la señorita, que me los merca todos. ¿No sabe que los quiere para echarlos a volar? La señorita desearía que silbasen la riveirana sueltos en el jardín, pero ellos se van lejos. Un domingo, por el mes de San Juan, venía yo acompañando a la señorita: Pasados los prados de Lantañón, vimos un mirlo que, muy puesto en la rama de un cerezo, estaba cantando la riveirana. Acuérdome que entonces dijo la señorita: ¡Míralo adónde se ha venido el caballero!

»An die Señorita, sie hatte ja alle für mich gekauft. Wißt Ihr nicht, daß sie sie freilassen will? Die Señorita möchte, daß sie die Riveirana im Garten in Freiheit singen, aber sie fliegen weg. An einem Sonntag im Monat des Johannestags begleitete ich die Señorita, da sahen wir hinter den Wiesen von Lantañón sahen wir eine Amsel auf dem Ast eines Kirschbaums sitzen, sie sang die Riveirana. Ich weiß noch, wie die Señorita sagte: ‚Sieh mal, wie weit der Herr Schwarzrock gekommen ist!'«

Aquel relato ingenuo me hizo reír, y el paje al verlo riose también. Sin ser rubio ni melancólico, era digno de ser paje de una princesa y cronista de un reinado. Yo le pregunté:

Diese naive Geschichte brachte mich zum Lachen, und auch der Page mußte lachen. Zwar war er weder blond noch melancholisch, doch würdig, Page einer Prinzessin und Chronist einer Herrschaft zu sein. Ich fragte ihn:

—¿Qué es más honroso, enseñar hurones o mirlos?

»Was ist ehrenvoller, Frettchen zu dressieren, oder Amseln?«

[75] El paje respondió después de meditarlo un instante:

Der Page antwortete nach kurzem Nachdenken:

—¡Todo es igual!

»Das ist alles gleich!«

—¿Y cómo has dejado el servicio de Don Juan Manuel?

»Und wie kam es, daß du den Dienst bei Don Juan Manuel verlassen hast?«

—Porque tiene muchos criados… ¡Qué gran caballero es Don Juan Manuel!… Dígole que en el Pazo todos los criados le tenían miedo. Don Juan Manuel es mi padrino, y fue quien me trajo [trujo] al Palacio para que sirviese a la señorita.

»Weil er viele Bedienstete hat… Don Juan Manuel ist ein großartiger Herr… Ich sage Euch, alle Bediensteten im Herrenhaus fürchten ihn. Don Juan Manuel ist mein Patenonkel, und er hat mich in den Palast gebrachte, damit ich der Señorita diene.«

—¿Y dónde te iba mejor?

»Und wo hat es dir besser gefallen?«

El paje fijó en mí sus ojos negros e infantiles, y con la monterilla entre las manos, formuló gravemente:

Der Page blickte mich mit seinen schwarzen, kindlichen Augen an, und sagte, die Mütze in der Hand, mit ernster Miene:

—Al que sabe ser humilde, en todas partes le va bien.

»Wer es versteht, bescheiden zu sein, dem geht es überall gut.«

Era una réplica calderoniana. ¡Aquel paje [76] también sabía decir sentencias! Ya no podía dudarse

Es war eine calderonische Antwort; diese Page wußte auch, wie man sich ausdrückt! Es konnte keine

de su destino. Había nacido para vivir en un palacio, educar los mirlos, amaestrar los hurones, ser ayo de un príncipe y formar el corazón de un gran rey.

[77] CONCHA me llamaba desde el jardín, con alegres voces. Salí a la solana, tibia y dorada al sol mañanero. El campo tenía una emoción latina de yuntas, de vendimias y de labranzas. Concha estaba al pie de la solana:

—¿Tienes ahí a Florisel?

—¿Florisel es el paje?

—Sí.

—Parece bautizado por las hadas.

[78] —Yo soy su madrina. Mándamelo.

—¿Qué le quieres?

—Decirle que te suba estas rosas.

Y Concha me enseñó su falda donde se deshojaban las rosas, todavía cubiertas de rocío, desbordando alegremente como el fruto ideal de unos amores que sólo floreciesen en los besos:

—Todas son para ti. Estoy desnudando el jardín.

Yo recordaba nebulosamente aquel antiguo jardín donde los mirtos seculares dibujaban los cuatro escudos del fundador, en torno de una fuente abandonada. El jardín y el Palacio tenían esa vejez señorial y melancólica de los lugares por donde en otro tiempo pasó la vida amable de la galantería y del amor. Bajo la fronda de aquel laberinto, sobre [79] las terrazas y en los salones, habían florecido las risas y los madrigales, cuando las manos blancas que en los viejos retratos sostienen apenas los pañolitos de encaje, iban deshojando las margaritas que guardan el cándido secreto de los corazones. ¡Hermosos y lejanos recuerdos! Yo también los evoqué un día lejano, cuando la mañana otoñal y dorada envolvía el jardín húmedo y reverdecido por la constante lluvia de la noche. Bajo el cielo

Zweifel an seinem Schicksal geben. Er war geboren, in einem Palast zu leben, Amseln zu erziehen, Frettchen zu dressieren, Lehrer eines Prinzen zu sein und das Herz eines großen Königs zu bilden.

CONCHA rief mich mit fröhlicher Stimme aus dem Garten. Ich ging hinaus auf den Vorplatz in die warme, goldene Morgensonne. Auf dem Lande gab es eine südländische Begeisterung für Ochsengespanne, für die Weinlese und für die Arbeit im Garten und auf dem Felde. Concha stand hinten im Rondell:

»Ist Florisel bei dir?«

»Florisel ist der Page?«

»Ja.«

»Er wurde wohl von Feen getauft.«

»Ich bin seine Patin. Schicke ihn zu mir.«

»Wozu brauchst du ihn?«

»Sag ihm, er soll dir diese Rosen bringen.«

Und Concha zeigte auf ihren Rock voller Rosen, die noch mit Tau bedeckt, ihre Blütenblätter verloren, glücklich überquellend wie die idealen Früchte einer Liebe, die nur in Küssen erblüht:

»Sie sind alle für dich. Ich bin dabei, im Garten zu lichten.«

Ich erinnerte mich dunkel an den alten Garten, in dem die jahrhundertealten Myrten um einen verlassenen Brunnen herum die vier Wappen des Gründers darstellten. Der Garten und der Palast hatten das stattliche und melancholische Alter eines Ortes, an dem einst das sanfte Leben der Galanterie und der Liebe sich vollzog. Unter dem Laubdach dieses Labyrinths, auf den Terrassen und in den Sälen erklangen Madrigale, ertönte Lachen, wenn die weißen Hände, die auf den alten Porträts gerade noch Spitzentüchlein hielten, Gänseblümchen zupften, um ihnen das arglose Geheimnis der Herzen zu entlocken. Schöne und ferne Erinnerungen! Ich habe sie auch an einem lange vergangenen Tag heraufbeschworen, als der goldene Herbstmorgen den feuchten Garten einhüllte, der durch den dauernden Regen in der Nacht

límpido, de un azul heráldico, los cipreses venerables parecían tener el ensueño de la vida monástica. La caricia de la luz temblaba sobre las flores como un pájaro de oro, y la brisa trazaba en el terciopelo de la yerba, huellas ideales y quiméricas como si danzasen invisibles hadas. Concha estaba al pie de la escalinata, entretenida en hacer [80] un gran ramo con las rosas. Algunas se habían deshojado en su falda, y me las mostró sonriendo:

—¡Míralas qué lástima!

Y hundió en aquella frescura aterciopelada sus mejillas pálidas:

—¡Ah, qué fragancia!

Yo le dije sonriendo:

—¡Tu divina fragancia!

Alzó la cabeza y respiró con delicia, cerrando los ojos y sonriendo, cubierto el rostro de rocío, como otra rosa, una rosa blanca. Sobre aquel fondo de verdura grácil y umbroso, envuelta en la luz como en diáfana veste de oro, parecía una Madona soñada por un monje seráfico. Yo bajé a reunirme con ella. Cuando descendía la escalinata, me saludó arrojando como una lluvia las rosas [81] deshojadas en su falda. Recorrimos juntos el jardín. Las carreras estaban cubiertas de hojas secas y amarillentas, que el viento arrastraba delante de nosotros con un largo susurro: Los caracoles, inmóviles como viejos paralíticos, tomaban el sol sobre los bancos de piedra: Las flores empezaban a marchitarse en las versallescas canastillas recamadas de mirto, y exhalaban ese aroma indeciso que tiene la melancolía de los recuerdos. En el fondo del laberinto murmuraba la fuente rodeada de cipreses, y el arrullo del agua parecía difundir por el jardín un sueño pacífico de vejez, de recogimiento y de abandono. Concha me dijo:

—Descánsemos aquí.

Nos sentamos a la sombra de las acacias, en un banco de piedra cubierto de hojas. Enfrente [82] se abría la puerta del laberinto misterioso y verde.

frisch und grün geworden war. Unter dem klaren, wappenblauen Himmel schienen die ehrwürdigen Zypressen an einen Traum von klösterlichem Leben zu erinnern. Die Liebkosung des Lichts zitterte über den Blumen wie ein goldener Vogel, und der Wind zeichnete auf dem Samt des Grases feine, trügerische Spuren, als würden unsichtbare Feen tanzen. Concha stand am Fuße der Freitreppe und band vergnügt einen großen Strauß Rosen. Einige Blüten waren auf ihren Rock gefallen, sie zeigte sie mir lächelnd:

»Sieh sie dir an, wie schade!«

Und sie tauchte ihre blassen Wangen in diese samtene Frische:

»Oh, was für ein Duft!«

Ich sagte lächelnd zu ihr:

»Dein göttlicher Duft!«

Sie hob ihren Kopf und atmete mit Freude, schloß die Augen und lächelte, ihr Gesicht war mit Tau bedeckt, wie eine andere Rose, eine weiße Rose. Vor diesem Hintergrund aus anmutigem schattigen Grün, eingehüllt in das Licht wie in ein durchsichtiges goldenes Gewand, sah sie aus wie eine engelgleiche Madonna, von einem Mönch erträumt. Ich ging hinunter. Als ich die Stufen hinabstieg, begrüßte sie mich, und die Rosen fielen wie Regen von ihrem Rock. Wir liefen gemeinsam durch den Garten. Auf den Wegen lagen trockene vergilbte Blätter, die der Wind mit einem langen Flüsterton vor uns herwehte: Schnecken sonnten sich auf Steinbänken, regungslos wie alte gelähmte Menschen: die Blüten der Myrten in den Kästen mit den versailler Ornamenten begannen zu verwelken und verströmten jenen ungewissen Duft der Melancholie, der Erinnerung. Hinten im Labyrinth plätscherte der Brunnen, umgeben von Zypressen, und das Wiegenlied des Wassers schien im Garten einen friedlichen Traum vom Alter, von Abgeschiedenheit und Verlassenheit zu verbreiten. Concha sagte:

»Laß uns hier ausruhen.«

Wir setzten uns in den Schatten der Akazien, auf eine mit Blättern bedeckte Steinbank. Gegenüber war das Tor des geheimnisvollen grünen Labyrinths. Über

Sobre la clave del arco se alzaban dos quimeras manchadas de musgo, y un sendero umbrío, un solo sendero, ondulaba entre los mirtos como el camino de una vida solitaria, silenciosa e ignorada. Florisel pasó a lo lejos entre los árboles, llevando la jaula de sus mirlos en la mano. Concha me lo mostró:

—¡Allá va!

—¿Quién?

—Florisel.

—¿Por qué le llamas Florisel?

Ella dijo, con una alegre risa:

—Florisel es el paje de quien se enamora cierta princesa inconsolable en un cuento.

—¿Un cuento de quién?

—Los cuentos nunca son de nadie.

[83] Sus ojos misteriosos y cambiantes miraban a lo lejos, y me sonó tan extraña su risa, que sentí frío. ¡El frío de comprender todas las perversidades! Me pareció que Concha también se estremecía. La verdad es que nos hallábamos a comienzos de Otoño y que el sol empezaba a nublarse. Volvimos al Palacio.

[85] EL PALACIO DE BRANDESO, aunque del siglo décimo octavo, es casi todo de estilo plateresco. Un Palacio a la italiana con miradores, fuentes y jardines, mandado edificar por el Obispo de Corinto Don Pedro de Bendaña, Caballero del Hábito de Santiago, Comisario de Cruzada y Confesor de la Reina Doña María Amelia de Parma. Creo que un abuelo de Concha y mi abuelo el Mariscal Bendaña, [86] sostuvieron pleito por la herencia del Palacio. No estoy seguro, porque mi abuelo sostuvo pleitos hasta con la Corona. Por ellos heredé toda una fortuna en legajos. La historia de la noble Casa de Bendaña es la historia de la Cancillería de Valladolid.

Como la pobre Concha tenía el culto de los recuerdos, quiso que recorriésemos el Palacio evocando

dem Schlußstein des Bogens standen zwei moosbewachsene Schimären, und ein schattiger Weg, ein einziger, schlängelte sich zwischen den Myrten wie der Weg eines einsamen, stillen, unbeachteten Lebens. Florisel ging in der Ferne zwischen den Bäumen vorbei und trug den Käfig mit seinen Amseln in der Hand. Concha zeigte dorthin:

»Da geht er!«

»Wer?«

»Florisel.«

»Warum nennst du ihn Florisel?«

Mit einem fröhlichen Lachen sagte sie:

»Florisel ist der Page, in den sich eine gewisse verzweifelte Prinzessin in einem Märchen verliebt.«

»Wessen Märchen?«

»Die Märchen gehören niemandem.«

Ihre geheimnisvollen, unsteten Augen blickten in die Ferne, und ihr Lachen klang so fremd, daß mich fror. Das war die Kälte, wenn man alle Perversionen versteht! Mir schien, daß auch Concha zitterte. In Wahrheit war es aber früher Herbst, und Wolken begannen, die Sonne zu verschleiern. Wir kehrten in den Palast zurück.

DER PALAST BRANDESO stammt zwar aus dem achtzehnten Jahrhundert, ist aber fast vollständig im plateresken Stil verziert. Ein Palast, sonst in italienischer Manier, mit Pavillons, Brunnen und Gärten, den der Bischof von Korinth, Don Pedro de Bendaña, Ritter des Santiago-Ordens, Kreuzzugskommissar und Beichtvater der Königin Maria Amelia von Parma, errichten ließ. Ich glaube, daß einer von Conchas Großvätern und mein Großvater, Marschall Bendaña, einen Rechtsstreit um das Erbe hatten. Ich bin mir nicht sicher, denn mein Großvater hatte sogar mit der Krone gestritten. So habe ich einen Schatz an Akten geerbt. Die Geschichte des Adelshauses der Bendaña ist auch die der Kanzlei von Valladolid.

Da die gute Concha dem Kult des Erinnerns anhing, wollte sie, daß wir durch den Palast gingen, um eine

otro tiempo, cuando yo iba de visita con mi madre, y ella y sus hermanas eran unas niñas pálidas que venían a besarme, y me llevaban de la mano para que jugásemos, unas veces en la torre, otras en la terraza, otras en el mirador que daba al camino y al jardín… Aquella mañana, cuando nosotros subíamos la derruida escalinata, las palomas remontaron el vuelo y fueron a posarse sobre la piedra de armas. El sol dejaba [87] un reflejo dorado en los cristales, los viejos alelíes florecían entre las grietas del muro, y un lagarto paseaba por el balaustral. Concha sonrió con lánguido desmayo:

frühere Zeit heraufzubeschwören, die Zeit, als ich sie mit meiner Mutter besuchte, und sie und ihre Schwestern, blasse Mädchen, kamen, um mich zu küssen und mich an die Hand zu nehmen, um zu spielen, manchmal im Turm, manchmal auf der Terrasse, oder im Pavillon mit Blick auf den Weg und den Garten… An diesem Morgen, als wir die verfallene Treppe hinaufstiegen, flogen die Tauben auf und setzten sich auf das Dach über dem Waffenstein. Die Sonne hinterließ einen goldenen Schimmer auf den Scheiben, die alten Levkojen blühten zwischen den Mauerspalten, und eine Eidechse lief an der Brüstung entlang. Concha lächelte schläfrig und mutlos:

—¿Te acuerdas?

»Erinnerst du dich?«

Y en aquella sonrisa tenue, yo sentí todo el pasado como un aroma entrañable de flores marchitas, que trae alegres y confusas memorias… Era allí donde una dama piadosa y triste, solía referirnos historias de Santos. Cuántas veces, sentada en el hueco de una ventana, me había enseñado las estampas del Año Cristiano abierto en su regazo. Aún recuerdo sus manos místicas y nobles que volvían las hojas lentamente. La dama tenía un hermoso nombre antiguo: Se llamaba Águeda: Era la madre de Fernandina, Isabel y Concha. Las tres niñas pálidas con quienes [88] yo jugaba. ¡Después de tantos años volví a ver aquellos salones de respeto y aquellas salas familiares! Las salas entarimadas de nogal, frías y silenciosas, que conservan todo el año el aroma de las manzanas agrias y otoñales puestas a madurar sobre el alféizar de las ventanas. Los salones con antiguos cortinajes de damasco, espejos nebulosos y retratos familiares: Damas con basquiña, prelados de doctoral sonrisa, pálidas abadesas, torvos capitanes. En aquellas estancias nuestros pasos resonaban como en las iglesias desiertas, y al abrirse lentamente las puertas de floreados herrajes, exhalábase del fondo silencioso y oscuro, el perfume lejano de otras vidas. Solamente en un salón que tenía de corcho el estrado, nuestras pisadas no despertaron rumor alguno: Parecían pisadas [89] de fantasmas, tácitas y sin eco. En el fondo de los espejos el salón se prolongaba hasta

Und in diesem schwachen Lächeln spürte ich die ganze Vergangenheit wie einen lieblichen Duft verwelkter Blumen, der glückliche und verworrene Erinnerungen weckte… Dort pflegte eine fromme und traurige Dame uns Geschichten über Heilige zu erzählen. Wie oft hatte sie mir, in einer Fensternische sitzend, die Bilder des Christlichen Jahres gezeigt, das geöffnet auf ihrem Schoß lag. Ich erinnere mich noch an ihre geheimnisvollen, edlen Hände, die langsam die Seiten umblätterten. Die Dame mit dem schönen alten Namen Águeda war die Mutter von Fernandina, Isabel und Concha, den drei blassen Mädchen, mit denen ich damals spielte. Nach so vielen Jahren sah ich diesen ehrwürdigen Salon und diese vertrauten Räume wieder! Die nußbaumgetäfelten Zimmer, kalt und still, die das ganze Jahr über den Duft der herben Äpfel bewahrten, die seit dem Herbst auf den Fensterbänken reiften. Die Säle mit den alten Damastvorhängen, den matten Spiegeln und den Familienporträts: Damen mit schwarzen Unterröcken, Prälaten mit Gelehrtenlächeln, blasse Äbtissinnen, finstere Kapitäne. In diesen Räumen hallten unsere Schritte wie in verlassenen Kirchen, und wenn sich die Türen aus verschnörkeltem Schmiedeeisen langsam öffneten, strömte der ferne Duft eines anderen Lebens aus dem stillen und dunklen Hintergrund. Nur in einem Saal mit korkbedeckten Fußboden verursachten unsere Schritte keine Geräusche: sie schienen wie die Schritte von Gespenstern, lautlos und ohne Echo. Hinten an der Spiegelwand setzte sich der

el ensueño como en un lago encantado, y los personajes de los retratos, aquellos obispos fundadores, aquellas tristes damiselas, aquellos avellanados mayorazgos parecían vivir olvidados en una paz secular. Concha se detuvo en la cruz de dos corredores, donde se abría una antesala redonda, grande y desmantelada, con arcones antiguos. En un testero arrojaba cerco mortecino de luz la mariposa de aceite que día y noche alumbraba ante un Cristo desmelenado y lívido.

Concha murmuró en voz baja:

—¿Te acuerdas de esta antesala?

—Sí. ¿La antesala redonda?

—Sí… ¡Era donde jugábamos!

Una vieja hilaba en el hueco de una ventana. [90] Concha me la mostró con un gesto:

—Es Micaela… La doncella de mi madre. ¡La pobre está ciega! No le digas nada…

Seguimos adelante. Algunas veces Concha se detenía en el umbral de las puertas, y señalando las estancias silenciosas, me decía con su sonrisa tenue, que también parecía desvanecerse en el pasado:

—¿Te acuerdas?

Ella recordaba las cosas más lejanas. Recordaba cuando éramos niños y saltábamos delante de las consolas para ver estremecerse los floreros cargados de rosas, y los fanales ornados con viejos ramajes áureos, y los candelabros de plata, y los daguerrotipos llenos de un misterio estelar. ¡Tiempos aquellos en que nuestras risas locas y felices habían turbado el noble recogimiento del Palacio, [91] y se desvanecían por las claras y grandes antesalas, por los corredores oscuros, flanqueados con angostas ventanas de montante donde arrullaban las palomas!…

[93] AL ANOCHECER, Concha sintió un gran frío y tuvo que acostarse. Alarmado al verla temblar, pálida como la muerte, quise mandar por un médico a Viana del Prior, pero ella se opuso,

Saal wie ein verwunschener See fort, und die Persönlichkeiten auf den Porträts, die Gründerbischöfe, die traurigen herrschaftlichen jungen Damen, die runzligen Majoratsherren, schienen in hundertjährigem Frieden vergessen zu leben. Concha blieb an der Kreuzung zweier Gänge stehen, wo sich die runde, verwahrloste Vorhalle mit den alten Truhen befand. Auf einer Seite der Wand lieferte das Öllämpchen, das Tag und Nacht vor dem fahlen, brüchigen Christus brannte, nur einen schwachen Lichtschimmer.

Concha sagte mit leiser Stimme:

»Erinnerst du dich an diese Vorhalle?«

»Ja. Die runde Vorhalle?«

»Ja… Dort haben wir immer gespielt!«

Eine alte Frau saß in in einer Fensternische und spann Garn. Concha zeigte dorthin und sagte:

»Das ist Micaela… Die Zofe meiner Mutter. Die Ärmste ist ist blind! Sag nichts zu ihr…«

Wir gingen weiter. Manchmal blieb Concha auf der Türschwelle stehen, wies in einen der stillen Räume und sagte zu mir, mit ihrem schwachen Lächeln, das ebenfalls in der Vergangenheit zu verschwinden schien:

»Erinnerst du dich?«

Sie erinnerte sich an die abgelegensten Dinge. Sie erinnerte sich daran, wie wir als Kinder vor die Wandtischchen sprangen, um die mit Rosen gefüllten Vasen zittern zu sehen, die mit alten goldenen Zweigen geschmückten Laternen, die silbernen Kandelaber und die Daguerreotypien, die vom Geheimnis des Universums erfüllt waren. Das waren die Zeiten, in denen unser verrücktes und fröhliches Lachen die edle Andacht des Palastes gestört hatte und dann durch die hellen und großen Vorzimmer, durch die dunklen Korridore mit ihren schmalen Fenstern, wo die Tauben gurrten, verschwand!…

ALS ES DUNKEL wurde, fror Concha sehr, und sie mußte ins Bett gehen. Als ich sie zitternd und totenblaß sah, wollte ich einen Arzt aus Viana del Prior holen lassen, aber sie lehnte das ab, und nach einer

y al cabo de una hora ya me miraba sonriendo con amorosa languidez. Descansando inmóvil sobre la blanca almohada, murmuró:

—¿Creerás que ahora me parece una felicidad estar enferma?

[94] —Por qué?

—Porque tú me cuidas.

Yo me sonreí sin decir nada, y ella, con una gran dulzura, insistió:

—¡Es que tú no sabes cómo yo te quiero!

En la penumbra de la alcoba la voz apagada de Concha tenía un profundo encanto sentimental. Mi alma se contagió:

—¡Yo te quiero más, princesa!

—No, no. En otro tiempo te he gustado mucho. Por muy inocente que sea una mujer, eso lo conoce siempre, y tú sabes lo inocente que yo era.

Me incliné para besar sus ojos, que tenían un velo de lágrimas, y le dije por consolarla:

—¿Creerás que no me acuerdo, Concha?

Ella exclamó riéndose:

—¡Qué cínico eres!

[95] —Di qué desmemoriado. ¡Hace ya tanto tiempo!

—¿Y cuánto tiempo hace, vamos a ver?

—No me entristezcas haciendo que recuerde los años.

—Pues confiesa que yo era muy inocente.

—¡Todo lo inocente que puede ser una mujer casada!

—Más, mucho más. ¡Ay! Tú fuiste mi maestro en todo.

Exhaló las últimas palabras como si fuesen suspiros, y apoyó una de sus manos sobre los ojos. Yo la contemplé, sintiendo cómo se despertaba

Stunde sah sie mich liebevoll mit einem matten Lächeln an. Sie ruhte regungslos auf dem weißen Kissen und murmelte:

»Glaubst du mir das? Ich empfinde es jetzt als ein Glück, krank zu sein.«

»Warum?«

»Weil du dich um mich kümmerst.«

Ich lächelte, ohne zu sprechen, und sie betonte es mit großer Sanftheit noch einmal:

»Du weißt nicht, wie sehr ich dich liebe!«

Im Halbdunkel des Schlafzimmers hatte Conchas gedämpfte Stimme einen starken sentimentalen Liebreiz. Meine Seele war ergriffen:

»Ich liebe dich noch mehr, Prinzessin!«

»Nein, nein. zu einer anderen Zeit mochte ich dich sehr. Wie unschuldig sie ist, das weiß eine Frau immer, und du weißt, wie unschuldig ich war.«

Ich beugte mich hinunter, um ihre von Tränen verschleierten Augen zu küssen, und sagte, um sie zu trösten:

»Denkst du, ich erinnere mich nicht, Concha?«

Da rief sie lachend:

»Wie zynisch du bist!«

»Sag, wie vergeßlich. Es ist schon so lange her!«

»Und wie lange ist es her, mal sehen?«

»Mach mich nicht traurig, indem du mich an die Jahre erinnerst.«

»Nun, ich gestehe, daß ich sehr unschuldig war.«

»So unschuldig wie eine verheiratete Frau sein kann!«

»Mehr, viel mehr. Ach, du warst mein Meister in allen Dingen.«

Sie sprach die letzten Worte wie Seufzer, und legte eine Hand auf ihre Augen. Ich sah sie an und spürte, wie die sinnliche Erinnerung erwachte. Concha hatte

la voluptuosa memoria de los sentidos. Concha tenía para mí todos los encantos de otro tiempo, purificados por una divina palidez de enferma. Era verdad que yo había sido su maestro en todo. Aquella [96] niña casada con un viejo, tenía la cándida torpeza de las vírgenes. Hay tálamos fríos como los sepulcros, y maridos que duermen como las estatuas yacentes de granito. ¡Pobre Concha! Sobre sus labios perfumados por los rezos, mis labios cantaron los primeros el triunfo del amor y su gloriosa exaltación. Yo tuve que enseñarle toda la lira: Verso por verso, todo el rosario de sonetos de Pietro Aretino. Aquel capullo blanco de niña desposada, apenas sabía murmurar el primero. Hay maridos y hay amantes que ni siquiera pueden servirnos de precursores, y bien sabe Dios que la perversidad, esa rosa sangrienta, es una flor que nunca se abrió en mis amores. Yo he preferido siempre ser el Marqués de Bradomín, a ser ese divino Marqués de Sade. Tal vez ésa haya sido la [97] única razón de pasar por soberbio entre algunas mujeres. Pero la pobre Concha nunca fue de estas. Como habíamos quedado en silencio, me dijo:

—¿En qué piensas?

—En el pasado, Concha.

—Tengo celos de él.

—¡No seas niña! Es el pasado de nuestros amores.

Ella se sonrió, cerrando los ojos, como si también evocase un recuerdo. Después murmuró con cierta resignación amable, perfumada de amor y de melancolía:

—Sólo una cosa le he pedido a la Virgen de la Concepción, y creo que va a concedérmela… Tenerte a mi lado en la hora de la muerte.

Volvimos a quedar en triste silencio. Al cabo de algún tiempo, Concha se incorporó [98] en las almohadas. Tenía los ojos llenos de lágrimas. En voz muy baja me dijo:

—Xavier, dame aquel cofre de mis joyas, que está

für mich allen Charme einer anderen Zeit, geläutert durch die göttliche Blässe der Krankheit. Es stimmt, ich war in jeder Hinsicht ihr Meister gewesen. Dieses Mädchen, das mit einem alten Mann verheiratet war, hatte die natürliche Naivität einer Jungfrau. Es gibt Ehebetten, die kalt sind wie Gräber, und Ehemänner, die wie Statuen aus Granit daliegen. Arme Concha! Auf ihren nach Gebeten duftenden Lippen sangen meine Lippen als erste den Triumph der Liebe und ihre glorreiche Verherrlichung. Ich mußte ihr die ganze Pracht beibringen: Strophe für Strophe, den ganzen Rosenkranz der Sonette von Pietro Aretino. Dieses jung verheiratete Mädchen, diese strahlende Knospe, kannte kaum das erste. Es gibt Ehemänner und Liebhaber, die uns nicht als Vorbilder dienen sollten, und Gott weiß, daß die Perversität, diese blutige Rose, eine Blume ist, die sich nie für meine Liebe geöffnet hat. Ich habe es immer vorgezogen, der Marquis de Bradomín zu sein und nicht der göttliche Marquis de Sade. Vielleicht war das der einzige Grund, warum ich bei manchen Frauen als hochmütig galt. Aber die arme Concha war keine von denen. Als wir dann still waren, sagte sie zu mir:

»Woran denkst du?«

»An die Vergangenheit, Concha.«

»Auf die bin ich eifersüchtig.«

»Sei nicht kindisch! Es ist die Vergangenheit unserer Liebe.«

Sie lächelte und schloß die Augen, als ob auch sie sich erinnern würde. Dann antwortete sie mit einer gewissen Resignation, die von Liebe und Melancholie durchdrungen war:

»Ich habe die Jungfrau nur um Eines gebeten, und ich glaube, sie wird es mir gewähren… Daß du in der Stunde meines Todes bei mir bist.«

Wieder herrschte bedrücktes Schweigen. Nach einiger Zeit richtete sich Concha in den Kissen auf. Ihre Augen waren voller Tränen. Mit sehr leiser Stimme sagte sie zu mir:

»Xavier, gib mir die Schatulle mit den Juwelen vom

sobre el tocador. Ábrelo. Ahí guardo también tus cartas… Vamos a quemarlas juntos… No quiero que me sobrevivan.

Era un cofre de plata, labrado con la suntuosidad decadente del siglo XVIII. Exhalaba un suave perfume de violetas, y lo aspiré cerrando los ojos:

—¿No tienes más cartas que las mías?

—Nada más.

—¡Ah! Tu nuevo amor no sabe escribir.

—¿Mi nuevo amor? ¿Qué nuevo amor? ¡Seguramente has pensado alguna atrocidad!

—Creo que sí.

—¿Cuál?

—No te la digo.

[99] —¿Y si adivinase?

—No puedes adivinar.

—¿Qué enormidad habrás pensado?

Yo exclamé riéndome:

—Florisel.

Por los ojos de Concha pasó una sombre de enojo:

—¡Y serás capaz de haberlo pensado!

Hundió las manos entre mis cabellos, arremolinándolos:

—¿Qué hago yo contigo? ¿Te mato?

Viéndome reír, ella reía también, y sobre su boca pálida, la risa era fresca, sensual, alegre:

—¡No es posible que hayas pensado eso!

—Di que parece imposible.

—¿Pero lo has pensado?

—Sí.

[100] —¡No te creo! ¿Cómo has podido siquiera imaginarlo?

—Recordé mi primera conquista. Tenía yo once

Frisiertisch. Öffne sie. Dort sind auch deine Briefe… Laß sie uns gemeinsam verbrennen… Ich möchte nicht, daß sie mich überleben.«

Die Schatulle war aus Silber, prachtvoll verziert im dekadenten Stil des 18. Jahrhunderts. Ich schloß die Augen und atmetete ihren sanften Veilchenduft ein:

»Hast du keine anderen Briefe als die von mir?«

»Nicht mehr.«

»Oh! Deine neue Liebe kann nicht schreiben.«

»Meine neue Liebe? Was für eine neue Liebe? Du hast dir sicher irgendeine Scheußlichkeit ausgedacht!«

»Ich denke schon.«

»Welche denn?«

»Das sage ich dir nicht.«

»Und wenn ich rate?«

»Das errätst du nie.«

»An welche Ungeheuerlichkeit wirst du denken?«

Da rief ich lachend:

»Florisel.«

Zorns überschattete Conchas Augen:

»Und du bist fähig, dir so etwas vorzustellen!«

Sie griff in meine Haare und wirbelte sie durcheinander:

»Was soll ich mit dir machen? Dich umbringen?«

Sie sah mich lachen und lachte auch. Das Lachen auf ihrem blassen Mund war sinnlich und fröhlich:

»Das kannst du doch nicht gedacht haben!«

»Sag, daß es unmöglich erscheint.«

»Aber du hast dir das schon vorgestellt?«

»Ja.«

»Ich glaube dir nicht, wie konnte dir das jemals in den Kopf kommen?«

»Ich dachte an meine erste Eroberung. Ich war elf

años y una dama se enamoró de mí. ¡Era también muy bella!

Concha murmuró en voz baja:

—Mi tía Augusta.

—Sí.

—Ya me lo has contado… ¿Pero tú no eras más bello que Florisel?

Dudé un momento y creí que mis labios iban a mancharse con una mentira. Al fin, tuve el valor de confesar la verdad:

—¡Ay, Concha! Yo era menos bello.

Mirándome burlona, cerró el cofre de sus joyas.

—Otro día quemaremos tus cartas. Hoy no. Tus celos me han puesto de buen humor.

[101] Y echándose sobre la almohada volvió a reír como antes, con frescas y alegres carcajadas. El día de quemar aquellas cartas no llegó para nosotros: Yo me he resistido siempre a quemar las cartas de amores. Las he amado como aman los poetas sus versos. Cuando murió Concha, en el cofre de plata, con las joyas de familia las heredaron sus hijas.

[103] LAS ALMAS enamoradas y enfermas son tal vez las que tejen los más hermosos sueños de la ilusión. Yo nunca había visto a Concha ni tan amante ni tan feliz. Aquel renacimiento de nuestros amores fue como una tarde otoñal de celajes dorados, amable y melancólica. ¡Tarde y celajes que yo pude contemplar desde los miradores del Palacio, cuando Concha con romántica fatiga se apoyaba en mi hombro! Por el [104] campo verde y húmedo, bajo el sol que moría, ondulaba el camino. Era luminoso y solitario. Concha suspiró con la mirada perdida:

—¡Por ese camino hemos de irnos los dos!

Y levantaba su mano pálida, señalando a lo lejos los cipreses del cementerio. La pobre Concha

Jahre alt, und eine Frau verliebte sich in mich. Sie war auch sehr schön!«

Concha sagte kaum hörbar:

»Meine Tante Augusta.«

»Ja.«

»Du hast mir schon davon erzählt… Aber warst du nicht viel schöner als Florisel?«

Ich zögerte einen Moment und dachte, mir würde eine Lüge über die Lippen kommen. Endlich hatte ich den Mut, die Wahrheit zu gestehen:

»Ach, Concha! Ich war nicht so schön.«

Sie sah mich spöttisch an und schloß die Schatulle mit den Juwelen.

»Wir werden deine Briefe ein andermal verbrennen. Nicht heute. Deine Eifersucht hat mich in gute Laune versetzt.«

Und sie ließ sich in die Kissen fallen und lachte wieder wie vorher, ein frisches und fröhliches Lachen. Der Tag, diese Briefe zu verbrennen, sollte nie kommen. Ich habe mich immer dagegen gewehrt, Liebesbriefe zu verbrennen. Ich liebte sie, wie Dichter ihre Verse lieben. Ihre Töchter erbten sie, als Concha starb, zusammen mit dem Schmuck in der silbernen Schatulle.

DIE SEELEN weben wohl in der Liebe und in der Krankheit die schönsten Träume der Illusion. Ich hatte Concha noch nie so liebevoll und so glücklich gesehen. Diese Wiedergeburt unserer Liebe war wie ein herbstlicher Abend mit goldenen Wolken, liebenswürdig und schwermütig; ein Abend und ein Himmel, den ich vom Pavillon des Palastes betrachten konnte, als Concha sich mit romantischer Ermattung an meine Schulter lehnte! Der Weg schlängelte sich unter der versinkenden Sonne durch die grüne, dunstige Landschaft, abgeschieden und leuchtend. Concha seufzte mit einem verlorenen Blick:

»Diesen Weg müssen wir beide gehen!«

Und sie hob ihre blasse Hand und deutete auf die Zypressen des Friedhofs in der Ferne. Die arme

hablaba de morir sin creer en ello. Yo me burlaba:

—Concha, no me hagas suspirar. Ya sabes que soy un príncipe a quien tienes encantado en tu Palacio. Si quieres que no se rompa el encanto, has de hacer de mi vida un cuento alegre.

Concha, olvidando sus tristezas del crepúsculo, sonreía:

—Ese camino es también por donde tú has venido.

La pobre Concha procuraba mostrarse [105] alegre. Sabía que todas las lágrimas son amargas y que el aire de los suspiros, aun cuando perfumado y gentil, sólo debe durar lo que una ráfaga. ¡Pobre Concha! Era tan pálida y tan blanca como esos ramos de azucenas que embalsaman las capillas con más delicado perfume al marchitarse. De nuevo levantó su mano, diáfana como mano de hada:

—¿Ves, allá lejos, un jinete?

—No veo nada.

—Ahora pasa la Fontela.

—Sí, ya le veo.

—Es el tío Don Juan Manuel.

—¡El magnífico hidalgo del Pazo de Lantañón!

Concha hizo un gesto de lástima:

—¡Pobre señor! Estoy segura que viene a verte.

[106] Don Juan Manuel se había detenido en medio del camino, y levantándose sobre los estribos y quitándose el chambergo, nos saludaba. Después, con voz poderosa, que fue repetida por un eco lejano, gritó:

—¡Sobrina! ¡Sobrina! ¡Manda abrir la cancela del jardín!

Concha levantó los brazos indicándole que ya mandaba, luego volviéndose a mí, exclamó riéndose:

Concha sprach vom Sterben, ohne daran zu glauben. Ich machte mich über sie lustig:

»Concha, du machst mich seufzen. Du weißt, ich bin ein Prinz, den du in deinem Palast verzaubert hast. Wenn du nicht willst, daß der Zauber gebrochen wird, dann mußt du mein Leben zu einem glücklichen Märchen machen.«

Concha vergaß ihre Sorgen vom frühen Morgen und lächelte:

»Dieser Weg ist auch der, auf dem du gekommen bist.«

Concha versuchte, fröhlich zu wirken. Sie wußte, daß alle Tränen bitter sind und daß der Hauch von Seufzern, so duftend und sanft er auch sein mag, so schnell vergeht wie ein Windstoß. Arme Concha! Sie war so bleich und so weiß wie jene Liliensträuße, die beim Verwelken die Kapellen mit dem zartesten Duft erfüllen. Wieder hob sie ihre Hand, durchsichtig wie die Hand einer Fee:

»Siehst du dahinten einen Reiter?«

»Ich sehe nichts.«

»Jetzt kommt er an der Fontela vorbei.«

»Ja, jetzt sehe ich ihn.«

»Es ist Onkel Don Juan Manuel.«

»Der prächtige Edelmann vom Pazo de Lantañón!«

Concha machte eine bedauernde Geste:

»Der arme Mann! Er kommt, dich zu besuchen.«

Don Juan Manuel hielt mitten auf dem Weg an, richtete sich in den Steigbügeln auf und nahm seinen Hut ab, um uns zu begrüßen. Dann rief er mit kräftiger Stimme, die mit einem fernen Echo widerhallte:

»Nichte, Nichte! Sag ihnen, sie sollen das Gartentor öffnen!«

Concha hob die Arme, um zu zeigen, daß sie das schon getan hatte. Dann drehte sie sich zu mir um und rief lachend:

—Dile tú que ya van.

»Sag du ihm, daß sie gleich kommen.«

Yo rugí, haciendo bocina con las manos:

Ich schrie, die Hände an den Mund gelegt:

—¡Ya van!

»Sie kommen gleich!«

Pero Don Juan Manuel aparentó no oírme. El privilegio de hacerse entender a tal distancia, era suyo no más. Concha se tapó los oídos:

Aber Don Juan Manuel tat so, als würde er mich nicht hören. Nur er konnte sich das erlauben, nur er. Concha hielt sich die Ohren zu:

—Calla, porque jamás confesará que te oye.

»Still, er wird nie zugeben, daß er dich hört.«

[107] Yo seguí rugiendo:

Ich schrie weiter:

—¡Ya van! ¡Ya van!

»Sie kommen! Gleich kommen sie!«

Inútilmente. Don Juan Manuel se inclinó acariciando el cuello del caballo. Había decidido no oírme. Después volvió a levantarse sobre los estribos:

Vergeblich, Don Juan Manuel beugte sich hinunter und streichelte den Hals des Pferdes. Er hatte beschlossen, mich nicht zu hören. Dann richtete er sich wieder in den Steigbügeln auf:

—¡Sobrina! ¡Sobrina!

»Nichte, Nichte!«

Concha se apoyaba en la ventana riendo como una niña feliz:

Concha lehnte sich aus dem Fenster und lachte wie ein glückliches Kind:

—¡Es magnífico!

»Er ist großartig!«

Y el viejo seguía gritando desde el camino:

Und der alte Mann auf dem Weg schrie weiter:

—¡Sobrina! ¡Sobrina!

»Nichte! Nichte!«

Es verdad que era magnífico aquel Don Juan Manuel Montenegro. Sin duda le pareció que no acudían a franquearle la entrada con toda la presteza requerida, porque hincando las espuelas al caballo, se alejó al galope. Desde lejos, se volvió gritando:

Es stimmt, Don Juan Manuel Montenegro war großartig. Zweifellos schien es ihm, daß sie ihm nicht mit der gebotenen Eile Einlass gewährt hatten, denn er gab seinem Pferd die Sporen und galoppierte davon. Er drehte er sich um und rief von weitem:

[108]—No puedo detenerme. Voy a Viana del Prior. Tengo que apalear a un escribano.

»Ich kann nicht bleiben. Ich reite nach Viana del Prior. Ich muß dort einen Advokaten verprügeln.«

Florisel, que bajaba corriendo para abrir la cancela, se detuvo a mirar cuán gallardamente se partía. Después volvió a subir la vieja escalinata revestida de yedra. Al pasar por nuestro lado, sin levantar los ojos, pronunció solemne y doctoral:

Florisel, der hinuntergelaufen war, um das Tor zu öffnen, blieb stehen, um zu sehen, wie schneidig er losritt. Dann ging er die alte, mit Efeu bewachsene Treppe wieder hinauf. Als er an uns vorbeikam, sagte er, ohne den Blick zu heben, feierlich und wissend:

—¡Gran señor, muy gran señor, es Don Juan Manuel!

»Ein großer Herr, ein sehr großer Herr ist Don Juan Manuel!«

Creo que era una censura, porque nos reíamos del viejo hidalgo. Yo le llamé:

Ich glaube, es war eine Rüge, weil wir über den alten Edelmann gelacht hatten. Ich rief ihm zu:

—Oye, Florisel.

Se detuvo temblando.

—¿Qué me mandaba?

—¿Tan gran señor te parece Don Juan Manuel?

—Mejorando las nobles barbas que me oyen.

[109] Y sus ojos infantiles, fijos en Concha, demandaban perdón. Concha hizo un gesto de reina indulgente. Pero lo echó a perder, riendo como una loca. El paje se alejó en silencio. Nosotros nos besamos alegremente, y antes de desunir las bocas, oímos el canto lejano de los mirlos, guiados por la flauta de caña que tañía Florisel.

[111] ERA NOCHE de luna, y en el fondo del laberinto cantaba la fuente como un pájaro escondido. Nosotros estábamos silenciosos, con las manos enlazadas. En medio de aquel recogimiento sonaron en el corredor pasos lentos y cansados. Entró Candelaria con una lámpara encendida, y Concha exclamó como si despertase de un sueño:

—¡Ay! Llévate esa luz.

[112] —¿Pero van a estar a oscuras? Miren que es malo tomar la luna.

Concha preguntó sonriendo:

—¿Por qué es malo, Candelaria?

La vieja repuso, bajando la voz:

—Bien lo sabe, señorita. ¡Por las brujas!

Candelaria se alejó con la lámpara haciendo muchas veces la señal de la cruz, y nosotros volvimos a escuchar el canto de la fuente que le contaba a la luna su prisión en el laberinto. Un reloj de cuco, que acordaba el tiempo del fundador, dio las siete. Concha murmuró:

—¡Qué temprano anochece! ¡Las siete todavía!

—Es el Invierno que llega.

—¿Tú, cuándo tienes que irte?

—¿Yo? Cuando tú me dejes.

»Hör mal, Florisel.«

Er blieb zitternd stehen.

»Was befehlen Sie mir?«

»Don Juan Manuel ist ein großartiger Edelmann?«

»Mögen die edlen Bärte, die mir zuhören, Nutzen daraus ziehen.«
Und seine kindlichen, auf Concha gerichteten Augen baten um Verzeihung. Concha zeigte sich wie eine nachsichtigen Königin. Aber sie verdarb es und lachte wie eine Verrückte. Der Page ging wortlos fort. Wir küßten uns fröhlich, und bevor wir uns voneinander lösten, hörten wir in der Ferne den Gesang der Amseln, begleitet von Florisels Rohrflöte.

ES WAR EINE mondhelle Nacht, und hinten im Labyrinth sang der Brunnen wie ein verborgener Vogel. Wir schwiegen und hielten uns an den Händen. Inmitten dieser Ruhe ertönten langsame, müde Schritte auf dem Korridor. Candelaria trat mit einer brennenden Lampe ein, und Concha rief aus, als ob sie aus einem Traum erwachte:

»Oh! Nimm das Licht weg.«

»Aber Sie werden Dunkeln sitzen? Sehen Sie, wie übel es im Mondschein ist.«

Concha fragte lächelnd:

»Warum ist es übel, Candelaria?«

Die alte Frau antwortete mit gesenkter Stimme:

»Sie wissen es doch, Señorita, wegen der Hexen!«

Candelaria ging mit der Lampe fort und bekreuzigte sich mehrmals, und wir hörten wieder das Lied des Brunnens, der dem Mond von seiner Gefangenschaft im Labyrinth erzählte. Eine Kuckucksuhr, die an die Zeit des Gründers erinnerte, schlug sieben. Concha sagte leise:

»Wie früh es dunkel wird! Es ist gerade sieben!«

»Es wird Winter.«

»Wann mußt Du gehen?«

»Ich? Wenn du mich fortläßt.«

[113] Concha suspiró:

—¡Ay! ¡Cuando yo te deje! ¡No te dejaría nunca!

Y estrechó mi mano en silencio. Estábamos sentados en el fondo del mirador. Desde allí veíamos el jardín iluminado por la luna, los cipreses mustios destacándose en el azul nocturno coronados de estrellas, y una fuente negra con agua de plata. Concha me dijo:

—Ayer he recibido una carta. Tengo que enseñártela.

—¿Una carta, de quién?

—De tu prima Isabel. Viene con las niñas.

—¿Isabel Bendaña?

—Sí.

—¿Pero tiene hijas Isabel?

Concha murmuró tímidamente:

—No, son mis hijas.

[114] Yo sentí pasar como una brisa abrileña sobre el jardín de los recuerdos. Aquellas dos niñas, las hijas de Concha, en otro tiempo me querían mucho, y también yo las quería. Levanté los ojos para mirar a su madre. No recuerdo una sonrisa tan triste en los labios de Concha:

—¿Qué tienes?. ¿Qué te sucede?

—Nada.

—¿Las pequeñas están con su padre?

—No. Las tengo educándose en el Convento de Enseñanza.

—Ya serán unas mujeres.

—Sí. Están muy altas.

—Antes eran preciosas. No sé ahora.

—Como su madre.

—No, como su madre nunca.

Concha seufzte:

»Ach, wenn ich dich fortlasse. Nie werde ich das!«

Und sie drückte schweigend meine Hand. Wir saßen hinten im Pavillon und konnten den mondbeschienenen Garten sehen, die düsteren Zypressen vor dem nächtlichen Blau des Himmels, übersäht mit Sternen, und den schwarzen Brunnen mit Wasser wie Silber. Concha sagte zu mir:

»Gestern habe ich einen Brief bekommen. Ich muß ihn dir zeigen.«

»Einen Brief von wem?«

»Von deiner Cousine Isabel. Sie kommt mit den Mädchen.«

»Isabel Bendaña?«

»Ja.«

»Aber hat Isabel denn Töchter?«

Concha sagte verlegen:

»Nein, es sind meine Töchter.«

Ich spürte, wie ein Frühlingshauch durch den Garten der Erinnerungen wehte. Diese beiden Mädchen, die Töchter von Concha, hatten mich einst sehr geliebt, und ich liebte sie auch. Ich hob meinen Blick und sah ihre Mutter an. Nie sah ich ein so trauriges Lächeln auf ihren Lippen:

»Was ist los mit dir? Was ist los?«

»Nichts.«

»Sind die Kleinen bei ihrem Vater?«

»Nein. Ich lasse sie im Convento de Enseñanza erziehen.«

»Sie werden wohl schon Frauen sein.«

»Ja. Sie sind ziemlich groß geworden.«

»Früher waren sie schön. Jetzt? Das weiß icht nicht.«

»Wie ihre Mutter.«

»Nein, nicht wie ihre Mutter.«

Concha volvió a sonreír con aquella sonrisa [115] dolorosa, y quedó pensativa contemplando sus manos:

—He de pedirte un favor.
—¿Qué es?

—Si viene Isabel con mis hijas, tenemos que hacer una pequeña comedia. Yo les diré que estás en Lantañón cazando con mi tío. Tú vienes una tarde, y sea porque hay tormenta o porque tenemos miedo a los ladrones, te quedas en el Palacio, como nuestro caballero.

—¿Y cuántos días debe durar mi destierro en Lantañón?

Concha exclamó vivamente:

—Ninguno. La misma tarde que ellas vengan. ¿No te ofendes, verdad?

—No, mi vida.

—Qué alegría me das. Desde ayer estoy dudando, sin atreverme a decírtelo.

[116] —¿Y tú crees que engañaremos a Isabel?

—No lo hago por Isabel, lo hago por mis pequeñas, que son unas mujercitas.

—¿Y Don Juan Manuel?

—Yo le hablaré. Ese no tiene escrúpulos. Es otro descendiente de los Borgias. ¿Tío tuyo, verdad?

—No sé. Tal vez será por ti el parentesco.

Ella contestó riéndose.

—Creo que no. Tengo una idea que tu madre le llamaba primo.

—¡Oh! Mi madre conoce la historia de todos los linajes. Ahora tendremos que consultar a Florisel.

Concha replicó:

—Será nuestro Rey de Armas.

Y al mismo tiempo, en la rosa pálida de su boca

Concha lächelte wieder mit diesem schmerzlichen Lächeln, stand nachdenklich da und betrachtete ihre Hände:

»Ich möchte dich um einen Gefallen bitten.«
»Was denn?«

»Wenn Isabel mit meinen Töchtern kommt, müssen wir eine kleine Komödie aufführen. Ich werde ihnen sagen, daß du mit meinem Onkel in Lantañon auf der Jagd bist. Du kommst eines Abends, und entweder weil es stürmt oder weil wir Angst vor Dieben haben, bleibst du im Palast, wie unser Ritter.«

»Und wie viele Tage soll meine Verbannung nach Lantañon dauern?«

Concha rief lebhaft:

»Gar nicht. Nur am Abend, wenn sie kommen. Du bist doch nicht beleidigt, oder?«

»Nein, meine Liebe.«

»Welche Freude du mir machst. Seit gestern habe ich gezögert und mich nicht getraut, es dir zu sagen.«

»Und du glaubst, wir werden Isabel täuschen?«

»Ich tue es nicht für Isabel, sondern für meine kleinen Mädchen, die schon junge Frauen sind.«

»Und Don Juan Manuel?«

»Ich rede mit ihm. Er hat keine Skrupel. Er ist auch ein Nachkomme der Borgia. Er ist dein Onkel, nicht wahr?«

»Ich weiß nicht. Vielleicht gehört er eher zu deiner Verwandtschaft.«

Sie antwortete mit einem Lachen.

»Das glaube ich nicht. Ich denke, deine Mutter hat ihn Cousin genannt.«

»Oh! Meine Mutter kennt alle die Stammbäume. Jetzt müssen wir Florisel fragen.«

Concha antwortete:

»Er wird unser Wappenkönig sein.«

Und gleichzeitig erschien ein Lächeln auf der blassen

temblaba una sonrisa. Luego quedó cavilosa [117] con las manos cruzadas contemplando al jardín. En su jaula de cañas colgada sobre la puerta del mirador, silbaban una vieja riveirana los mirlos que cuidaba Florisel. En el silencio de la noche, aquel ritmo alegre y campesino evocaba el recuerdo de las felices danzas célticas a la sombra de los robles. Concha empezó también a cantar. Su voz era dulce como una caricia. Se levantó y anduvo vagando por el mirador. Allá, en el fondo, toda blanca en el reflejo de la luna, comenzó a bailar uno de esos pasos de alegres y pastoriles. Pronto se detuvo suspirando:

—¡Ay! ¡Cómo me canso! ¿Has visto que he aprendido la riveirana?

Yo repuse riéndome:

—¿Eres también discípula de Florisel?

—También.

[118] Acudí a sostenerla. Cruzó las manos sobre mi hombro y reclinando la mejilla, me miró con sus bellos ojos de enferma. La besé, y ella mordió mis labios con sus labios marchitos.

[119] POBRE CONCHA!… Tan demacrada y tan pálida, tenía la noble resistencia de una diosa para el placer. Aquella noche la llama de la pasión nos envolvió mucho tiempo, ya moribunda, ya frenética, en su lengua dorada. Oyendo el canto de los pájaros en el jardín, quedéme dormido en brazos de Concha. Cuando me desperté, ella estaba incorporada en las almohadas, con tal expresión de dolor y sufrimiento, que [120] sentí frío. ¡Pobre Concha! Al verme abrir los ojos, todavía sonrió. Acariciándole las manos, le pregunté:

—¿Qué tienes?

—No sé. Creo que estoy muy mal.

—¿Pero qué tienes?

—No sé… ¡Qué vergüenza si me hallasen muerta aquí!

Rose ihres Mundes. Sie stand nachdenklich mit gefalteten Händen da und blickte in den Garten hinaus. In ihrem Rohrkäfig, der über der Tür des Pavillons hing, flöteten die Amseln, um die sich Florisel kümmerte, eine alte Riveirane. In der Stille der Nacht weckte dieser fröhliche, ländliche Rhythmus die glückliche Erinnerung an keltische Tänze im Schatten der Eichen. Auch Concha begann zu singen. Ihre Stimme war so süß wie eine Liebkosung. Sie stand auf und wanderte im Pavillon herum. Dann, etwas entfernt, ganz weiß im Widerschein des Mondes, begann sie eine dieser fröhlichen Hirtenweisen zu tanzen. Bald hielt sie seufzend inne:

»Ach, hast du gesehen, daß ich die Riveirana gelernt habe?«

Ich erwiderte lachend:

»Bist du auch eine Schülerin Florisels?«

»Bin ich…«

Ich ging, um sie zu stützen. Sie legte die Hände auf meine Schulter, neigte ihren Kopf zurück und schaute mich mit ihren schönen, von Krankheit gezeichneten Augen an. Ich küßte sie, und sie biß mit ihren welken Lippen meine Lippen.

ARME CONCHA!… So abgehärmt und blaß wie sie war, hatte sie doch in der Liebe die Ausdauer einer Göttin. In dieser Nacht umfing uns die Flamme der Leidenschaft ausgiebig mit ihrer goldenen Zunge, schon sterbend, schon rasend. Ich hörte den Gesang der Vögel im Garten und schlief in Conchas Armen ein. Als ich aufwachte, lag sie aufgerichtet in den Kissen, mit einem solchen Ausdruck von Schmerz und Leiden, daß mir ganz kalt wurde. Arme Concha! Aber sie lächelte, als sie sah, daß ich die Augen öffnete. Ich streichelte ihre Hände und fragte sie:

»Was ist los mit dir?«

»Ich weiß nicht. Ich glaube, mir geht es schlecht.«

»Aber was hast du denn?«

»Ich weiß es nicht… Was für eine Schande, wenn man mich hier tot auffinden würde!«

Al oírla sentí el deseo de retenerla a mi lado:

—¡Estás temblando, pobre amor!

Y la estreché entre mis brazos. Ella entornó los ojos: ¡Era el dulce desmayo de sus párpados cuando quería que yo se los besase! Como temblaba tanto, quise dar calor a todo su cuerpo con mis labios, y mi boca recorrió celosa sus brazos hasta el hombro, y puse un collar de rosas en su cuello. Después [121] alcé los ojos para mirarla. Ella cruzó sus manos pálidas y las contempló melancólica. ¡Pobres manos delicadas, exangües, casi frágiles! Yo le dije:

—Tienes manos de Dolorosa.

Se sonrió:

—Tengo manos de muerta.

—Para mí eres más bella cuanto más pálida.

Pasó por sus ojos una claridad feliz:

—Sí, sí. Todavía te gusto mucho y te hago sentir.

Rodeó mi cuello, y con una mano levantó los senos, rosas de nieve que consumía la fiebre. Yo entonces la enlacé con fuerza, y en medio del deseo, sentí como una mordedura el terror de verla morir. Al oírla suspirar, creí que agonizaba. La besé temblando [122] como si fuese a comulgar su vida. Con voluptuosidad dolorosa y no gustada hasta entonces, mi alma se embriagó en aquel perfume de flor enferma que mis dedos deshojaban consagrados e impíos. Sus ojos se abrieron amorosos bajo mis ojos. ¡Ay! Sin embargo, yo adiviné en ellos un gran sufrimiento. Al día siguiente Concha no pudo levantarse.

[123] LA TARDE caía en medio de un aguacero. Yo estaba refugiado en la biblioteca, leyendo el «Florilegio de Nuestra Señora», un libro de sermones compuesto por el Obispo de Corinto, Don Pedro de Bendaña, fundador del Palacio. A veces me distraía oyendo el bramido del viento en el jardín, y el susurro de las hojas secas que corrían arre-

Als ich sie hörte, verspürte ich den Wunsch, sie an mich zu drücken:

»Du zitterst ja, Liebste!«

Und ich nahm sie in meine Arme. Sie schloß die Augen: es war die süße Macht ihrer Augenlider, wenn sie wollte, daß ich sie küßte! Als sie so zitterte, wollte ich ihren ganzen Körper mit meinen Lippen wärmen, und mein Mund wanderte ihre Arme hinauf bis zu den Schulter, und hinterließ eine Spur von Rosen auf ihrem Hals. Dann blickte ich auf und sah sie an. Sie faltete ihre blassen Hände und betrachtete sie melancholisch; arme zarte, blutleere, fast zerbrechliche Hände! Ich sagte zu ihr:

»Du hast die Hände der Dolorosa.«

Sie lächelte:

»Ich habe die Hände einer Toten.«

»Für mich bist du umso schöner, je blasser du bist.«

Eine glückliche Schimmer erschien in ihren Augen:

»Ja, ich mag dich immer noch sehr, glaube es mir.«

Sie umfaßte meinen Hals, und mit einer Hand hob sie ihre Brüste, Rosen aus Schnee, vom Fieber verzehrt. Dann umschlang ich sie mit Gewalt, und inmitten des Verlangens spürte ich wie einen Stich den Schrecken, sie könnte sterben. Als ich sie seufzen hörte, dachte ich, es wäre zu Ende. Ich küßte sie zitternd, als wollte ich ihr das Leben wie ein Sakrament schenken. Mit einer schmerzhaften Wollust, die ich nie zuvor gekostet hatte, berauschte sich meine Seele am Duft dieser kranken Blume, die meine Finger weihevoll und gottlos entblätterten. Ihre Augen öffneten sich unter meinen Augen voller Liebe, aber ach, ich sah in ihnen großes Leiden. Am nächsten Tag konnte Concha nicht mehr aufstehen.

DER NACHMITTAG versank in einem Platzregen. Ich hatte mich in die Bibliothek zurückgezogen und las das »Florilegium Unserer Lieben Frau«, ein Buch mit Predigten, zusammengestellt vom Bischof von Korinth, Don Pedro de Bendaña, dem Gründer des Palastes. Manchmal lenkte ich mich ab, indem ich dem Rauschen des Windes im Garten lauschte,

molinándose por las carreras de mirtos seculares. Las ramas desnudas de los [124] árboles rozaban los vidrios emplomados de las ventanas. Reinaba en la biblioteca una paz de monasterio, un sueño canónico y doctoral. Sentíase en el ambiente el hálito de los infolios antiguos encuadernados en pergamino, los libros de humanidades y de teología donde estudiaba el Obispo. De pronto sentí una voz poderosa que llamaba desde el fondo del corredor:

—¡Marqués!… ¡Marqués de Bradomín!…

Entorné el «Florilegio» sobre la mesa, para guardar la página, y me puse de pie. La puerta se abría en aquel momento y Don Juan Manuel apareció en el umbral, sacudiendo el agua que goteaba de su montecristo:

—¡Mala tarde, sobrino!

—¡Mala, tío!

Y quedó sellado nuestro parentesco:

[125] —¿Tú, leyendo aquí encerrado?… ¡Sobrino, es lo peor para quedarse ciego!

Acercóse a la lumbre y extendió las manos sobre la llama:

—¡Es nieve lo que cae!

Después volvióse de espaldas al fuego, e irguiéndose ante mí exclamó con su engolada voz de gran señor:

—Sobrino, has heredado la manía de tu abuelo, que también se pasaba los días leyendo. ¡Así se volvió loco!… ¿Y qué librote es ese?

Sus ojos, hundidos y verdosos, dirigían al «Florilegio de Nuestra Señora» una mirada llena de desdén. Apartóse de la lumbre y dio algunos pasos por la biblioteca, haciendo sonar las espuelas. Se detuvo de pronto:

—¡Marqués de Bradomín, se acabó la [126] sangre de Cristo en el Palacio de Brandeso!

Comprendiendo lo que deseaba me levanté. Don

und dem Rascheln der trockenen Blätter, die durch die jahrhundertealten Myrtenwege wirbelten. Die kahlen Äste der Bäume streiften die Bleiverglasung der Fenster. In der Bibliothek herrschte klösterlicher Friede, ein Traum von rechter Gelehrsamkeit. Die Luft war erfüllt vom Atem der alten, in Pergament gebundenen Werke, den Büchern der Philosophie und der Theologie, die der Bischof studiert hatte. Plötzlich hörte ich eine kräftige Stimme vom Ende des Korridors her rufen:

»Marquis!… Marquis von Bradomín!…«

Ich legte das »Florilegium« auf den Tisch, die Seite aufgeschlagen, und stand auf. In diesem Moment öffnete sich die Tür, Don Juan Manuel erschien in der Tür und schüttelte das Wasser von seinem tropfnassen Montechristo:

»Scheußliches Wetter, Neffe!«

»Scheußlich, Onkel!«

Und damit war unsere Verwandtschaft besiegelt:

»Du liest hier eingesperrt?… Neffe, davon kannst du blind werden!«

Er trat an das Feuer und hielt seine Hände über die Flamme:

»Es fällt Schnee!«

Dann drehte er sich mit dem Rücken zum Feuer, richtete sich vor mir auf und rief in einem hochtrabenden herrschaftlichen Ton:

»Neffe, du hast die Unart deines Großvaters geerbt, der seine Tage auch mit Lesen verbrachte und deshalb verrückt wurde… Und was ist das für ein Wälzer?«

Seine eingesunkenen, grünlichen Augen blickten voller Verachtung auf das »Florilegium Unserer Lieben Frau«. Er wandte sich vom Feuer ab und ging ein paar Schritte durch die Bibliothek, wobei seine Sporen klirrten. Plötzlich blieb er stehen:

»Marquis von Bradomín, im Palast Brandeso ist das Blut Christi ausgegangen!«

Ich verstand, was er wünschte, und erhob mich. Don

Juan Manuel extendió un brazo, deteniéndome con soberano gesto:

—¡No te muevas! ¿Habrá algún criado en el Palacio?

Y desde el fondo de la biblioteca empezó a llamar con grandes voces:

—¡Amelas!… ¡Brión!… Uno cualquiera, que suba presto…

Ya empezaba a impacientarse, cuando Florisel apareció en la puerta:

—¿Qué mandaba, señor padrino?

Y llegóse a besar la mano del hidalgo, que le acarició la cabeza:

—Súbeme del tinto que se coge en la Fontela.

Y Don Juan Manuel volvió a pasear la biblioteca. [127] De tiempo en tiempo se detenía frente al fuego, extendiendo las manos, que eran pálidas, nobles y descarnadas como las manos de un rey asceta. A pesar de los años, que habían blanqueado por completo sus cabellos, conservábase arrogante y erguido como en sus buenos tiempos, cuando servía en la Guardia Noble de la Real Persona. Llevaba ya muchos años retirado en su Pazo de Lantañón, haciendo la vida de todos los mayorazgos campesinos, chalaneando en las ferias, jugando en las villas y sentándose a la mesa de los abades en todas las fiestas. Desde que Concha vivía retirada en el Palacio de Brandeso, era también frecuente verle aparecer por allí. Ataba su caballo en la puerta del jardín, y entrábase dando voces. Se hacía servir vino, y bebía hasta dormirse en [128] el sillón. Cuando despertaba, fuese de día o de noche, pedía su caballo, y dando cabeceos sobre la silla, tornaba a su Pazo. Don Juan Manuel tenía gran predilección por el tinto de la Fontela, guardado en una vieja cuba que acordaba al tiempo de los franceses. Impacientándose porque tardaban en subir de la bodega, se detuvo en medio de la biblioteca:

—¡Ese vino!… ¿O acaso están haciendo la vendimia?

Juan Manuel streckte seinen Arm aus und hielt mich mit einer souveränen Geste auf:

»Bleib wo du bist! Gibt es wohl einen Diener im Palast?«

Und aus dem hinteren Teil der Bibliothek begann er mit lauter Stimme zu rufen:

»Amelas!… Brión!… Einer von euch soll schnell kommen…«

Er wurde schon ungeduldig, da erschien Florisel an der Tür:

»Was befehlt Ihr, Herr Patenonkel?«

Und er küßte dem Edelmann die Hand, und der strich ihm über den Kopf:

»Bring mir Rotwein aus der Fontela.«

Und Don Juan Manuel schlenderte wieder in der Bibliothek umher. Von Zeit zu Zeit blieb er beim Feuer stehen und streckte seine Hände aus, die blaß, edel und abgemagert waren wie die Hände eines asketischen Königs. Trotz der Jahre, die sein Haar vollständig gebleicht hatten, blieb er aufrecht und anmaßend wie in seinen guten alten Tagen, als er in der königlichen Leibgarde gedient hatte. Viele Jahre lang lebte er zurückgezogen in seinen Pazo de Lantañón, lebte das Leben aller ländlichen Majoratsherren, zeigte sich auf den Märkten, spielte in den Villen und saß bei allen Festen am Tisch der Äbte. Seit Concha zurückgezogen im Palast Brandeso lebte, sah man ihn oft dort erscheinen. Er band sein Pferd am Gartentor an und ging rufend hinein. Er ließ sich Wein einschenken und trank, bis er im Sessel einschlief. Wenn er erwachte, ob bei Tag oder bei Nacht, rief er nach seinem Pferd und kehrte, im Sattel schaukelnd, zu seinem Gut zurück. Don Juan Manuel hatte eine große Vorliebe für den Rotwein aus der Fontela, der in einem alten Bottich gelagert wurde, den er noch aus der Zeit der Franzosen kannte. Ungeduldig, weil die ganze Zeit niemand aus dem Keller kam, blieb er mitten in der Bibliothek stehen und brummte:

»Dieser Wein!… Oder sind sie noch bei der Weinlese?«

Todo trémulo apareció Florisel con un jarro, que colocó sobre la mesa. Don Juan Manuel despojóse de su montecristo, y tomó asiento en un sillón:

—Marqués de Bradomín, te aseguro que este vino de la Fontela es el mejor vino de la comarca. ¿Tú conoces el del Condado? Este [129] es mejor. Y si lo hiciesen eligiendo la uva, sería el mejor del mundo.

Decía esto mientras llenaba el vaso, que era de cristal tallado, con asa y la cruz de Calatrava en el fondo. Uno de esos vasos pesados y antiguos, que recuerdan los refectorios de los conventos. Don Juan Manuel bebió con largura y sosiego, apurando el vino de un solo trago, y volvió a llenar el vaso:

—Muchos así debía beberse mi sobrina. ¡No estaría entonces como está!

En aquel momento Concha asomó en la puerta de la biblioteca, arrastrando la cola de su ropón monacal y sonriendo:

—El tío Don Juan Manuel quiere que le acompañes. ¿Te lo ha dicho? Mañana es la fiesta del Pazo: San Rosendo de Lantañón. Dice el tío que te recibirán con palio.

[130] Don Juan Manuel asintió con un ademán soberano:

—Ya sabes que desde hace tres siglos es privilegio de los Marqueses de Bradomín ser recibidos con palio en las feligresías de San Rosendo de Lantañón, Santa Baya de Cristamilde y San Miguel de Deiro. ¡Los tres curatos son presentación de tu casa! ¿Me equivoco, sobrino?

—No se equivoca usted, tío.

Concha interrumpió, riéndose:

—No le pregunte usted. ¡Es un dolor, pero el último Marqués de Bradomín no sabe una palabra de esas cosas!

Don Juan Manuel movió la cabeza gravemente:

—¡Eso lo sabe! ¡Debe saberlo!

Florisel erschien zitternd mit einem Krug und stellte ihn auf den Tisch. Don Juan Manuel legte seinen Montechristo ab und setzte sich in einen Sessel:

»Marquis de Bradomín, ich versichere dir, daß dieser Wein aus der Fontela der beste der Region ist. Kennst du den aus Condado? Dieser hier ist besser. Und mit ausgesuchten Trauben hergestellt, wäre er der beste der Welt.«

Er sagte dies, während er das Glas füllte, das geschliffene Glas mit einem Henkel und dem Calatrava-Kreuz auf dem Boden. Eines dieser schweren, altmodischen Gläser, die an die Refektorien von Klöstern erinnern. Don Juan Manuel leerte das Glas in einem Zuge, langsam und in aller Ruhe, und füllte es dann wieder auf:

»Meine Nichte muß wohl viel getrunken haben, sonst wäre sie nicht so, wie sie jetzt ist!«

In diesem Augenblick erschien Concha in der Tür der Bibliothek, zog die Schleppe ihrer Mönchskutte hinter sich her und lächelte:

»Onkel Don Juan Manuel möchte, daß du ihn begleitest. Hat er dir das schon gesagt? Morgen ist das Fest des Pazo: San Rosendo de Lantañón. Der Onkel sagt, sie werden dich mit einem Baldachin empfangen.«

Don Juan Manuel nickte und antwortete mit einer souveränen Geste:

»Ihr wißt, daß seit drei Jahrhunderten den Grafen von Bradomín das Privileg zusteht, in den Pfarreien San Rosendo de Lantañón, Santa Baya de Cristamilde und San Miguel de Deiro mit einem Baldachin empfangen zu werden. Die drei Pfarreien stehen für dein Haus! Irre ich mich, Neffe?«

»Nein, Ihr habt Recht, Onkel.«

Concha unterbrach sie lachend:

»Fragt ihn lieber nicht. Es ist traurig, aber der letzte Marquis von Bradomín hat von solchen Dingen keine Ahnung!«

Don Juan Manuel schüttelte ernst den Kopf:

»Das weiß er! Das muß er wissen!«

Concha se dejó caer en el sillón que yo [131] -ocupaba poco antes, y abrió el «Florilegio de Nuestra Señora» con aire doctoral:

—¡Estoy segura que ni siquiera conoce el origen de la casa de Bradomín!

Don Juan Manuel se volvió hacia mí, noble y conciliador:

—¡No hagas caso! ¡Tu prima quiere indignarte!

Concha insistió:

—¡Supiera al menos cómo se compone el blasón de la noble casa de Montenegro!

Don Juan Manuel frunció el áspero y canoso entrecejo:

—¡Eso lo saben los niños más pequeños!

Concha murmuró con una sonrisa de dulce y delicada ironía:

—¡Como que es el más ilustre de los linajes españoles!

[132] —Españoles y tudescos, sobrina. Los Montenegros de Galicia descendemos de una emperatriz alemana. Es el único blasón español que lleva metal sobre metal: Espuelas de oro en campo de plata. El linaje de Bradomín también es muy antiguo. Pero entre todos los títulos de tu casa: Marquesado de Bradomín, Marquesado de San Miguel, Condado de Barbanzón y Señorío de Padín, el más antiguo y el más esclarecido es el Señorío. Se remonta hasta Don Roldán, uno de los Doce Pares. Don Roldán ya sabéis que no murió en Roncesvalles, como dicen las Historias.

Yo no sabía nada, pero Concha asintió con la cabeza. Ella sin duda conocía aquel secreto de familia. Don Juan Manuel, después de apurar otro vaso, continuó:

[133] —¡Como yo también desciendo de Don Roldán, naturalmente, estoy muy bien enterado de estas cosas! Don Roldán pudo salvarse, y en una barca llegó hasta la isla de Sálvora. Atraído por una sirena naufragó en aquella playa, y tuvo de

Concha ließ sich in den Sessel fallen, in dem ich kurz zuvor gesessen hatte, und schlug mit wichtiger Miene das »Florilegium Unserer Lieben Frau« auf:

»Ich bin sicher, daß er nicht einmal den Ursprung des Hauses Bradomín kennt!«

Don Juan Manuel wandte sich mir zu, würdevoll und versöhnlich:

»Beachte sie nicht! Deine Cousine will dich ärgern!«

Concha beharrte darauf:

»Er sollte zumindest wissen, wie das Wappen des Adelshauses von Montenegro aussieht!«

Don Juan Manuel hob die grauen Augenbrauen:

»Das wissen schon die Jüngsten!«

Concha sagte, mit einem Lächeln von süßer und feiner Ironie:

»Als wäre es das berühmteste aller spanischen Geschlechter!«

»Aller spanischen und deutschen, Nichte. Wir Montenegros aus Galicien stammen von einer deutschen Kaiserin ab. Es ist das einzige spanische Wappen, das Metall auf Metall zeigt: goldene Sporen auf einem silbernen Feld. Das Geschlecht derer von Bradomín ist ebenfalls sehr alt. Aber unter all den Titeln deines Hauses, Markgrafschaft von Bradomín und von San Miguel, Grafschaft von Barbanzón und Señorio von Padín, ist der Señorio der älteste und berühmteste. Er geht zurück auf Herrn Roland, einen der Zwölf Edlen. Ihr wißt wohl, daß Herr Roland nicht in Roncesvalles gestorben ist, wie man sagt.«

Ich wußte nichts davon, aber Concha nickte zustimmend. Sie kannte zweifellos dieses Familiengeheimnis. Nachdem er ein weiteres Glas geleert hatte, fuhr Don Juan Manuel fort:

»Da auch ich von Herrn Roland abstamme, bin ich natürlich mit diesen Dingen sehr gut vertraut! Herr Roland konnte entkommen, und er erreichte mit einem Boot die Insel Sálvora. Von einer Meerjungfrau in den Bann gezogen, erlitt er an diesem Strand

la sirena un hijo, que por serlo de Don Roldán se llamó Padín, y viene a ser lo mismo que Paladín. Ahí tienes por qué una sirena abraza y sostiene tu escudo en la iglesia de Lantañón.

Schiffbruch. Dann hatte er mit ihr einen Sohn, der als Herrn Rolands Sohn Padín genannt wurde, was dasselbe bedeutet wie Paladin. Das ist der Grund, warum in der Kirche von Lantañón eine Meerjungfrau deinen Schild ergreift und festhält.«

Se levantó, y acercándose a una ventana, miró a través de los vidrios emplomados, si abonanzaba el tiempo. El sol aparecía apenas entre densos nubarrones. Un instante permaneció Don Juan Manuel contemplando el aspecto del cielo. Después volvióse hacia nosotros:

Er stand auf, ging zum Fenster und schaute durch die bleiverglasten Scheiben, um zu sehen, ob es aufklarte. Die Sonne drang kaum durch die dicken Wolken. Einen Moment lang blieb Don Juan Manuel in die Betrachtung des Himmels versunken. Dann wandte er sich wieder an uns:

—Llego hasta mis molinos que están ahí [134] cerca y vuelvo a buscarte… Puesto que tienes la manía de leer, en el Pazo te daré un libro antiguo, pero de letra grande y clara, donde todas estas historias están contadas muy por largo.

»Ich reite zu meinen Mühlen, ganz in der Nähe, dann komme ich zurück, um dich zu treffen… Da du so gerne liest, werde ich dir im Pazo ein Buch geben, zwar alt, aber mit großer, deutlicher Schrift, in dem diese Geschichten ausführlich dargelegt werden.«

Don Juan Manuel acabó de vaciar el vaso, y salió de la biblioteca haciendo sonar las espuelas. Cuando se perdió en el largo corredor el eco de sus pasos, Concha se levantó apoyándose en el sillón y vino hacia mí: Era toda blanca como un fantasma.

Don Juan Manuel leerte sein Glas und verließ die Bibliothek, wobei seine Sporen klirrten. Als das Echo seiner Schritte im langen Korridor verklungen war, stand Concha auf, stützte sich auf den Sessel und kam auf mich zu: sie war weiß wie ein Gespenst.

[135] EN EL FONDO del laberinto cantaba la fuente como un pájaro escondido, y el sol poniente doraba los cristales del mirador donde nosotros esperábamos. Era tibio y fragante: Gentiles arcos cerrados por vidrieras de colores le flanqueaban con ese artificio del siglo galante que imaginó las pavanas y las gavotas. En cada arco, las vidrieras formaban tríptico y podía verse el jardín en medio de una tormenta, [136] en medio de una nevada y en medio de un aguacero. Aquella tarde el sol de Otoño penetraba hasta el centro como la fatigada lanza de un héroe antiguo.

HINTEN im Labyrinth zwitscherte der Brunnen wie ein verborgener Vogel, und die untergehende Sonne vergoldete die Scheiben des Pavillons, wo wir saßen. Es war lind und es duftete. Feine, von bunten Glasfenstern umschlossene Bögen umrahmten den Ausblick mit der Kunstfertigkeit jenes galanten Jahrhunderts, das die Pavane und die Gavotte geschaffen hatte. In jedem Bogen bildeten die bunten Fenster ein Triptychon, und man konnte den Garten bei Sturm, im Schneetreiben und bei Regenschauern sehen. An diesem Nachmittag wirkte die Herbstsonne wie die müde Lanze eines archaischen Helden.

Concha, inmóvil en el arco de la puerta, miraba hacia el camino suspirando. En derredor volaban las palomas. La pobre Concha enojárase conmigo porque oía sonriendo el relato de una celeste aparición, que le fuera acordada hallándose dormida en mis brazos. Era un sueño como los tenían las santas de aquellas historias que me contaba cuando era niño, la dama piadosa y triste que entonces habitaba el Palacio. Recuerdo aquel

Concha blieb im Türbogen stehen und blickte seufzend auf den Weg. Ringsherum flogen Tauben. Die arme Concha war böse auf mich, weil ich lächeln mußte, als sie mir von einer himmlischen Erscheinung erzählte, die sie hatte, als sie in meinen Armen schlief. Solche Träume, wie die der Heiligen in den Geschichten, die mir die fromme und traurige Frau erzählte, die damals im Palast lebte, als ich klein war. Ich erinnere mich undeutlich an diesen

sueño vagamente: Concha estaba perdida en el laberinto, sentada al pie de la fuente y llorando sin consuelo. En esto se le apareció un Arcángel: No llevaba espada ni [137] broquel: Era cándido y melancólico como un lirio: Concha comprendió que aquel adolescente no venía a pelear con Satanás. Le sonrió a través de las lágrimas, y el Arcángel extendió sobre ella sus alas de luz y la guió… El laberinto era el pecado en que Concha estaba perdida, y el agua de la fuente eran todas las lágrimas que había de llorar en el Purgatorio. A pesar de nuestros amores, Concha no se condenaría. Después de guiarla a través de los mirtos verdes e inmóviles, en la puerta del arco donde se miraban las dos Quimeras, el Arcángel agitó las alas para volar. Concha, arrodillándose, le preguntó si debía entrar en un convento, el Arcángel no respondió. Concha, retorciéndose las manos, le preguntó si debía deshojar en el viento la flor de sus amores, el Arcángel [138] no respondió. Concha, arrastrándose sobre las piedras, le preguntó si iba a morir, el Arcángel tampoco respondió, pero Concha sintió caer dos lágrimas en sus manos. Las lágrimas le rodaban entre los dedos como dos diamantes. Entonces Concha había comprendido el misterio de aquel sueño… La pobre al contármelo suspiraba y me decía:

—Es un aviso del Cielo, Xavier.

—Los sueños nunca son más que sueños, Concha.

—¡Voy a morir!… ¿Tú no crees en las apariciones?

Me sonreí, porque entonces aún no creía, y Concha se alejó lentamente hacia la puerta del mirador. Sobre su cabeza volaron las palomas como un augurio feliz. El campo verde y húmedo, sonreía en la paz de la tarde, [139] con el caserío de las aldeas disperso y los molinos lejanos desapareciendo bajo el emparrado de las puertas, y las montañas azules con la primera nieve en las cumbres. Bajo aquel sol amable que lucía en medio de los aguaceros, iba por los caminos la gente de las aldeas. Una pastora con dengue de grana guiaba sus carneros hacia la iglesia de San Gundián,

Traum: Concha, verloren im Labyrinth, saß am Fuße des Brunnens und weinte. Niemand tröstete sie. In diesem Augenblick erschien ihr ein Erzengel, ohne Schwert und Schild: er war unschuldig und schwermütig wie eine Lilie. Concha verstand, daß dieser Jüngling nicht gekommen war, um mit Satan zu kämpfen. Sie lächelte durch ihren Tränenschleier, und der Erzengel breitete seine Schwingen des Lichts über ihr aus und führte sie… Das Labyrinth war die Sünde, der Concha erlegen war, und das Wasser des Brunnens bedeutete die Tränen, die sie im Fegefeuer weinen mußte. Trotz unserer Liebschaft würde Concha nicht verdammt werden. Nachdem er sie durch die grünen, reglosen Myrten bis zur Tür mit den beiden Schimären geführt hatte, schlug der Erzengel mit den Flügeln, um zu aufzusteigen. Concha kniete nieder und fragte ihn, ob sie ins Kloster gehen solle, doch der Erzengel antwortete nicht. Concha rang die Hände und fragte ihn, ob sie die Blume der Liebe im Wind entblättern solle, doch der Erzengel antwortete nicht. Concha kroch über die Steine und fragte ihn, ob sie sterben müsse. Der Erzengel antwortete wieder nicht, aber Concha spürte, wie zwei Tränen in ihre Hände fielen. Die Tränen rollten, Diamanten gleich, über ihre Finger. Da hatte Concha das Geheimnis des Traumes verstanden… Die Ärmste seufzte und sagte:

»Es ist eine Warnung des Himmels, Xavier.«

»Träume sind nie mehr als Träume, Concha.«

»Ich werde sterben!… Glaubst du nicht an Erscheinungen?«

Ich lächelte, denn damals glaubte ich noch nicht daran, und Concha ging langsam zur Tür des Pavillons. Die Tauben über ihr, ein gutes Omen. Die grüne, regennasse Landschaft lag da in der Ruhe des Nachmittags, mit den verstreuten Weilern und den Mühlen, versteckt hinter den Weinranken der Tore, und den blauen Bergen mit dem ersten Schnee auf den Gipfeln. Unter der freundlichen Sonne, die zwischen den Regengüssen hervorkam, gingen die Menschen in den Dörfern ihrer Wege. Eine Hirtin mit einem scharlachroten Umhang führte ihre Schafe in Richtung San Gundián, Frauen kamen singend

mujeres cantando volvían de la fuente, un viejo cansado picaba la yunta de sus vacas que se detenían mordisqueando en los vallados, y el humo blanco parecía salir de entre las higueras… Don Juan Manuel asomó en lo alto de la cuesta, glorioso y magnífico, con su montecristo flotando. Al pie de la escalinata, Brión el mayordomo tenía de las riendas un caballo viejo, prudente, reflexivo y grave como un [140] Pontífice. Era blanco con grandes crines venerables, estaba en el Palacio desde tiempo inmemorial. Relinchó noblemente, y Concha al oírle enjugó una lágrima que hacía más bellos sus ojos de enferma:

—¿Vendrás mañana, Xavier?

—Sí.

—¿Me lo juras?

—Sí.

—¿No te vas enojado conmigo?

Sonriendo con ligera broma le respondí:

—No me voy enojado contigo, Concha.

Y nos besamos con el beso romántico de aquellos tiempos. Yo era el Cruzado que partía a Jerusalén, y Concha la Dama que le lloraba en su castillo al claro de la luna. Confieso que mientras llevé sobre los hombros la melena merovingia como Espronceda y [141] como Zorrilla, nunca supe despedirme de otra manera. ¡Hoy los años me han impuesto la tonsura como a un diácono, y sólo me permiten murmurar un melancólico adiós! Felices tiempos los tiempos juveniles. ¡Quién fuese como aquella fuente, que en el fondo del laberinto aun ríe con su risa de cristal, sin alma y sin edad!…

[143] CONCHA, tras los cristales del mirador, nos despedía agitando su mano blanca. Aun no se había puesto el sol, y el airoso creciente de la luna ya comenzaba a lucir en aquel cielo triste y otoñal. La distancia al Pazo de Lantañón era de dos leguas, y el camino de herradura, pedregoso y con grandes charcos, ante los cuales se detenían nues-

vom Brunnen, ein müder alter Mann spornte das Gespann seiner Kühe an, die stehengeblieben waren, um zwischen den Zaunpfählen Gras zu rupfen, und aus den Feigenbäumen stieg weißer Dunst… Don Juan Manuel sah man oben auf dem Abhang, stark und prächtig, mit seinem wehenden Montechristo. Am Fuße der Treppe hielt der Majordomus Brión, besonnen, nachdenklich und ernst wie der Papst, ein altes Pferd am Zügel. Es war weißhaarig, mit einer ehrwürdigen Mähne, schon seit ewigen Zeiten im Palast. Es wieherte würdevoll, und Concha, die es hörte, trocknete sich eine Träne, was ihre von Krankheit gezeichneten Augen noch schöner machte:

»Kommst du morgen, Xavier?«

»Ja.«

»Schwörst du mir das?«

»Ja.«

»Du gehst doch nicht verärgert weg?«

Ich lächelte leicht scherzhaft und antwortete:

»Nein, ich gehe nicht verärgert weg, Concha.«

Und wir küßten uns mit einem romantischen Kuß, wie damals. Ich war der Kreuzfahrer, der nach Jerusalem aufbrach, und Concha die Dame, die in ihrem Schloß im Mondschein um ihn weinte. Damals, als ich wie Espronceda und Zorrilla die Haarpracht der Merowinger trug, konnte ich nie anders Abschied nehmen, das gebe ich zu. Heute haben mir die Jahre die Tonsur eines Diakons aufgezwungen, was es mir nur noch erlaubt, ein wehmütiges Lebewohl zu murmeln! Glücklich waren die Tage der Jugend; man möchte wie dieser Brunnen sein, der in den Tiefen des Labyrinths noch immer sein kristallenes Lachen lacht, ohne Seele, ohne Alter!…

CONCHA winkte zum Abschied hinter den Glasscheiben des Pavillons mit ihrer weißen Hand. Die Sonne war noch nicht untergegangen, und die zierliche Mondsichel leuchtete schon am traurigen Herbsthimmel. Die Entfernung zum Pazo de Lantañón betrug zwei Meilen, und der Reitweg war steinig und voller großer Pfützen, vor denen unsere

tras cabalgaduras moviendo las orejas, mientras en la otra orilla, algún rapaz [144] aldeano que dejaba beber pacíficamente a la yunta cansada de sus bueyes, nos miraba en silencio. Los pastores que volvían del monte trayendo los rebaños por delante se detenían en las revueltas, y arreaban a un lado sus ovejas para dejarnos paso. Don Juan Manuel iba el primero. A cada momento yo le veía tambalearse sobre el caballo, que se mostraba inquieto y no acostumbrado a la silla. Era un tordo montaraz y de poca alzada, de ojos bravíos y de boca dura. Parecía que por castigo le llevaba su dueño tonsurado de cola y crin. Don Juan Manuel gobernábale sin cordura: Le castigaba con la espuela y al mismo tiempo le recogía las riendas, el potro se encabritaba sin conseguir desarzonarle, porque en tales momentos el viejo hidalgo lucía una gran destreza.

Pferde anhielten und die Ohren spitzten, während auf der anderen Seite ein junger Dorfbewohner, der sein müdes Ochsengespann in Ruhe trinken ließ, uns schweigend zusah. Die Hirten, die von den Bergen zurückkehrten und ihre Herden vor sich her trieben, hielten in den Biegungen an und trieben ihre Schafe zur Seite, um uns Platz zu machen. Don Juan Manuel ritt als Erster. Ich sah ihn ständig auf seinem Pferd taumeln, das sich unruhig gebärdete, weil es nicht an den Sattel gewöhnt war. Es war ein wilder Schimmel von kleiner Statur, mit wütenden Augen und einem harten Maul. Es schien, als hätte ihn sein Besitzer bestrafen wollen, indem er ihm den Schwanz und die Mähne abschneiden ließ. Don Juan Manuel beherrschte ihn ohne Verstand: er gab ihm die Sporen und riß zugleich an der Zügel. Das Fohlen bäumte sich auf, ohne daß es ihm gelang, den Reiter abzuwerfen, denn in solchen Momenten glänzte der alte Edelmann mit großer Geschicklichkeit.

[145] A medio camino se nos hizo completamente de noche. Don Juan Manuel continuaba tambaleándose sobre la silla, pero esto no impedía que en los malos pasos alzase su poderosa voz para advertirme que refrenase mi rocín. Llegando a la encrucijada de tres caminos, donde había un retablo de ánimas, algunas mujeres que estaban arrodilladas rezando, se pusieron en pie. Asustado el potro de Don Juan Manuel, dio una huida y el jinete cayó. Las devotas lanzaron un grito, y el potro, rompiendo por entre ellas, se precipitó al galope, llevando arrastras el cuerpo de Don Juan Manuel, sujeto por un pie del estribo. Yo me precipité detrás… Los zarzales que orillaban el camino producían un ruido sordo cuando el cuerpo de Don Juan Manuel pasaba batiendo contra ellos. Era una cuesta pedregosa [146] que baja hasta el río, y en la oscuridad, yo veía las chispas que saltaban bajo las herraduras del potro. Al fin, atropellando por encima de Don Juan Manuel, pude pasar delante y cruzarme con mi rocín en el camino. El potro se detuvo cubierto de sudor, relinchando y con los ijares trémulos. Salté a tierra. Don Juan Manuel estaba cubierto de sangre y de lodo. Al inclinarme abrió lentamente los ojos

Auf halbem Weg wurde es vollends dunkel. Don Juan Manuel schwankte noch immer im Sattel, was ihn aber nicht daran hinderte, mich an den gefährlichen Stellen mit seiner kräftigen Stimme zu ermahnen, meine Pferd zurückzuhalten. Als sie an der Kreuzung dreier Wege ankamen, wo ein Heiligenbild stand, erhoben sich einige Frauen, die kniend gebetet hatten, unvermutet. Vor Schreck preschte Don Juan Manuels Fohlen davon, und der Reiter stürzte. Die frommen Frauen schrien, und das Pferd galoppierte über sie hinweg, wobei es Don Juan Manuel, der mit einem Fuß im Steigbügel hängegeblieben war, mit sich schleifte. Ich rannte hinterher… Die Brombeersträucher, die den Weg säumten, peitschten mit stumpfem Klatschen gegen Don Juan Manuels Körper. Der Abhang zum Fluß hinunter war steinig, und in der Dunkelheit sah ich Funken unter den Hufeisen des Fohlens fliegen. Endlich konnte ich Don Juan Manuel überholen und mich mit meinem Pferd in den Weg stellen. Das Fohlen blieb schweißüberströmt, wiehernd und mit zitternden Flanken stehen. Ich sprang zu Boden. Don Juan Manuel war mit Blut und Schlamm bedeckt. Als ich mich hinunterbeugte, öffnete er langsam seine trüben, traurige Augen. Ohne einen Laut von sich zu geben, schloß

tristes y turbios. Sin exhalar una queja volvió a cerrarlos. Comprendí que se desmayaba: Le alcé del suelo y le crucé sobre mi caballo. Emprendimos la vuelta. Cerca del Palacio fue preciso hacer un alto. El cuerpo de Don Juan Manuel se resbalaba y tuve que atravesarle mejor sobre la silla. Me asustó el frío de aquellas manos que pendían inertes… Volví a tomar el diestro del [147] caballo que relinchaba, y seguimos acercándonos al Palacio. A pesar de la noche vi que salían al camino por la cancela del jardín tres mozos caballeros en sendas mulas. Les interrogué desde lejos:

—¿Sois alquiladores?

Los tres repitieron a coro:

—Sí, señor.

—¿Qué gente habéis llevado al Palacio?

—Una señora aún moza, y dos señoritas pequeñas… Esta misma tarde llegaron a Viana en la barca de Flavia-Longa.

Los tres espoliques habían arrendado sus mulas sobre la orilla del camino, para dejarme paso. Cuando vieron el cuerpo de Don Juan Manuel cruzado sobre mi caballo, habláronse en voz baja. No osaron, sin embargo, interrogarme. Debieron presumir [148] que era alguno a quien yo había dado muerte. Juraría que los tres villanos temblaban sobre sus cabalgaduras. Hice alto en medio del camino, y mandé a uno de ellos que echase pie a tierra para tenerme el caballo, entanto que yo daba aviso en el Palacio. El espolique se apeó en silencio. Al entregarle las riendas reconoció a Don Juan Manuel:

—¡Válgame Nuestra Señora de Brandeso! Es el mayorazgo de Lantañón.

Asió los ramales con mano trémula y murmuró en voz baja, llena de temeroso respeto:

—¿Alguna desgracia, mi Señor Marqués?

—Cayóse de su caballo.

—¡Parece que viene muerto!

er sie wieder. Ich merkte, daß er ohnmächtig war, hob ihn auf und legte ihn quer auf mein Pferd. Wir machten uns auf den Rückweg. In der Nähe des Palastes war es notwendig anzuhalten. Don Juan Manuels Körper rutschte, und ich mußte ihn sicherer quer über den Sattel legen. Ich erschrak über die Kälte seiner Hände, die leblos herunterhingen… Ich nahm das wiehernde Pferd zur Linken, und wir gingen weiter zum Palast. Trotz der Dunkelheit sah ich drei junge Männer auf Maultieren aus dem Gartentor kommen.
Ich fragte sie von weitem:

»Seid ihr Maultierführer?«

Die drei bestätigten das im Chor:

»Ja, Herr.«

»Wen habt ihr in den Palast gebracht?«

»Eine Dame, also eine junge Frau, und zwei kleine Fräulein… Heute nachmittag kamen sie mit dem Boot von Flavia-Longa nach Viana.«

Die drei Pferdeknechte rückten ihre Maultiere am Wegesrand zusammen, um mir Platz zu machen. Als sie den Körper von Don Juan Manuel quer über meinem Pferd sahen, sprachen sie leise miteinander. Sie wagten aber nicht, mich zu fragen. Sie vermuteten wohl, ich hätte den Mann umgebracht. Ich könnte schwören, daß die drei Dorfleute auf ihren Maultieren zitterten. Ich hielt mitten auf dem Weg an und befahl einem von ihnen abzusteigenund mein Pferd zu halten, während ich im Palast Bescheid gab. Der Mann stieg schweigend ab. Als ich ihm die Zügel reichte, erkannte er Don Juan Manuel:

»Gott sei mit unserer Herrin von Brandeso! Es ist der Herr von Lantañón.«

Er griff mit zitternder Hand nach dem Strick und sagte leise, mit ängstlichem Respekt:

»Ein Mißgeschick, mein Herr Marquis?«

»Er fiel von seinem Pferd.«

»Es sieht aus, als wäre er tot!«

—¡Parece que sí!

»Es scheint so!«

En aquel momento Don Juan Manuel alzóse trabajosamente en la silla:

In diesem Moment rappelte sich Don Juan Manuel mühsam im Sattel auf:

[149]—No vengo más que medio muerto, sobrino.

»Ich bin kaum halb tot, Neffe.«

Y suspiró con la entereza del hombre que reprime una queja. Dirigió a los espoliques una mirada inquisidora, y volvióse a mí:

Und er seufzte mit der Tapferkeit eines Mannes, der nicht klagt. Er warf den Maultierführern einen fragenden Blick zu und wandte sich dann an mich:

—¿Qué gente es esa?

»Was sind das für Leute?

—Los alquiladores que han venido con Isabel y con las niñas.

»Die Maultierführer, die mit Isabel und den Mädchen gekommen sind.«

—¿Pues dónde estamos?

»Und wo sind wir hier?«

—Delante del Palacio.

»Vor dem Palast.«

Hablando de esta suerte, volví a tomar el caballo el diestro y penetré bajo la secular avenida. Los espoliques se despidieron:

Während ich so vom Zwischenfall sprach, nahm ich das Pferd wieder zur Rechten und wandte mich in Richtung der ehrwürdige Allee. Die Maultierführer verabschiedeten sich:

—¡Santas y buenas noches!

»Gute Nacht!«

—¡Vayan muy dichosos!

»Viel Glück!«

—¡El Señor les acompañe!

»Der Herr sei mit Ihnen!«

Se alejaban al paso castellano de sus mulas. Don Juan Manuel volvióse suspirando, y apoyadas las manos en uno y otro borrén, les gritó [150] ya de muy lejos, todavía con arrogante voz:

Sie gingen im kastilischen Schritt ihrer Maultiere davon. Don Juan Manuel drehte sich seufzend um, gestützt auf den Sattel, und rief ihnen aus großer Entfernung in arrogantem Tonfall nach:

—Si topaseis mi potro, llevadlo a Viana del Prior.

»Wenn ihr meinem Fohlen begegnet, dann bringt es nach Viana del Prior.«

A las palabras del hidalgo respondió una voz perdida en el silencio de la noche, deshecha en las ráfagas del aire:

Auf die Worte des Edelmanns antwortete eine ferne Stimme, verloren in der Stille der Nacht, verweht im Wind:

—¡Señor padrino, descuide!…

»Herr Pate, machen Sie sich keine Sorgen…!«

Bajo la sombra familiar de los castaños, mi rocín, venteando la cuadra, volvió a relinchar. Allá lejos, pegados a las tapias del Palacio, cruzaban dos criados hablando en dialecto. El que iba delante llevaba un farol que mecía acompasado y lento. Tras los vidrios empañados de rocío, la brumosa llama de aceite iluminaba con temblona claridad la tierra mojada, y los zuecos de los dos aldeanos.

Unter dem vertrauten Schatten der Kastanienbäume wieherte mein Pferd, weil es schon den Stall roch. In der Ferne, nahe der Palastmauer, überquerten zwei Diener die Straße und unterhielten sich im Dialekt. Der erste trug eine Laterne, die er langsam und rhythmisch schwenkte. Durch das von Tau getrübte Glas warf die dunstige Ölflamme zittriges Licht auf die nasse Erde und die Holzschuhe der beiden

Hablando en voz baja se detuvieron un momento ante la escalinata, y al reconocernos, adelantaron [151] con el farol en alto para poder alumbrarnos, desde lejos, el camino. Eran los dos zagales del ganado que iban repartiendo por los pesebres la ración nocturna de húmeda y olorosa yerba. Acercáronse, y con torpe y asustadizo respeto bajaron del caballo a Don Juan Manuel. El farol alumbraba colocado sobre el balaustral de la escalinata. El hidalgo subió apoyándose en los hombros de los criados. Yo me adelanté para prevenir a Concha. ¡La pobre era tan buena, que parecía estar siempre esperando una ocasión propicia para poder asustarse!

Dorfbewohner. Sie sprachen mit leiser Stimme, blieben einen Augenblick vor der Treppe stehen, und als sie uns erkannten, kamen sie uns mit hochgehaltener Laterne entgegen, um uns schon von weitem zu leuchten. Es waren die beiden Viehhüter, die die nächtliche Ration feuchten und duftenden Grases auf die Raufen verteilten. Sie kamen heran und halfen Don Juan Manuel mit unbeholfenem, ängstlichem Respekt vom Pferd. Die Laterne leuchtete von der Brüstung der Treppe. Der Edelmann ging hoch, gestützt auf die Schultern der Diener. Ich eilte voran, um Concha vorzubereiten. Die arme Concha war so arglos, sie schien jede Gelegenheit wahrzunehmen, sich zu erschrecken!

[153] HALLÉ A CONCHA en el tocador rodeada de sus hijas y entretenida en peinar los largos cabellos de la más pequeña. La otra estaba sentada en el canapé Luis XV al lado de su madre. Las dos niñas eran muy semejantes: Rubias y con los ojos dorados, parecían dos princesas infantiles pintadas por el Tiziano en la vejez. La mayor se llamaba María Fernanda, la pequeña María Isabel. Las dos hablaban [154] a un tiempo contando los lances del viaje, y su madre las oía sonriendo, encantada y feliz, con los dedos pálidos, perdidos entre el oro de los cabellos infantiles. Cuando yo entré sobresaltóse un poco, pero supo dominarse. Las dos pequeñas me miraban poniéndose encendidas. Su madre exclamó con la voz ligeramente trémula:

CONCHA traf ich im Boudoir, zusammen mit ihren Töchtern. Sie war damit beschäftigt, das lange Haar der Jüngsten zu kämmen. Die andere saß neben ihrer Mutter auf dem Louis-XV-Kanapee. Die beiden Mädchen waren sich sehr ähnlich: Blond und mit goldenen Augen, sahen sie aus wie die vor Jahren von Tizian gemalte Prinzessinnen. Die ältere hieß Maria Fernanda, die jüngere Maria Isabel. Die beiden redeten gleichzeitig und erzählten von den Ereignissen ihrer Reise, und die Mutter hörte ihnen lächelnd zu, erfreut und glücklich, wobei sich ihre blassen Finger in den goldenen Haaren der Kinder verloren. Als ich hereinkam, war sie ein wenig erschrocken, aber sie konnte sich beherrschen. Die beiden kleinen Mädchen schauten mich aufgeregt an. Ihre Mutter rief mit etwas bebender Stimme:

—¡Qué agradable visita! ¿Vienes de Lantañón? ¿Sin duda sabías la llegada de mis hijas?…

»So ein angenehmer Besuch! Du kommst aus Lantañón? Du wußtest wohl von der Ankunft meiner Töchter?…«

—La supe en el Palacio. El honor de veros lo debo a Don Juan Manuel, que rodó del caballo al bajar la cuesta de Brandeso.

»Ich habe es im Palast erfahren. Die Ehre, Euch zu sehen, verdanke ich Don Juan Manuel, der auf dem Hang von Brandeso vom Pferd gestürzt ist.«

Las dos niñas interrogaron a su madre:

Die beiden Mädchen fragten ihre Mutter:

—¿Es el tío de Lantañón?

»Ist er der Onkel aus Lantañón?«

—Sí, hijas mías.

»Ja, Kinder.«

Al mismo tiempo Concha dejaba preso en [155] la trenza de su hija el peine de marfil y sacaba de

Gleichzeitig befreite Concha den elfenbeinernen Kamm, der sich im Zopf ihrer Tochter verfangen

entre las hebras de oro una mano pálida, que me alargó en silencio. Los ojos inocentes de las niñas no se apartaban de nosotros. Su madre murmuró:

—¿Qué dices? ¡Válgame Dios!… ¡Una caída a sus años!.. ¿Y de dónde veníais?

—De Viana del Prior.

—¿Cómo no habéis encontrado en el camino a Isabel y a mis hijas?

—Hemos atajado por el monte.

Concha apartó sus ojos de los míos para no reírse, y continuó peinando la destrenzada cabellera de su hija. ¡Aquella cabellera de matrona veneciana, tendida sobre los hombros de una niña! Poco después entró Isabel:

—¡Primacho, ya sabía que estabas aquí!

—¿Cómo lo sabías?

[156] —Porque he visto al tío Don Juan Manuel. ¡Verdaderamente es milagroso que no se haya matado!

Concha se incorporó apoyándose en sus hijas, que flaqueaban al sostenerla y sonreían como en un juego:

—Vamos a verle, pequeñas. ¡Pobre señor!

Yo le dije:

—Déjalo para mañana, Concha.

Isabel se acercó y la hizo sentar:

—Lo mejor es que descanse. Acabamos de envolverle en paños de vinagre. Entre Candelaria y Florisel le han acostado.

Nos sentamos todos. Concha mandó a la mayor de sus hijas que llamase a Candelaria. La niña se levantó corriendo. Cuando llegaba a la puerta, su madre le dijo:

—¿Pero adónde vas, María Fernanda?

[157] —¿No me has dicho?…

hatte, zog zwischen den goldenen Strähnen ihre bleiche Hand hervor, und hielt sie mir schweigend hin. Die unschuldigen Mädchen ließen uns nicht aus den Augen. Ihre Mutter fragte leise:

»Was sagst du da? Um Himmels Willen!… Ein Sturz, in seinem Alter…Und woher kommt Ihr?«

»Von Viana del Prior.«

»Wieso habt Ihr Isabel und meine Töchter nicht unterwegs getroffen?«

»Wir haben den Weg über den Berg genommen.«

Concha wandte ihren Blick von mir ab, um nicht zu lachen, und fuhr fort, das offene Haar ihrer Tochter zu kämmen. Und das Haar einer venezianischen Dame fiel über die Schultern eines kleinen Mädchens! Wenig später kam Isabel herein:

»Cousin, ich wußte, daß du hier bist!«

»Woher wußtest du das?«

»Weil ich Onkel Don Juan Manuel gesehen habe. Es ist wirklich ein Wunder, daß er nicht zu Tode gekommen ist!«

Concha richtete sich auf, stützte sich dabei auf ihre Töchter, die das kaum aushielten, und lächelte wie bei einem Spiel:

»Gehen wir doch zu ihm, Kinder. Der arme Herr!«

Ich sagte zu ihr:

»Heb dir das für morgen auf, Concha.«

Isabel kam herüber und bat Concha, sich zu setzen:

»Am besten, er ruht sich aus. Wir haben ihn gerade in Essigtücher eingewickelt. Candelaria und Florisel brachten ihn ins Bett.«

Wir setzten uns alle. Concha sagte der älteren Tochter, sie solle Candelaria rufen. Das Mädchen lief los. Als sie bei der Tür war, rief ihr die Mutter nach:

»Aber wohin gehst du denn, María Fernanda?«

»Hast du mir nicht gesagt…?«

—Sí, hija mía; pero basta que toques el «tan—tan» que está al lado del tocador.

María Fernanda obedeció ligera y aturdida. Su madre la besó con ternura, y luego, sonriendo, besó a la pequeña, que la miraba con sus grandes ojos de topacio. Entró Candelaria deshilando un lenzuelo blanco:

—¿Han llamado?

María Fernanda se adelantó:

—Yo llamé, Candela. Me mandó mamá.

Y la niña corrió al encuentro de la vieja criada, quitándole el lenzuelo de las manos para continuar ella haciendo hilas. María Isabel, que estaba sentada sobre la alfombra con la sien reclinada en las rodillas de su madre, levantó mimosa la cabeza:

—Candela, dame a mí para que haga hilas.

[158] —Otra llegó primero, paloma.

Y Candelaria, con su bondadosa sonrisa de sierva vieja y familiar, le mostró las manos arrugadas y vacías. María Fernanda volvió a sentarse en el canapé. Entonces mi prima Isabel, que tenía predilección por la pequeña, le quitó aquel paño de lino que olía a campo y lo partió en dos:

—Toma, querida mía.

Y después de un momento su hermana María Fernanda, colocando hilo a hilo sobre el regazo, murmuró con la gravedad de una abuela:

—¡Vaya con la mimosa!

Candelaria, con las manos cruzadas sobre su delantal blanco y rizado, esperaba órdenes en medio de la estancia. Concha le preguntó por Don Juan Manuel:

[159] —¿Le habéis dejado solo?

—Sí, señorita. Quedóse traspuesto.

—¿Dónde le habéis acostado?

—En la sala del jardín.

»Ja, mein Kind, aber du mußt doch bloß mit der Trommel beim Schminktisch ein Zeichen geben.«

Maria Fernanda tat das sofort, doch etwas erstaunt. Ihre Mutter küßte erst sie zärtlich und dann lächelnd das kleine Mädchen, das sie mit ihren großen topasfarbenen Augen ansah. Candelaria trat ein. Sie war dabei, Fäden aus einem weißen Tuch zu ziehen:

»Sie haben gerufen?«

María Fernanda kam herbei:

»Ich habe gerufen, Candela. Mama schickt mich.«

Und das Mädchen lief der alten Magd entgegen und nahm ihr das Tuch aus den Händen, um selber Fäden zu ziehen. Maria Isabel, die auf dem Teppich saß und sich an die Knie ihrer Mutter geschmiegt hatte, hob den Kopf:

»Candela, gib es mir zum Fäden machen.«

»Deine Schwester kam zuerst, meine Taube.«

Und Candelaria zeigte mit dem gütigen Lächeln der alten, vertrauten Dienerin ihre faltigen, jetzt leeren Hände. Maria Fernanda setzte sich wieder auf das Kanapee. Dann nahm meine Cousine Isabel, die eine Vorliebe für das jüngere Mädchen hatte, das Leinentuch, das an dörfliches Leben erinnerte, und riß es in zwei Teile:

»Nimm es, meine Liebe.«

Einen Augenblick später murmelte ihre Schwester Maria Fernanda, die Faden für Faden in ihren Schoß legte, mit der Ernsthaftigkeit einer Großmutter:

»Oh je, so eine Mimose!«

Candelaria wartete mitten im Zimmer auf Anweisungen, die Hände auf ihrer gekräuselten weißen Schürze gefaltet. Concha fragte sie nach Don Juan Manuel:

»Ihr habt ihn allein gelassen?«

»Ja, Señorita. Er ist eingeschlafen.«

»Wo haben ihr ihn zu Bett gebracht?«

»Im Gartenzimmer.«

—También tenéis que disponer habitaciones para el Señor Marqués… No es cosa de que le dejemos volver solo a Lantañón.

»Du mußt auch die Zimmer für den Herrn Marquis vorbereiten… Wir können ihn nicht allein nach Lantañón zurückgehen lassen.«

Y la pobre Concha me sonreía con aquella ideal sonrisa de enferma. La frente arrugada de su antigua niñera tiñóse de rojo. La vieja miró a las niñas con ternura y después murmuró con la rancia severidad de una dueña escrupulosa y devota:

Und die arme Concha lächelte mit diesem feinen Lächeln einer kranken Frau. Röte überzog die runzlige Stirn der alten Dienerin. Sie schaute die Mädchen zärtlich an und sagte dann mit dem Ernst einer gewissenhaften und hingebungsvollen Gastgeberin:

—Para el Señor Marqués ya están dispuestas las habitaciones del Obispo.

»Für den Herrn Marquis sind schon die Zimmer des Bischofs bereit.«

Se retiró en silencio. Las dos niñas se aplicaron a deshilar el lenzuelo, lanzándose miradas furtivas, para ver cuál adelantaba más [160] en su tarea. Concha e Isabel secreteaban. Daba las diez un reloj, y sobre los regazos infantiles, en el círculo luminoso de la lámpara, iban formando lentamente las hilas, un cándido manojo.

Sie zog sich schweigend zurück. Die beiden Mädchen fuhren fort, den Stoff zu zerfasern, wobei sie sich gegenseitig verstohlene Blicke zuwarfen, um zu sehen, wer schon weiter war. Concha und Isabel tuschelten geheimnisvoll. Eine Uhr schlug zehn, und auf den Schößen der Kinder, im hellen Kreis der Lampe, bildeten die Fäden allmählich weiße Bündel.

[161] TOMÉ ASIENTO cerca del fuego y me distraje removiendo los leños con aquellas tenazas tradicionales, de bronce antiguo y prolija labor. Las dos niñas habíanse dormido: La mayor con la cabeza apoyada en el hombro de su madre, la pequeña en brazos de mi prima Isabel. Fuera se oía la lluvia azotando los cristales, y el viento que pasaba en ráfagas sobre el jardín misterioso y oscuro. En el fondo de la chimenea [162] brillaban los rubíes de la brasa, y de tiempo en tiempo una llama alegre y ligera pasaba corriendo sobre ellos.

AM FEUER sitzend, unterhielt ich mich damit, die Holzscheite mit dieser traditionellen, fein gearbeiteten Zange aus alter Bronze umzuschichten. Die beiden Mädchen waren eingeschlafen: die ältere mit dem Kopf auf der Schulter ihrer Mutter, die jüngere in den Armen meiner Cousine Isabel. Wir hörten den Regen draußen gegen die Fensterscheiben prasseln, und der Wind fegte durch den dunklen, geheimnisvollen Garten. Hinten im Kamin glühten die Scheite rubinrot, und von Zeit zu Zeit flackerten helle und fröhliche Flammen auf.

Concha e Isabel, para no despertar a las niñas, continuaban hablando en voz baja. Al verse después de tanto tiempo, las dos volvían los ojos al pasado y recordaban cosas lejanas. Era un largo y susurrador comento acerca de la olvidada y luenga parentela. Hablaban de las tías devotas, viejas y achacosas, de las primas pálidas y sin novio, de aquella pobre Condesa de Cela, enamorada locamente de un estudiante, de Amelia Camarasa, que se moría tísica, del Marqués de Tor, que tenía reconocidos veintisiete bastardos. Hablaban de nuestro noble y venerable tío, el Obispo de Mondoñedo. ¡Aquel santo, lleno de caridad, que había recogido [163]

Concha und Isabel sprachen miteinander, leise, um die Mädchen nicht zu wecken. Da sie sich nun nach so langer Zeit wiedersahen, blickten sie beide zurück und erinnerten sich an altes Geschehen. Es war eine lange, flüsternde Erzählung über die vergessene, uralte Verwandtschaft. Sie sprachen von den hingebungsvollen, senilen und gebrechlichen Tanten, von den blassen Cousinen ohne Bräutigam, von der armen Gräfin de Cela, die wahnsinnig in einen Studenten verliebt war, von Amelia Camarasa, die an der Schwindsucht starb, vom Marquis de Tor, der siebenundzwanzig uneheliche Kinder hatte. Sie sprachen von unserem edlen und ehrwürdigen

en su palacio a la viuda de un general carlista, ayudante del Rey! Yo apenas atendía a lo que Isabel y Concha susurraban. Ellas de tiempo en tiempo me dirigían alguna pregunta, siempre con grandes intervalos:

—Tú quizá lo sepas. ¿Qué edad tiene el tío Obispo?

—Tendrá setenta años.

—¡Lo que te decía!

—¡Pues yo le hacía de más!

Y otra vez comenzaba el cálido y fácil murmullo de la conversación femenina, hasta que tornaban a dirigirme otra pregunta:

—¿Tú recuerdas cuándo profesaron mis hermanas?

Concha e Isabel me tomaban por el cronicón de la familia. Así pasamos la velada. Cerca de media noche, la conversación se [164] fue amortiguando como el fuego de la chimenea. En medio de un largo silencio, Concha se incorporó suspirando con fatiga, y quiso despertar a María Fernanda, que dormía sobre su hombro:

—¡Ay!… ¡Hija de mi alma, mira que no puedo contigo!…

María Fernanda abrió los ojos cargados con ese sueño cándido y adorable de los niños. Su madre se inclinó para alcanzar el reloj que tenía en su joyero, con las sortijas y el rosario:

—Las doce, y estas niñas todavía en pie. No te duermas, hija mía.

Y procuraba incorporar a María Fernanda, que ahora reclinaba la cabeza en un brazo del canapé:

—En seguida os acuestan.

[165] Y con la sonrisa desvaneciéndose en la rosa marchita de su boca, quedóse contemplando a la más pequeña de sus hijas, que dormía en brazos

Onkel, dem Bischof von Mondoñedo, diesem Heiligen voller Nächstenliebe, der die Witwe eines karlistischen Generals, des Adjutanten des Königs, in seinen Palast aufgenommen hatte! Ich verstand kaum, was Isabel und Concha flüsterten. Ab und zu stellten sie mir eine Frage:

»Vielleicht weißt du das, wie alt ist der Onkel Bischof?«

»Er wird siebzig Jahre alt sein.«

»Was ich dir gesagt habe!«

»Nun, da hätte ich ihn für älter gehalten!«

Und wieder ging das freundliche, oberflächliche Geplätscher der weiblichen Unterhaltung weiter, bis sie noch eine Frage an mich richteten:

»Erinnerst du dich noch, wie meine Schwestern ihr Gelübde ablegten?«

Concha und Isabel betrachteten mich als den Chronisten der Familie. Und so verbrachten wir den Abend. Gegen Mitternacht erlosch das Gespräch, wie das Feuer im Kamin. Mitten in der langen Stille setzte sich Concha mit einem müden Seufzer auf und wollte María Fernanda wecken, die an ihrer Schulter eingeschlafen war:

»Oh!… Tochter meiner Seele, komm, wach auf!…«

Maria Fernanda öffnete ihre Augen, erfüllt vom unschuldigen kindlichen Schlaf. Ihre Mutter bückte sich und griff nach der Uhr in ihrer Schatulle mit den Ringen und dem Rosenkranz:

»Zwölf Uhr, und die Mädchen sind noch immer auf den Beinen. Schlaf nicht ein, meine Tochter.«

Und sie versuchte, Maria Fernanda, die mit dem Kopf auf einer Lehne des Kanapees lag, zum Aufstehen zu bewegen:

»Man wird euch sofort ins Bett bringen.«

Und während das Lächeln von der welken Rose ihres Mundes verschwand, stand sie da und blickte auf die jüngste ihrer Töchter, die wie ein pummeliger Engel

de Isabel, con el cabello suelto como un angelote sepultado en ondas de oro:

—¡Pobrecilla, me da pena despertarla!

Y volviéndose a mí, añadió:

—¿Quieres llamar, Xavier?

Al mismo tiempo Isabel trató de levantarse con la niña:

—No puedo: Pesa demasiado.

Y sonrió dándose por vencida, con los ojos fijos en los míos. Yo me acerqué, y cuidadosamente cogí en brazos a la pequeña sin despertarla: La onda de oro desbordó sobre mi hombro. En aquel momento oímos en el corredor los pasos lentos de Candelaria que venía en busca de las niñas para acostarlas. [166] Al verme con María Isabel en brazos, acercóse llena de familiar respeto:

—Yo la tendré, Señor Marqués. No se moleste más.

Y sonreía, con esa sonrisa apacible y bondadosa que suele verse en la boca desdentada de las abuelas. Silencioso por no despertar a la niña, la detuve con un gesto. Levantóse mi prima Isabel y tomó de la mano a María Fernanda, que lloraba porque su madre la acostase. Su madre le decía besándola:

—¿Quieres que se ofenda Isabel?

Y Concha nos miraba vacilante, deseosa por complacer a su hija:

—¡Dime, quieres que se ofenda?…

La niña volvióse a Isabel, suplicantes los ojos todavía adormecidos:

—¿Tú te ofendes?

[167] —¡Me ofendo tanto, que no dormiría aquí!

La pequeña sintió una gran curiosidad:

—¿Adonde irías a dormir?

—¿Adonde había de ir? ¡A casa del cura!

in Isabels Armen schlief, mit ihrem losem Haar in goldenen Wellen:

»Die Ärmste, es tut mir leid, sie zu wecken!«

Und zu mir gewandt, fügte sie hinzu:

»Willst du sie wecken, Xavier?«

In diesem Augenblick versuchte Isabel, mit dem Kind aufzustehen:

»Ich kann nicht: sie ist zu schwer.«

Sie lächelte, gab sich geschlagen und sah mich an. Ich ging hin und nahm die Kleine vorsichtig in die Arme, ohne sie zu wecken, die goldene Welle über meiner Schulter. In diesem Moment hörten wir im Korridor die langsamen Schritte Candelarias, auf der Suche nach den Kindern, um sie ins Bett zu bringen. Als sie mich mit Maria Isabel auf dem Arm sah, kam sie zu mir, vertraulich und respektvoll:

»Ich werde sie nehmen, Herr Marquis. Machen Sie sich keine Mühe.«

Und sie lächelte, mit diesem sanften und gütigen Lächeln, wie man es auf dem Mund einer fast zahnlosen Großmutter sieht. Leise, um das Mädchen nicht zu wecken, machte ich eine abwehrende Geste. Meine Cousine Isabel stand auf und nahm María Fernanda an die Hand. Die weinte, ihre Mutter sollte sie zu Bett bringen. Diese küßte sie und sagte:

»Willst du, daß Isabel gekränkt ist?«

Und Concha sah uns zögernd an, darauf bedacht, ihrer Tochter zu gefallen:

»Sag mir, willst du, daß sie gekränkt ist?«

Das Mädchen drehte sich zu Isabel um, ihre Augen waren noch schläfrig und flehend:

»Bist du gekränkt?«

»Ich bin gekränkt, ich möchte nicht hier schlafen!«

Das kleine Mädchen zeigte sich nun neugierig:

»Wohin willst du den schlafen gehen?«

»Wohin ich gehen soll? Zum Haus des Pfarrers!«

La niña comprendió que una dama de la casa de Bendaña sólo debía hospedarse en el Palacio de Brandeso, y con los ojos muy tristes se despidió de su madre. Concha quedó sola en el tocador. Cuando volvimos de la alcoba donde dormían las niñas, la encontramos llorando. Isabel me dijo en voz baja:

—¡Cada día está más loca por ti!

Concha sospechó que era otra cosa lo que me decía y a través de las lágrimas nos miró con ojos de celosa. Isabel aparentó no advertirlo: Sonriendo entró delante de mí y fue a sentarse en el canapé al lado de Concha.

—¿Qué te pasa, primacha?

[168] Concha, en vez de responder, se llevó el pañuelo a los ojos y después lo desgarró con los dientes. Yo la miré con una sonrisa de sutil inteligencia, y vi florecer las rosas en sus mejillas.

[169] AL CERRAR la puerta del salón que me servía de alcoba, distinguí en el fondo del corredor una sombra blanca que andaba lentamente, apoyándose en el muro. Era Concha. Llegó sin ruido:

—¿Estás sólo, Xavier?

—Sólo con mis pensamientos, Concha.

—¡Qué mala compañía!

—¡Adivinaste!… Pensaba en ti.

[170] Concha se detuvo en el umbral. Tenía los ojos asustados y sonreía débilmente. Miró hacia el corredor oscuro y estremecióse toda pálida:

—¡He visto una araña negra! ¡Corría por el suelo! ¡Era enorme! No sé si la traigo conmigo.

Y sacudió en el aire su luenga cola blanca. Después entramos, cerrando la puerta sin ruido. Concha se detuvo en medio de la estancia, mostrándome una carta que sacó del pecho:

—¡Es de tu madre!…

—¿Para ti o para mí?

Das Mädchen verstand, daß eine Dame aus dem Hause Bendaña nur im Palast Brandeso wohnen sollte, und mit traurigem Blick verabschiedete sie sich von ihrer Mutter. Concha blieb im Boudoir allein. Als wir aus dem Schlafzimmer der Mädchen zurückkamen, fanden wir sie weinend. Isabel sagte mit gedämpfter Stimme zu mir:

»Jeden Tag ist sie verrückter nach dir!«

Concha ahnte, daß sie etwas anderes meinte, und durch ihre Tränen hindurch sah sie uns mit eifersüchtigen Augen an. Isabel tat so, als bemerkte sie es nicht: lächelnd ging sie voran und setzte sich neben Concha auf das Kanapee.

»Was ist denn los, Cousinchen?«

Concha antwortete nicht, sie drückte ihr Taschentuch an die Augen und zerriß es dann mit den Zähnen. Ich sah sie mit einem hintergründigen Lächeln an, da erblühten die Rosen auf ihren Wangen.

ALS ICH die Tür des Salons, meines Schlafzimmers schloß, sah ich am Ende des Korridors einen weißen Schemen, der sich langsam bewegte, manchmal an die Wand gelehnt: Concha, sie kam lautlos näher.

»Bist du allein, Xavier?«

»Allein mit meinen Gedanken, Concha.«

»Was für eine schlechte Gesellschaft!«

»Du sagst es!… Ich habe an dich gedacht.«

Concha blieb auf der Schwelle stehen. Sie sah verängstigt aus und lächelte nur schwach. Sie blickte in den dunklen Korridor und schauderte, ganz bleich:

»Da war eine schwarze Spinne! Sie lief auf dem Boden! Riesig! Ich weiß nicht, ob sie hier irgendwo ist.«

Und sie schüttelte ihre lange weiße Schleppe aus. Dann gingen wir hinein und schlossen leise die Tür. Concha blieb mitten im Raum stehen und zeigte mir einen Brief, den sie aus ihrem Busen holte:

»Es ist von deiner Mutter!…«

»Für dich oder für mich?«

—Para mí.

Me la dio, cubriéndose los ojos con una mano. Yo la veía morderse los labios para no llorar. Al fin estalló en sollozos:

—¡Dios mío!… ¡Dios mío!

[171] —¿Qué te dice?

Concha cruzó las manos sobre su frente casi oscurecida por un mechón de cabellos negros, trágicos, extendidos como la humareda de una antorcha en el viento:

—¡Lee! ¡Lee! ¡Lee!… ¡Que soy la peor de las mujeres!… ¡Que llevo una vida de escándalo!… ¡Que estoy condenada!… ¡Que ofendo a Dios!…

Yo quemé la carta tranquilamente en las luces del candelabro. Concha gimió:

—¡Hubiera querido que la leyeses!

—No, hija mía… ¡Tiene muy mala letra!

Viendo volar la carta en cenizas, la pobre Concha enjugó sus lágrimas:

—¡Que la tía Soledad me escriba así, cuando yo la quiero y la respeto tanto!… ¡Que me odie, que me maldiga, cuando no tendría goce [172] mayor que cuidarla y servirla como si fuera su hija!… ¡Dios mío, qué castigada me veo!… ¡Decirme que hago tu desgracia!…

Yo, sin haber leído la carta de mi madre, me la figuraba. Conocía el estilo. Clamores desesperados y coléricos como maldiciones de una sibila. Reminiscencias bíblicas. ¡Había recibido tantas cartas iguales! La pobre señora era una santa. No está en los altares por haber nacido mayorazga y querer perpetuar sus blasones tan esclarecidos como los de Don Juan Manuel. De reclamar varonía las prémáticas nobiliarias y las fundaciones vinculares de su casa, hubiera entrado en un convento, y hubiera sido santa a la española, abadesa y visionaria, guerrera y fanática.
Hacía muchos años que mi madre —María Soledad

»Für mich.«

Sie gab ihn mir und bedeckte mit einer Hand ihre Augen. Ich konnte sehen, wie sie sich auf die Lippen biß, um nicht zu weinen. Schließlich brach sie in Schluchzen aus:

»Mein Gott… Mein Gott!«

»Was schreibt sie dir?«

Concha verschränkte die Hände über der Stirn, die von einer Strähne schwarzer Haare fast verdeckt war, tragisch, herb und verweht wie der Rauch einer Fackel im Wind:

»Lies! Lies!… Daß ich die schlechteste aller Frauen bin!… Daß mein Leben ein einziger Skandal ist!… Daß ich verdammt bin!… Daß ich Gott lästere!…«

Ganz ruhig verbrannte ich den Brief in den Kerzenflammen. Concha stöhnte:

»Ich wollte, daß du ihn liest!«

»Nein, mein Kind… Das ist ein übler Brief!«

Als der Brief zu Asche zerfiel, trocknete sich die arme Concha die Tränen:

»Daß Tante Soledad mir so schreibt, wo ich sie doch so sehr liebe und achte!… Daß sie mich haßt und mich verflucht, wo ich doch keine größere Freude kenne, als für sie zu sorgen und ihr zu dienen wie eine Tochter!… Mein Gott, wie bestraft komme ich mir vor!… Mir zu sagen, daß ich dir Schande mache!…«

Auch ohne den Brief zu lesen, konnte ich mir den Inhalt vorstellen. Ich kannte den Stil. Verzweifeltes, wütendes Gezeter, wie die Verwünschungen einer Sibylle, biblische Reminiszenzen. Ich hatte so viele solche Briefe erhalten! Die gute Frau war eine Heilige. Sie wird nicht verehrt, weil sie als Majoratsfrau geboren wurde und ihr Wappen so strahlend wie das von Don Juan Manuel verewigen wollte. Hätte sie auf die adlige Abstammung und die Ursprünge ihres Hauses Wert gelegt, wäre sie in ein Kloster eingetreten, und sie wäre eine Heilige, eine Äbtissin, eine Visionärin, Kriegerin und Fanatikerin geworden.
Viele Jahre lang hatte meine Mutter – María Soledad

Carlota Elena Agar y Bendaña— llevaba [173] vida retirada y devota en su Palacio de Bradomín. Era una señora de cabellos grises, muy alta, muy caritativa, crédula y despótica. Yo solía visitarla todos los otoños. Estaba muy achacosa, pero a la vista de su primogénito, parecía revivir. Pasaba la vida en el hueco de un gran balcón, hilando para sus criados, sentada en una silla de terciopelo carmesí, guarnecida con clavos de plata. Por las tardes, el sol que llegaba hasta el fondo de la estancia, marcaba áureos caminos de luz, como la estela de las santas visiones que María Soledad había tenido de niña. En el silencio oíase, día y noche, el rumor lejano del río, cayendo en la represa de nuestros molinos. Mi madre pasaba horas y horas hilando en su rueca de palosanto, olorosa y noble. Sobre sus labios marchitos vagaba siempre el temblor [174] de un rezo. Culpaba a Concha de todos mis extravíos y la tenía en horror. Recordaba, como una afrenta a sus canas, que nuestros amores habían comenzado en el Palacio de Bradomín, un verano que Concha pasó allí, acompañándola. Mi madre era su madrina, y en aquel tiempo la quería mucho. Después no volvió a verla. Un día, estando yo de caza, Concha abandonó para siempre el Palacio. Salió sola, con la cabeza cubierta y llorando, como los herejes que la Inquisición expulsaba de las viejas ciudades españolas. Mi madre la maldecía desde el fondo del corredor. A su lado estaba una criada pálida y con los ojos bajos: Era la delatora de nuestros amores. ¡Tal vez la misma boca habíale contado ahora que el Marqués de Bradomín estaba en el Palacio de Brandeso!… Concha no cesaba de lamentarse:

[175] —¡Bien castigada estoy!… ¡Bien castigada estoy!

Por sus mejillas resbalaban las lágrimas redondas, claras y serenas, como cristales de una joya rota. Los suspiros entrecortaban su voz. Mis labios bebieron aquellas lágrimas sobre los ojos, sobre las mejillas y en los rincones de la boca. Concha apoyó la cabeza en mi hombro, helada y suspirante:

—¡También te escribirá a ti! ¿Qué piensas hacer?

Carlota Elena Agar y Bendaña – ein zurückgezogenes und frommes Leben in ihrem Palast in Bradomín geführt. Sie war grauhaarig, groß, wohltätig, leichtgläubig und despotisch. Früher besuchte ich sie jeden Herbst. Sie war ziemlich gebrechlich, aber beim Anblick ihres Erstgeborenen lebte sie auf. Sie verbrachte ihr Leben in der Nische eines großen Balkons, saß in einem karmesinroten Samtsessel mit silbernen Nägeln und spann für die Dienerschaft. An den Nachmittagen zeichnete die Sonne, die tief in den Raum hineinstrahlte, goldene Lichtbahnen, wie die Spuren der heiligen Visionen, die Maria Soledad als Kind gehabt hatte. In der Stille konnten wir Tag und Nacht das Plätschern des Flusses am Stauwerk unserer Mühlen hören. Meine Mutter verbrachte Stunde um Stunde an ihrem Spinnrad aus edlem, duftenden Holz. Über ihre welken Lippen huschte oft das Zittern eines Gebetes. Sie verabscheute Concha, gab ihr die Schuld für meine Verirrungen. Ich erinnerte mich, daß unsere Liebe im Palast von Bradomín begann, – eine Beleidigung für ihr graues Haar – als Concha dort einen Sommer verbrachte, um ihr Gesellschaft zu leisten. Meine Mutter war ihre Patentante, damals liebte sie Concha sehr. Nach dem Zwischefall sahen sie sich nicht wieder. Eines Tages, ich war auf der Jagd, verließ Concha den Palast für immer. Sie ging allein hinaus, weinend, den Kopf bedeckt wie die von der Inquisition aus den alten spanischen Städten vertriebenenen Ketzer. Meine Mutter rief ihr aus der Tiefe der Halle Verwünschungen nach. Neben ihr stand mit gesenktem Blick ein blasses Dienstmädchen: sie war es, die unserer Liebesaffäre verraten hatte. Vielleicht hat derselbe Mund ihr jetzt erzählt, daß der Marquis von Bradomín im Palast Brandeso weilt!… Concha hörte nicht auf zu klagen:

»Ich bin gestraft!… Ich bin so schwer gestraft!«

Ruhig liefen ihre runden, klaren Tränen über die Wangen, wie Edelsteine eines zerbrochenen Juwels. Seufzer unterbrachen ihre Stimme. Meine Lippen tranken die Tränen von ihren Augen, von ihren Wangen und von ihrem Mund. Concha lehnte ihren Kopf an meine Schulter, seufzend, kalt:

»Sie wird auch dir schreiben! Was wirst du tun?«

Yo murmuré a su oído:

—Lo que tú quieras.

Ella guardó silencio y quedó un instante con los ojos cerrados. Después, abriéndolos cargados de amorosa y resignada tristeza, suspiró:

—Obedece a tu madre, si te escribe…

[176] Y se levantó para salir. Yo la detuve.

—No dices lo que sientes, Concha.

—Sí lo digo… Ya ves cuánto ofendo todos los días a mi marido… Pues te juro que en la hora de mi muerte, mejor quisiera tener el perdón de tu madre que el suyo…

—Tendrás todos los perdones, Concha… Y la bendición papal.

—¡Ah, si Dios te oyese! ¡Pero Dios no puede oírnos a ninguno de nosotros!

—Se lo diremos a Don Juan Manuel, que tiene más potente voz.

Concha estaba en la puerta y se recogía la cola de su ropón monacal. Movió la cabeza con disgusto:

—¡Xavier! ¡Xavier!

Yo le dije acercándome:

—¿Te vas?

[177] —Sí, mañana vendré.

—Mañana harás como hoy.

—No… Te prometo venir…

Llegó al fondo del corredor y me llamó en voz baja:

—Acompáñame… ¡Tengo mucho miedo a las arañas! No hables alto… Allí duerme Isabel.

Y su mano, que en la sombra era una mano de fantasma, mostrábame una puerta cerrada que se marcaba en la negrura del suelo por un débil resplandor:

—Duerme con luz.

Ich flüsterte ihr ins Ohr:

»Was immer du willst.«

Sie schwieg und schloß für einen Moment die Augen. Dann öffnete sie sie, liebevoll und mit resignierter Trauer, und seufzte:

»Gehorche deiner Mutter, wenn sie dir schreibt…«

Und sie erhob sich, um zu gehen. Ich hielt sie auf.«

»Du sagst nicht, was du fühlst, Concha.«

»Doch, ich sage es… Du siehst, wie sehr ich meinen Mann jeden Tag beleidige… Nun, ich schwöre dir, daß ich in der Stunde meines Todes lieber die Vergebung deiner Mutter hätte als seine…«

»Du wirst alle Vergebung erlangen, Concha… Und den päpstlichen Segen.«

»Ach, wenn Gott dich hören könnte! Aber Gott hört uns beide nicht!«

»Wir werden es Don Juan Manuel sagen, der hat eine mächtigere Stimme.«

Concha stand in der Tür, raffte den Zipfel ihrer Kutte zusammen und schüttelte angewidert den Kopf:

»Xavier! Xavier!«

Ich ging zu ihr und sagte:

»Gehst du weg?«

»Ja, aber morgen werde ich zu dir kommen.«

»Morgen wird es sein wie heute.«

»Nein… Ich verspreche dir, ich komme…«

Sie erreichte das Ende des Korridors und rief mich mit leiser Stimme:

»Komm mit mir… Ich habe große Angst vor Spinnen! Sprich leise… Isabel schläft dort.«

Und ihre Hand, im Schatten die Hand eines Gespenstes, zeigte auf eine geschlossene Tür, die sich in der Schwärze des Bodens durch einen schwachen Lichtschein abzeichnete:

»Sie schläft mit Licht.«

—Sí.

Yo entonces le dije, deteniéndome y reclinando su cabeza en mi hombro:

—¡Ves!… Isabel no puede dormir sola… ¡Imitémosla!

[178] Concha sofocó una leve risa en mi pecho. La cogí en brazos como si fuese una niña. Ahora reía en silencio. La llevé hasta la puerta de su alcoba, que estaba abierta sobre la oscuridad, y la posé en el umbral.

[179] ME ACOSTÉ rendido, y toda la mañana estuve oyendo entre sueños las carreras, las risas y los gritos de las dos pequeñas, que jugaban en la Terraza de los Miradores. Tres puertas del salón que me servía de alcoba daban sobre ella. Dormí poco, y en aquel estado de vaga y angustiosa conciencia, donde advertía cuándo se paraban las niñas ante una de las puertas, y cuándo gritaban en los miradores, el moscardón [180] verdoso de la pesadilla daba vueltas sin cesar, como el huso de las brujas hilanderas. De pronto me pareció que las niñas se alejaban: Pasaron corriendo ante las tres puertas: Una voz las llamaba desde el jardín. La terraza quedó desierta. En medio del sopor que me impedía de una manera dolorosa toda voluntad, yo columbraba que mi pensamiento iba extraviándose por laberintos oscuros, y sentía el sordo avispero de que nacen los malos ensueños, las ideas torturantes, caprichosas y deformes, prendidas en un ritmo funambulesco. En medio del silencio resonó en la terraza festivo ladrar de perros y música de cascabeles. Una voz grave y eclesiástica, que parecía venir de más lejos, llamaba:

—¡Aquí, Carabel!… ¡Aquí, Capitán!…

Era el Abad de Brandeso, que había venido [181] al Palacio después de misa, para presentar sus respetos a mis nobles primas:

—¡Aquí, Carabel! ¡Aquí, Capitán!

Concha e Isabel despedían al tonsurado desde la terraza:

»Ja.«

Dann blieb ich stehen, ihr Kopf lag an meiner Schulter, und ich sagte:

»Siehst du! Isabel kann nicht alleine schlafen… Machen wir es ihr nach!«

Concha unterdrückte ein Lachen, an meine Brust gelehnt. Ich nahm sie wie ein Kind in die Arme. Jetzt lachte sie leise. Ich trug sie zur Tür ihres Schlafzimmers, die in der Dunkelheit offen stand, und setzte sie an der Schwelle ab.

Ich legte mich ermattet nieder und hörte den ganzen Morgen im Schlaf das Laufen, Lachen und Schreien der beiden kleinen Mädchen, die auf der Terrasse des Pavillons spielten. Drei Türen des Zimmers, das mir als Schlafzimmer diente, führten dorthin. Ich schlief nur wenig, und in jenem Zustand vagen und ängstlichen Bewußtseins, in dem ich sehen konnte, wenn die Mädchen vor einer der Türen standen, und wenn sie auf der Terrasse schrien, kreiste unaufhörlich die grünliche Schmeißfliege des Albtraums, wie die Spindel spinnender Hexen. Plötzlich schien es mir, daß die Mädchen weggingen: Sie liefen an den Türen vorbei: Eine Stimme rief sie aus dem Garten. Die Terrasse war menschenleer. Inmitten der Schläfrigkeit, die meinen Willen schmerzhaft behinderte, spürte ich, wie meine Gedanken durch dunkle Labyrinthe wanderten, und ich spürte das dumpfe Wespennest, aus dem schlechte Träume geboren werden, quälende Ideen, bizarr und deformiert, gefangen in einem seiltänzerischen Rhythmus. Inmitten der Stille ertönte auf der Terrasse fröhliches Hundegebell und man hörte das Läuten der Glocken. Eine tiefe, pastorale Stimme, die von weither zu kommen schien, rief:

»Hierher, Carabel!… Hierher, Capitán!…«

Es war der Abt von Brandeso, der nach der Messe in den Palast gekommen war, um meinen edlen Cousinen seine Aufwartung zu machen:

»Hierher, Carabel! Hierher, Capitán!«

Concha und Isabel verabschiedeten sich von der Terrasse aus von dem Mann mit der Tonsur:

—¡Adiós, Don Benicio!

Y el Abad contestaba bajando la escalinata:

—¡Adiós, señoras! Retírense que corre fresco. ¡Aquí, Carabel! ¡Aquí, Capitán!

Percibí distintamente la carrera retozona de los perros. Luego, en medio de un gran silencio, se alzó la voz lánguida de Concha:

—¡Don Benicio, que mañana celebra usted misa en nuestra capilla! ¡No lo eche usted en olvido!…

Y la voz grave y eclesiástica, respondía:

—¡No lo echo en olvido!… ¡No lo echo en olvido!…

[182] Y como un canto gregoriano, se elevaba desde el fondo del jardín entre el cascabeleo de los perros. Después las dos damas se despedían de nuevo. Y la voz grave y eclesiástica repetía:

—¡Aquí, Carabel! ¡Aquí, Capitán!… Díganle al Señor Marqués de Bradomín que hace días, cazando con el Sumiller, descubrimos un bando de perdices. Díganle que a ver cuándo le caemos encima. Resérvenlo al Sumiller, si viene por el Palacio. Me ha encargado el secreto…

Concha e Isabel pasaron ante las tres puertas. Sus voces eran un murmullo fresco y suave. La terraza volvió a quedar en silencio, y en aquel silencio me desperté completamente. No pude volver a conciliar el sueño, e hice sonar la campanilla de plata, que [183] en la penumbra de la alcoba resplandecía con resplandor noble y eclesiástico, sobre una mesa antigua, cubierta con un paño de velludo carmesí. Florisel acudió para servirme, en tanto me vestía. Pasó tiempo, y de nuevo oí las voces de las dos pequeñas que volvían del palomar con Candelaria. Traían una pareja de pichones. Hablaban alborozadas, y la vieja criada les decía, como si refiriese un cuento de hadas, que cortándoles las alas, podrían dejarlos sueltos en el Palacio:

—¡Cuando la madrecita era como vosotras, mucho la divertía este divertimiento!

»Lebt wohl, Don Benicio!«

Der Abt kam die Treppe herunter und antwortete:

»Leben Sie wohl, meine Damen! Gehen Sie hinein, es ist frisch. Hierher, Carabel! Hierher, Capitán!«

Ich nahm deutlich das ausgelassene Treiben der Hunde wahr. Dann, nach einer großen Stille, erhob sich die träge Stimme Conchas:

»Don Benicio, daß Ihr morgen in unserer Kapelle die Messe feiert, vergeßt das nicht!«

Und die tiefe, pastorale Stimme antwortete:

»Ich werde das nicht vergessen!… Ich werde es nicht vergessen!…«

Und wie ein gregorianischer Gesang erhob sich seine Stimme aus der Tiefe des Gartens, beim Lärmen der Hunde. Die Damen verabschiedeten sich nochmals. Und die pastorale Stimme ertönte wieder:

»Hierher, Carabel! Hierher, Capitán! Sagen Sie dem Herrn Marquis, daß wir vor ein paar Tagen mit dem Kellermeister auf der Jagd eine Schar Rebhühner entdeckt haben. Wir wollen sehen, wann wir über sie herfallen. Der Kellermeister soll nicht leer ausgehen, wenn er in den Palast kommt. Er hat mir das Geheimnis anvertraut…«

Concha und Isabel gingen an den Türen vorbei. Ihre Gespräch klang frisch und sanft. Auf der Terrasse war es wieder still, und in dieser Stille wachte ich völlig auf. Ich konnte nicht mehr einschlafen und läutete die silberne Glocke, die in der Düsternis des Alkovens in edlem, klerikalen Schimmer glänzte, auf einem alten Tisch, der mit einem karmesinroten, flauschigen Tuch bedeckt war. Florisel kam, um mich zu bedienen, während ich mich anzog. Die Zeit verging, und wieder hörte ich die Stimmen der beiden kleinen Mädchen, die mit Candelaria mit zwei jungen Tauben vom Taubenschlag kamen. Sie unterhielten sich jauchzend, und die alte Dienerin erklärte ihnen, als ob sie ein Märchen erzählte, mit gestutzten Flügeln könne man die Tauben im Haus freilassen:

»Wenn es eurer Mutter so wie euch ginge, dann wäre sie entzückt über dieses Spektakel!«

Florisel abrió las tres puertas que daban sobre la terraza, y me asomé para llamar a las niñas, que corrieron a besarme cada una con su paloma blanca. Al verlas recordé aquellos dones celestes concedidos a las [184] princesas infantiles que perfuman la leyenda dorada como lirios de azul heráldico. Las niñas me dijeron:

—¿No sabes que el tío de Lantañón se fue al amanecer, en tu caballo?

—¿Quién os lo ha dicho?

—Hemos ido a verle, y hallamos todo abierto, puertas y ventanas, y la cama deshecha. Candelaria dice que ella le vio salir, y Florisel también.

Yo no pude menos de reírme:

—¿Y vuestra madre lo sabe?

—Sí.

—¿Y qué dice?

Las niñas se miraron vacilantes. Hubo entre ellas un cambio de sonrisas. Después exclamaron a un tiempo:

—Mamá dice que está loco.

[185] Candelaria las llamó, y se alejaron corriendo para cortar las alas a los pichones y soltarlos en las estancias del Palacio. Aquel juego que amaba tanto de niña, la pobre Concha.

[187] EN LA LUMINOSA pereza de la tarde, con todos los cristales del mirador dorados por el sol y las palomas volando sobre nuestras cabezas, Isabel y las niñas hablaban de ir conmigo a Lantañón para saber cómo había llegado el tío Don Juan Manuel. Isabel me preguntó:

—¿Qué distancia hay, Xavier?

—No más de una legua.

—Entonces podemos ir a pie.

[188] —¿Y no se cansarán las pequeñas?

—Son muy andarinas.

Florisel öffnete die drei Türen, die auf die Terrasse führten, und ich schaute hinaus, um die Mädchen zu rufen. Sie kamen herbei, um mich zu küssen, jede mit ihrer weißen Taube. Bei ihrem Anblick erinnerte ich mich an jene himmlischen Gaben für junge Prinzessinnen, die die goldene Legende wie Lilien in heraldischem Blau umranken. Die Mädchen sagten:

»Weißt du schon, daß der Onkel aus Lantañon im Morgengrauen auf deinem Pferd losgeritten ist?«

»Wer hat euch das erzählt?«

»Wir wollten zu ihm gehen und fanden Türen und Fenster offen. Das Bett war nicht gemacht. Candelaria sagt, sie hat ihn hinausgehen sehen, Florisel auch.«

Ich konnte mir das Lachen nicht verkneifen:

»Und weiß eure Mutter das?«

»Ja.«

»Und was sagt sie dazu?«

Die Mädchen sahen sich zögernd an. Das Lächeln der beiden veränderte sich ein wenig. Dann riefen sie gleichzeitig:

»Mama sagt, er ist verrückt.«

Candelaria rief sie, und sie liefen los, um den Tauben die Flügel zu stutzen und sie in den Räumen des Palastes freizulassen. Das Spiel, das die arme Concha als Kind so geliebt hatte.

IN DER HELLEN Muße des Nachmittags, als alle Fenster des Pavillons von der Sonne vergoldet waren und Tauben über uns flogen, sprachen Isabel und die Mädchen davon, sich mit mir nach Lantañón zu begeben, um zu sehen, wie es Onkel Don Juan Manuel ergangen war. Isabel fragte mich:

»Wie weit ist es, Xavier?«

»Nicht mehr als eine Meile.«

»Dann können wir zu Fuß gehen.«

»Und ist das nicht zu viel für die Kleinen?«

»Sie sind richtige Wandervögel.«

Y las niñas apresuradas, radiantes, exclamaron a un tiempo:

—¡No! ¡No!.. El año pasado hemos subido al Pico Sagro sin cansarnos.

Isabel miró hacia el jardín:

—Creo que tendremos buena tarde…

—¡Quién sabe! Aquellas nubes traen agua.

—Pero esas se van por otro lado.

Isabel confiaba en la galantería de las nubes. Nosotros dos hablábamos reunidos en el hueco de una ventana contemplando el cielo y el campo, mientras las niñas palmoteaban dando gritos, para que asustadas volasen las palomas. Al volverme vi a Concha: Estaba en la puerta, muy pálida, con los labios trémulos. Me miró y sus ojos me parecieron otros ojos: [189] Había en ellos afán, enojo y súplica. Llevándose las dos manos a la frente murmuró:

—Florisel me dijo que estabais en el jardín.

—Hemos estado.

—¡Parece que os ocultáis de mí!

Isabel repuso sonriendo:

—Sí, para conspirar.

Cogió a las niñas de la mano, y salió llevándoselas consigo. Quedéme a solas con la pobre Concha, que anduvo lánguidamente hasta sentarse en un sillón. Después suspiró como otras veces, diciendo que se moría. Yo me acerqué festivo, y ella se indignó:

—¡Ríete!… Haces bien, déjame sola, vete con Isabel…

Alcé una de sus manos y cerré los ojos, besándole los dedos reunidos en un haz oloroso, rosado y pálido.

[190] —¡Concha, no me hagas sufrir!

Ella agitó los párpados llenos de lágrimas, y murmuró en voz baja y arrepentida:

Und die Mädchen strahlten und riefen sofort und zugleich:

»Nein! Nein! Letztes Jahr haben wir den Pico Sagro bestiegen, ohne müde zu werden.«

Isabel schaute in den Garten hinaus:

»Ich denke, der Nachmittag wird schön…«

»Wer weiß? Diese Wolken bringen Regen.«

»Aber die ziehen doch woanders hin.«

Isabel vertraute auf die Höflichkeit der Wolken. Wir beide unterhielten uns in einer Fensternische und betrachteten den Himmel und die Landschaft, während die Mädchen schreiend in die Hände klatschten, um die Tauben aufzuscheuchen. Als ich mich umdrehte, sah ich Concha: Sie stand in der Tür, sehr blaß, mit zitternden Lippen. Sie sah mich an, und ihre Augen schienen mir anders zu sein: In ihnen sah ich Sehnsucht, Zorn und Flehen. Sie legte beide Hände an die Stirn und sagte leise:

»Florisel hat mir gesagt, daß ihr im Garten seid.«

»Wir waren.«

»Ihr scheint euch vor mir zu verstecken!«

Isabel antwortete lächelnd:

»Ja, es ist eine Verschwörung.«

Sie nahm die Mädchen bei der Hand und ging mit ihnen hinaus. Ich blieb mit der armen Concha allein. Sie ging schleppend umher und setzte sich schließlich in einen Sessel. Dann seufzte sie wie so oft und sagte, sie liege im Sterben. Ich ging heiter zu ihr, und sie war entrüstet:

»Lach' nur! Du hast recht, laß mich in Ruhe, geh mit Isabel…«

Ich hob ihre Hand, schloß die Augen und küßte ihre Finger, die sich zu einem duftenden, rosafarbenen und blassen Bouquet zusammengefunden hatten.

»Concha, laß mich nicht leiden!«

Sie drehte sich mit tränenerfüllten Augen herum und murmelte mit leiser, reumütiger Stimme:

—¿Por qué quieres dejarme sola?… Ya comprendo que tú no tienes la culpa… ¡Es ella, que sigue loca y que te busca!…

»Warum willst du mich allein lassen? Ich verstehe, es ist nicht deine Schuld… Sie ist immer noch wütend und sucht nach dir!…«

Sequé sus lágrimas y le dije:

Ich trocknete ihre Tränen und sagte:

—No hay más locura que la tuya, mi pobre Concha… Pero como es tan bella, no quisiera verla nunca curada…

»Es gibt keinen größeren Wahnsinn als den deinen, arme Concha… Aber da er so schön ist, möchte ich ihn niemals geheilt sehen…«

—Yo no estoy loca.

»Ich bin nicht verrückt.«

—Sí que estás loca… Loca por mí.

»Doch, du bist verrückt… Verrückt nach mir.«

Ella repitió con gentil enojo:

Sie wiederholte sie mit leichtem Zorn:

—¡No! ¡No! ¡No!…

»Nein! Nein! Nein!…«

—Sí.

»Doch.«

—Vanidoso.

»Du bist ja eingebildet.«

—¿Pues entonces, para qué quieres tenerme a tu lado?

»Warum willst du mich dann an deiner Seite haben?«

[191] Concha me echó los brazos al cuello y exclamó riendo, después de besarme:

Concha warf ihre Arme um meinen Hals und rief lachend, nachdem sie mich geküßt hatte:

—¡La verdad es que si tanto te envaneces de mi cariño será porque vale mucho!

»Die Wahrheit ist, wenn du so stolz auf meine Zuneigung bist, muß sie wohl viel wert sein!«

—¡Muchísimo!

»Ja, sehr viel!«

Concha pasó sus manos por mis cabellos, con una caricia lenta:

Concha fuhr mit ihren Händen durch mein Haar und streichelte es mit zögernder Langsamkeit:

—Déjalas ir, Xavier… Ya ves que te prefiero a mis hijas…

»Laß sie gehen, Xavier! Wie du siehst, bist du mir lieber als meine Töchter…«

Yo, como un niño abandonado y sumiso, apoyé la frente sobre su pecho y entorné los párpados, respirando con anhelo delicioso y triste aquel perfume de flor que se deshojaba:

Wie ein verlassenes und unterwürfiges Kind lehnte ich meine Stirn an ihre Brust, schloß die Augen und atmete mit köstlicher und trauriger Sehnsucht den Duft der verblühenden Blume:

—Haré cuanto tú quieras. ¿No lo sabes?

»Ich tue alles, was du willst. Weißt du das nicht?«

Concha murmuró, mirándome en los ojos y bajando la voz:

Concha sah mir in die Augen und sagte mit gedämpfter Stimme:

—¿Entonces no irás a Lantañón?

»Du willst also nicht nach Lantañón gehen?«

—No.

»Nein.«

[192] —¿Te contraría?

»Ärgert es dich?«

—No… Lo siento por las niñas, que estaban consentidas.

—Pueden ir ellas con Isabel… Las acompaña el mayordomo.

En aquel momento un aguacero repentino azotó los cristales y los follajes del jardín. Las nubes oscurecieron el sol. Quedó la tarde en esa luz otoñal y triste que parece llena de alma. María Fernanda entró muy afligida:

—¿Has visto qué mala suerte tenemos, Xavier? ¡Ya está lloviendo!

Después entró María Isabel:

—¿Si escampa nos dejas ir, mamá?

Concha respondió:

—Escampando, sí.

Y las dos niñas fueron a enterrarse en el fondo de una ventana: Con la cara pegada a [193] los cristales miraban llover. Las nubes pesadas y plomizas iban a congregarse sobre la Sierra de Céltigos, en un horizonte de agua. Los pastores, dando voces a sus rebaños, bajaban presurosos por los caminos, encapuchados en sus capas de juncos. El arco iris cubría el jardín, y los cipreses oscuros y los mirtos verdes y húmedos parecían temblar en un rayo de anaranjada luz. Candelaria con la falda recogida y chocleando las madreñas, andaba encorvada bajo un gran paraguas azul cogiendo rosas para el altar de la capilla.

[195] LA CAPILLA era húmeda, tenebrosa, resonante. Sobre el retablo campeaba un escudo de diez y seis cuarteles, esmaltados de gules y de azur, de sable y de sinople, de oro y de plata. Era el escudo concedido por ejecutorias de los Reyes Católicos al Capitán Alonso Bendaña, fundador del Mayorazgo de Brandeso: ¡Aquel Capitán que en los Nobiliarios de Galicia tiene una leyenda bárbara! Cuentan que habiendo [196] hecho prisionero en una cacería a su enemigo el Abad de Mos, le vistió con pieles de lobo y le soltó en el monte, donde el Abad murió atarazado por los

»Nein… Es tut mir nur leid für die Mädchen, es geht immer nach ihren Willen.«

»Die können mit Isabel gehen… Und der Majordomus begleitet sie.

In diesem Augenblick prasselte plötzlicher Regen auf die Scheiben und auf das Laub im Garten. Wolken verdeckten die Sonne. Der Nachmittag lag da, in diesem traurigen, ahnungsvollen Herbstlicht. María Fernanda trat ein, sehr bekümmert:

»Siehst du, welch ein Pech wir haben, Xavier? Es regnet schon!«

Dann kam María Isabel herein.

»Wenn es aufhört, dürfen wir dann gehen, Mama?«

Concha antwortete:

»Ja, wenn es aufklart.«

Und die beiden Mädchen drückten sich in die Nische eines Fensters und sahen mit dem Gesicht an der Scheibe dem Regen zu. Die schweren, bleiernen Wolken verdichteten sich über der Sierra de Céltigos zu einem Horizont aus Wasser. Die Hirten in ihren Umhängen aus Binsen trieben die Herden voran und zogen eilig weiter. Ein Regenbogen stand über dem Garten, und die dunklen Zypressen und die feuchtgrünen Myrten schienen in einem orangefarbenen Licht zu zittern. Candelaria, die ihren Rock geschürzt hatte und mit ihren Holzschuhen klapperte, ging unter einem großen blauen Regenschirm, um Rosen für die Kapelle zu pflücken.

[195] DIE KAPELLE war feucht und düster, unsere Schritte hallten wider. Über dem Altarbild hing ein Wappen mit sechzehn emaillierten Teilen, rot gestreift und blau, schwarz, grün, golden und silbern. Dieses Wappen war dem dem Hauptmann Alonso Bendaña, dem Gründer des Majorats von Brandeso, von den Katholischen Königen für Dienste verliehen worden war: jenem Hauptmann, über den es beim Adel Galiciens eine barbarische Geschichte gibt! Es wird erzählt, daß er seinen Feind, den Abt von Mos, bei einer Jagdpartie gefangen nahm, ihn in Wolfsfelle steckte und in den Bergen freiließ, wo

perros. Candelaria, la niñera de Concha, que como todos los criados antiguos, sabía historias y genealogías de la casa de sus señores, solía en otro tiempo referirnos la leyenda del Capitán Alonso Bendaña, como la refieren los viejos Nobiliarios que ya nadie lee. Además, Candelaria sabía que dos enanos negros se habían llevado al infierno el cuerpo del Capitán. ¡Era tradicional que en el linaje de Brandeso los hombres fuesen crueles y las mujeres piadosas!

Yo aún recuerdo aquel tiempo cuando había capellán en el Palacio y mi tía Águeda, siguiendo añeja e hidalga costumbre, oía misa acompañada por todas sus hijas, desde [197] la tribuna señorial que estaba al lado del Evangelio. En la tribuna tenían un escaño de velludo carmesí con alto respaldar que coronaban dos escudos nobiliarios, pero solamente mi tía Águeda, por su edad y por sus achaques, gozaba el privilegio de sentarse. A la derecha del altar estaba enterrado el Capitán Alonso Bendaña con otros caballeros de su linaje: El sepulcro tenía la estatua orante de un guerrero. A la izquierda estaba enterrada Doña Beatriz de Montenegro, con otras damas de distinto abolengo: el sepulcro tenía la estatua orante de una religiosa en hábito blanco como las Comendadoras de Santiago. La lámpara del presbiterio alumbraba día y noche ante el retablo labrado como joyel de reyes: Los áureos racimos de la vid evangélica parecían ofrecerse cargados de fruto. El [198] santo tutelar era aquel piadoso Rey Mago que ofreció mirra al Niño Dios: Su túnica de seda bordada de oro brillaba con el resplandor devoto de un milagro oriental. La luz de la lámpara, entre las cadenas de plata, tenía tímido aleteo de pájaro prisionero, como si se afanase por volar hacia el Santo.

Concha quiso que fuesen sus manos las que dejasen aquella tarde a los pies del Rey Mago los floreros cargados de rosas, como ofrenda de su alma devota. Después, acompañada de las niñas, se arrodilló ante el altar. Yo desde la tribuna solamente oía el murmullo de su voz, que guiaba moribunda las avemarías, pero cuando a las niñas

er von den Hunden zerfleischt wurde. Candelaria, ehedem Conchas Kindermädchen, die wie alle alten Dienerinnen die Geschichte und Genealogie ihrer Herrschaft kannte, pflegte uns die Sage vom Hauptmann Alonso Bendaña zu erzählen, wie sie von den alten Adligen berichtet wird. Heute liest das niemand mehrt. Außerdem wußte Candelaria, daß zwei schwarze Zwerge die Leiche des Hauptmanns in die Hölle brachten. Traditionell waren im Geschlecht der Brandeso Männer grausam und Frauen fromm!

Ich erinnere mich noch an die Zeit, als es im Palast einen Kaplan gab, und meine Tante Águeda nach altem und edlem Brauch die Messe in Begleitung aller ihrer Töchter von der stattlichen Tribüne neben dem Evangeliar hörte. Auf der Tribüne gab es einen Sitz aus karmesinrotem Samt mit einer hohen Lehne, die von zwei edlen Wappen gekrönt war, aber nur meine Tante Águeda genoß aufgrund ihres Alters und ihrer Gebrechen das Privileg, dort zu sitzen. Rechts vom Altar lagen der Hauptmann Alonso Bendaña und andere Ritter seines Geschlechts begraben: das Grabmal zeigt die Statue eines betenden Kriegers. Auf der linken Seite lagen Doña Beatriz de Montenegro und andere Damen herausragender Abstammung. Auf dem Grab stand die Figur einer betenden Nonne in der weißen Tracht der Comendadoras de Santiago. Im Presbyterium brannte Tag und Nacht eine Lampe vor dem Altarbild, das wie ein Schmuckstück der Könige geschnitzt war: die goldenen Trauben des himmlischen Weinstocks boten unerschöpfliche Frucht. Der Schutzheilige war derjenige der Heiligen Drei Könige, der dem Gotteskind Myrrhe opferte: sein seidenes, goldbesticktes Gewand leuchtete im andächtigen Glanz eines orientalischen Wunders. Das Licht der Lampe zwischen den silbernen Ketten war wie das scheue Flattern eines gefangenen Vogels, der versucht, dem Heiligen entgegenzufliegen.

Concha stellte an diesem Abend mit eigenen Händen die mit Rosen gefüllten Vasen zu Füßen des Schutzheiligen, als Opfergabe ihrer gläubigen Seele. Dann kniete sie zusammen mit den Mädchen vor dem Altar nieder. Von der Tribüne aus konnte ich nur das todesnahe Murmeln ihrer Stimme hören, als sie das Ave Maria vorbetete, aber als die Mädchen an der

les tocaba responder, oía todas las palabras rituales de la oración. Concha se levantó besando el rosario, cruzó el presbiterio santiguándose y [199] llamó a sus hijas para rezar ante el sepulcro del guerrero, donde también estaba enterrado Don Miguel Bendaña. Aquel señor de Brandeso era el abuelo de Concha. Hallábase moribundo cuando mi madre me llevó por primera vez al Palacio. Don Miguel Bendaña había sido un caballero déspota y hospitalario, fiel a la tradición hidalga y campesina de todo su linaje. Enhiesto como un lanzón, pasó por el mundo sin sentarse en el festín de los plebeyos. ¡Hermosa y noble locura! A los ochenta años, cuando murió, aún tenía el alma soberbia, gallarda y bien templada, como los gavilanes de una espada antigua. Estuvo cinco días agonizando, sin querer confesarse. Mi madre aseguraba que no había visto nada semejante. Aquel hidalgo era hereje. Una noche, poco después de su muerte, oí contar [200] en voz baja que Don Miguel Bendaña había matado a un criado suyo. ¡Bien hacía Concha rezándole por el alma!

Reihe waren, verstand ich alle rituellen Worte des Gebetes. Concha stand auf, küßte den Rosenkranz, bekreuzigte sich beim Durchqueren des Presbyteriums und rief ihre Töchter zum Gebet vor dem Grab des Kriegers, wo auch Don Miguel Bendaña liegt. Dieser Herr von Brandeso war der Großvater Conchas. Als meine Mutter mich zum ersten Mal in den Palast brachte, lag er im Sterben. Don Miguel Bendaña war ein selbstherrlicher, aber gastfreundlicher Herr, der den adeligen und bäuerlichen Traditionen seines Geschlechts treu blieb. Aufrecht wie ein Speer ging er durch die Welt, ohne sich mit den einfachen Leuten gemein zu machen. Schöne und edle Torheit! Als er im Alter von achtzig Jahren starb, war seine Seele immer noch stolz, mannhaft und beherrscht, wie das Kreuz zum Schutz der Hand bei einem Schwert. Er lag fünf Tage in Agonie, wollte aber nicht beichten. Meine Mutter sagte, sie habe so etwas noch nie gesehen. Dieser Edelmann war ein Ketzer. Eines Nachts, kurz nach seinem Tode, hörte ich, wie man munkelte, Don Miguel Bendaña habe einen seiner Diener getötet. Es war löblich von Concha, für seine Seele zu beten!

La tarde agonizaba y las oraciones resonaban en la silenciosa oscuridad de la capilla, hondas, tristes y augustas, como un eco de la Pasión. Yo me adormecía en la tribuna. Las niñas fueron a sentarse en las gradas del altar: Sus vestidos eran albos como el lino de los paños litúrgicos. Yo sólo distinguí una sombra que rezaba bajo la lámpara del presbiterio: Era Concha. Sostenía entre sus manos un libro abierto y leía con la cabeza inclinada. De tarde en tarde el viento mecía la cortina de un alto ventanal: Yo entonces veía en el cielo ya oscuro, la faz de la luna, pálida y sobrenatural, como una diosa que tiene su altar en los bosques y en los lagos… [201] Concha cerró el libro dando un suspiro, y de nuevo llamó a las niñas. Vi pasar sus sombras blancas a través del presbiterio y columbré que se arrodillaban a los lados de su madre. La luz de la lámpara temblaba con un débil resplandor sobre las manos de Concha, que volvían a sostener abierto el libro. En el silencio su voz leía piadosa y lenta. Las niñas escuchaban, y adiviné

Der Abend schritt voran, und die Gebete verklangen in der stillen Dunkelheit der Kapelle, tief, traurig und erhaben, wie ein Echo der Passion. Ich war auf der Tribüne eingeschlafen. Die Mädchen setzten sich auf die Altarstufen; ihre Kleider waren so weiß wie das Leinen der liturgischen Tücher. Ich konnte gerade noch einen Schatten unter der Lampe des Presbyteriums erkennen, Concha betete. Sie hielt ein aufgeschlagenes Buch in den Händen und las mit gesenktem Kopf. Manchmal bewegte der Wind den Vorhang eines hohen Fensters: Ich konnte dann am dunklen Himmel das Antlitz des Mondes sehen, blaß und übernatürlich, wie eine Göttin, deren Altäre die Wälder und die Seen sind… Concha schloß das Buch mit einem Seufzer und rief die Mädchen. Ich sah ihre weißen Schemen durch den Altarraum huschen, dann knieten sie an der Seite ihrer Mutter. Das Lampenlicht zitterte mit schwachem Schein auf Conchas Händen. Sie hatte das Buch wieder aufgeschlagen. In der Stille las sie langsam mit andächtiger Stimme. Die Mädchen lauschten, und ich erahnte

sus cabelleras sueltas sobre la albura del ropaje. Concha leía.

ihr wallendes Haar über dem blendenden Weiß ihrer Kleider. Concha las.

[203] ERA MEDIA NOCHE. Yo me hallaba escribiendo cuando Concha, envuelta en su ropón monacal, y sin ruido, entró en el salón que me servía de alcoba:

ES WAR MITTERNACHT, und ich schrieb gerade einen Brief, als Concha, in ihre Mönchskutte gehüllt, lautlos das Zimmer betrat, das mir als Schlafgemach diente:

—¿A quién escribes?

»An wen schreibst du?«

—Al secretario de Doña Margarita.

»An den Sekretär von Doña Margarita.«

—¿Y qué le dices?

»Und was teilst du ihm mit?«

—Le doy cuenta de la ofrenda que hice al Apóstol en nombre de la Reina.

»Ich berichte ihm von der Votivgabe an den Apostel im Namen der Königin.«

Hubo un momento de silencio. Concha, [204] que permanecía en pie, apoyadas las manos en mis hombros, se inclinó, rozándome la frente con sus cabellos:

Es gab einen Moment der Stille. Concha, die stehen geblieben war und ihre Hände auf meine Schultern gelegt hatte, beugte sich vor und strich mir mit ihrem Haar über die Stirn:

—¿Escribes al secretario, o escribes a la Reina?

»Schreibst du an den Sekretär oder an die Königin?«

Me volví con fría lentitud:

Ich drehte mich um, langsam und kalt:

—Escribo al secretario. ¿También tienes celos de la Señora?

»Ich schreibe an den Sekretär. Bist du auch auf die Königin eifersüchtig?«

Protestó vivamente: —¡No! ¡No!

Sie protestierte heftig: »Nein, nein!«

La senté en mis rodillas, y le dije, acariciándola:

Ich setzte sie auf meine Knie und streichelte sie:

—Doña Margarita no es como la otra…

»Doña Margarita ist nicht wie die andere…«

—A la otra también la calumnian mucho. Mi madre, que fue dama de honor, lo decía siempre.

»Die andere wird auch sehr verleumdet. Meine Mutter war eine Hofdame, sie hat das immer gesagt.«

Viéndome sonreír, la pobre Concha inclinó los ojos con adorable rubor:

Als sie mich lächeln sah, schlug Concha die Augen nieder und errötete indigniert:

[205] —Los hombres creéis todo lo malo que se dice de las mujeres… ¡Además, una reina tiene tantos enemigos!

»Ihr Männer glaubt alles Schlechte, was über Frauen gesagt wird… Außerdem hat eine Königin sehr viele Feinde!«

Y como la sonrisa aún no había desaparecido de mis labios, exclamó retorciéndome los negros mostachos con sus dedos pálidos:

Und weil mein Lächeln noch nicht von den Lippen verschwunden war, zwirbelte sie meinen schwarzen Schnurrbart mit ihren blassen Fingern und rief:

—¡Boca perversa!

»Schandmaul!«

Se puso en pie con ánimo de irse. Yo la retuve por una mano:

Sie erhob sich, mit der Absicht zu gehen. Ich hielt ihre Hand fest:

—Quédate, Concha.

—¡Ya sabes que no puede ser, Xavier!

Yo repetí:

—Quédate.

—¡No! ¡No!… Mañana quiero confesarme… ¡Temo tanto ofender a Dios!

Entonces, levantándome con helada y desdeñosa cortesía, le dije:

—¿De manera que ya tengo un rival?

[206] Concha me miró con ojos suplicantes:

—¡No me hagas sufrir, Xavier!

—No te haré sufrir… Mañana mismo saldré del Palacio.

Ella exclamó llorosa y colérica:

—¡No saldrás!

Y casi se arrancó la túnica blanca y monacal con que solía visitarme en tales horas. Quedó desnuda. Temblaba, y le tendí los brazos:

—¡Pobre amor mío!

A través de las lágrimas, me miró demudada y pálida:

—¡Qué cruel eres!… Ya no podré confesarme mañana.

La besé, y le dije por consolarla:

—Nos confesaremos los dos el día que yo me vaya.

[207] Vi pasar una sonrisa por sus ojos:

—Si esperas conquistar tu libertad con esa promesa, no lo consigues.

—¿Por qué?

—Porque eres mi prisionero para toda la vida.

Y se reía, rodeándome el cuello con los brazos. El nudo de sus cabellos se deshizo, y levantando entre las manos albas la onda negra, perfumada

»Bleib, Concha.«

»Du weißt, daß das nicht geht, Xavier!«

Ich wiederholte:

»Bleib hier.«

»Nein! Nein!… Morgen will ich zur Beichte gehen… Ich habe solche Angst, Gott zu beleidigen!«

Dann erhob ich mich mit kalter und verächtlicher Höflichkeit und sagte zu ihr:

»Ich habe also einen Rivalen?«

Concha sah mich mit flehenden Augen an:

»Laß mich nicht leiden, Xavier!«

»Ich werde dich nicht leiden lassen… Morgen schon werde ich gehen.«

Da rief sie weinend und wütend:

»Du wirst nicht gehen!«

Fast riß sie sich die weiße Kutte vom Leib, in der sie mich um diese Zeit zu besuchen pflegte. Nackt stand sie da. Sie zitterte, und ich streckte meine Arme aus:

»Meine arme Liebe!«

Durch ihre Tränen hindurch sah sie mich an, blaß und verkrampft:

»Wie grausam du bist! Ich werde morgen nicht zur Beichte gehen können.«

Ich küßte sie und sagte, um sie zu trösten:

»Am Tag, an dem ich abreise, gehen wir zusammen zur Beichte.«

Ich sah ein Lächeln über ihre Augen huschen:

»Wenn du hoffst, mit diesem Versprechen deine Freiheit zu gewinnen, wirst du keinen Erfolg haben.«

»Warum?«

»Denn du bist mein Gefangener, für immer.«

Und sie lachte und schlang ihre Arme um meinen Hals. Der Knoten ihres Haares löste sich, und sie nahm die schwarze, duftende und düstere Welle

y sombría, me azotó con ella. Suspiré parpadeando:

—¡Es el azote de Dios!

—¡Calla, hereje!

—¿Te acuerdas cómo en otro tiempo me quedaba exánime?

—Me acuerdo de todas tus locuras.

—¡Azótame, Concha! ¡Azótame como a un divino Nazareno!… ¡Azótame hasta morir!…

[208] —¡Calla!.. ¡Calla!..

Y con los ojos extraviados y temblándole las manos, empezó a recogerse la negra y olorosa trenza:

—Me das miedo cuando dices esas impiedades… Sí, miedo, porque no eres tú quien habla: Es Satanás… Hasta tu voz parece otra… ¡Es Satanás!…

Cerró los ojos estremecida y mis brazos la abrigaron amantes. Me pareció que en sus labios vagaba un rezo y murmuré riéndome, al mismo tiempo que sellaba en ellos con los míos:

—¡Amén!… ¡Amén! ¡Amén!…

Quedamos en silencio. Después su boca gimió bajo mi boca.

—¡Yo muero!

Su cuerpo aprisionado en mis brazos tembló [209] como sacudido por mortal aleteo. Su cabeza lívida rodó sobre la almohada con desmayo. Sus párpados se entreabrieron tardos, y bajo mis ojos vi aparecer sus ojos angustiados y sin luz:

—¡Concha!… ¡Concha!…

Como si huyese el beso de mi boca, su boca pálida y fría se torció con una mueca cruel:

—¡Concha!… ¡Concha!…

Me incorporé sobre la almohada, y helado y pru-

zwischen ihre weißen Hände und peitschte mich damit. Ich seufzte und blinzelte:

»Es ist die Geißel Gottes!«

»Sei still, du Ketzer!«

»Erinnerst du dich daran, wie ich einmal die Besinnung verloren hatte?«

»Ich erinnere mich an all deinen Wahnsinn.«

»Peitsche mich, Concha!« Peitsche mich wie einen göttlichen Christus!… Peitsche mich zu Tode!…«

»Sei still!… Sei still!…«

Mit verlorenem Blick und zitternden Händen begann sie, ihre schwarze, duftende Haarpracht zu ordnen:

»Du machst mir Angst, wenn du so lästerlich sprichst… Ja, Angst, denn das bist nicht du, der da spricht: es ist Satan… Sogar deine Stimme klingt anders… Es ist Satan!…«

Sie schloß zitternd die Augen, und ich umschlang sie liebevoll. Es schien mir, als läge ein Gebet auf ihren Lippen, und ich murmelte lachend, während ich ihre Lippen mit meinen versiegelte:

»Amen!… Amen! Amen!…«

Wir schwiegen. Dann seufzte sie, ihr Mund unter meinem.

»Ich sterbe!«

Ihr Körper, in meinen Armen gefangen, zitterte wie von einem tödlichen Wirbel geschüttelt. Ohnmächtig drehte sie ihren Kopf auf dem Kissen. Ihre Lider öffneten sich ein wenig, und ich sah ihre Augen, gequält und stumpf:

»Concha!… Concha!…

Als wollte sie meinem Kuß ausweichen, verzog sich ihr blasser, kalter Mund zu einer grausamen Grimasse:

»Concha! Concha!«

Ich richtete mich im Kissen auf und löste bestimmt

dente solté sus manos aún enlazadas en torno de mi cuello. Parecían de cera. Permanecí indeciso, sin osar moverme:

—¡Concha!… ¡Concha!…

A lo lejos aullaban canes. Sin ruido me deslicé hasta el suelo. Cogí la luz y contemplé aquel rostro ya deshecho y mi mano trémula tocó aquella frente. El frío y el reposo [210] de la muerte me aterraron. No, ya no podía responderme. Pensé huir, y cauteloso abrí una ventana. Miré en la oscuridad con el cabello erizado, mientras en el fondo de la alcoba flameaban los cortinajes de mi lecho y oscilaba la llama de las bujías en el candelabro de plata. Los perros seguían aullando muy distantes, y el viento se quejaba en el laberinto como un alma en pena, y las nubes pasaban sobre la luna, y las estrellas se encendían y se apagaban como nuestras vidas.

[211] DEJE ABIERTA la ventana, y andando sin ruido, como si temiese que mis pisadas despertasen pálidos espectros, me acerqué a la puerta que momentos antes habían cerrado trémulas de pasión aquellas manos ahora yertas. Receloso tendí la vista por el negro corredor y me aventuré en las tinieblas. Todo parecía dormido en el Palacio. Anduve a tientas palpando el muro con las manos. Era tan leve el rumor de mis [212] pisadas que casi no se oía, pero mi mente fingía medrosas resonancias. Allá lejos, en el fondo de la antesala, temblaba con agonizante resplandor la lámpara que día y noche alumbraba ante la imagen de Jesús Nazareno, y la santa faz, desmelenada y lívida, me infundió miedo, más miedo que la faz mortal de Concha. Llegué temblando hasta el umbral de su alcoba y me detuve allí, mirando en el testero del corredor una raya de luz, que marcaba sobre la negra oscuridad del suelo la puerta de la alcoba donde dormía mi prima Isabel. Temí verla aparecer despavorida, sobresaltada por el rumor de mis pasos, y temí que sus gritos pusiesen en alarma todo el Palacio. Entonces resolví entrar adonde ella estaba y contárselo todo. Llegué sin ruido, y desde el umbral, apagando la voz, llamé:

und vorsichtig ihre Hände von meinem Hals. Sie sahen aus wie Wachs. Ich war unschlüssig und wagte nicht, mich zu bewegen:

»Concha!… Concha!…«

In der Ferne heulten Hunde. Geräuschlos glitt ich zu Boden. Ich nahm das Licht und blickte in dieses Gesicht, das bereits besiegt war, und meine zitternde Hand berührte ihre Stirn. Ich erschrak über die Kälte und die Ruhe des Todes. Nein, jetzt konnte ich nicht mehr an mich halten. Ich dachte daran zu fliehen und öffnete vorsichtig ein Fenster. Mir sträubten sich die Haare. Ich blickte hinaus in die Dunkelheit, während hinten im Raum die Vorhänge meines Bettes wehten und die Flammen der Kerzen im silbernen Leuchter flackerten. Die Hunde heulten in der Ferne, der Wind stöhnte im Labyrinth wie eine gequälte Seele, Wolken zogen über den Mond, und die Sterne erglühten und verloschen wie unser Leben.

DAS FENSTER ließ ich offen. Lautlos, als fürchtete ich, meine Schritte könnten bleiche Gespenster aufwecken, ging ich zur Tür, die kurz zuvor von den nun starren Händen mit zitternder Leidenschaft geschlossen worden war. Ängstlich ging mein Blick in den dunklen Korridor, dann wagte ich mich in die Finsternis. Im Palast schienen alle zu schlafen. Ich ging tastend weiter und fühlte mit meinen Händen die Wand. Meine Schritte waren so leise, daß man sie kaum hörte, aber meine Sinne täuschten mir einen bedrohlichen Lärm vor. Weiter hinten in der Vorhalle flackerte das Licht, das Tag und Nacht vor dem Bildnis Jesu brannte, mit einem ersterbenden Flämmchen, und das heilige Gesicht, verwüstet und bleich, versetzte mich in Angst, schlimmer als das Totenantlitz Conchas. Ich kam zitternd bis zur Schwelle ihres Schlafzimmers, von wo am Ende des Korridors ein Lichtschein auf dem dunklen Fußboden zu sehen war, die Tür des Schlafzimmers von Isabel. Ich fürchtete, daß sie in Panik erscheinen könnte, aufgeschreckt durch das Geräusch meiner Schritte, und daß ihre Schreie den ganzen Palast in Alarm versetzen würden. Also wollte ich zu ihr gehen und ihr alles erzählen. Ich kam geräuschlos zur Tür und rief von der Schwelle aus mit gedämpfter Stimme:

[213] —¡Isabel!… ¡Isabel!…

»Isabel!… Isabel!…«

Me había detenido y esperé. Nada turbó el silencio. Di algunos pasos y llamé nuevamente:

Ich blieb stehen und wartete. Nichts störte die Stille. Ich ging ein paar Schritte und rief sie wieder:

—¡Isabel!… ¡Isabel!…

»Isabel!… Isabel!…«

Tampoco respondió. Mi voz desvanecíase por la vasta estancia como amedrentada de sonar. Isabel dormía. Al escaso reflejo de la luz que parpadeaba en un vaso de cristal, mis ojos distinguieron hacia el fondo nebuloso de la estancia un lecho de madera. En medio del silencio, levantábase y decrecía con ritmo acompasado y lento la respiración de mi prima Isabel. Bajo la colcha de damasco, aparecía el cuerpo en una indecisión suave, y su cabellera deshecha era sobre las almohadas blancas un velo de sombra. Volví a llamar:

Sie antwortete nicht. Meine Stimme verklang in dem großen Zimmer, ich fürchtete, zu laut zu sein. Isabel schlief. Im schwachen Schimmer des Lichtes, das in einem Glas flackerte, erkannte ich in der Tiefe des Raumes undeutlich ihr hölzernes Bett. Langsam und gleichmäßig hob und senkte sich der Atem meiner Cousine Isabel in der Stille. Unter der Damastdecke erschien ihr Körper in angedeuteter Sanftheit, und ihr loses Haar lag wie ein Schattenschleier auf den weißen Kissen. Ich rief wieder:

—¡Isabel!… ¡Isabel!…

»Isabel!… Isabel!…«

[214] Había llegado hasta su cabecera y mis manos se posaron al azar sobre los hombros tibios y desnudos de mi prima. Sentí un estremecimiento. Con la voz embargada grité:

Ich war beim Kopfende angelangt, und legte meine Hände zufällig auf die warmen, nackten Schultern meiner Cousine. Ich spürte ein Zittern und rief mit belegter Stimme:

—¡Isabel!… ¡Isabel!…

»Isabel!… Isabel!…«

Isabel se incorporó con sobresalto:

Isabel setzte sich erschrocken auf:

—¡No grites, que puede oír Concha!…

»Schrei doch nicht, Concha kann dich hören!…«

Mis ojos se llenaron de lágrimas, y murmuré inclinándome:

Meine Augen füllten sich mit Tränen, ich beugte mich vor und sagte leise:

—¡La pobre Concha ya no puede oírnos!

»Die arme Concha kann uns nicht mehr hören!«

Un rizo de mi prima Isabel me rozaba los labios, suave y tentador. Creo que lo besé. Yo soy un santo que ama siempre que está triste. La pobre Concha me lo habrá perdonado allá en el Cielo. Ella, aquí en la tierra, ya sabía mi flaqueza. Isabel murmuró sofocada:

Eine Locke meiner Cousine streifte meine Lippen, weich und verführerisch. Ich glaube, ich habe sie geküßt. Ich bin ein Mensch ohne Schuld, der liebt, der traurig ist. Die arme Concha im Himmel wird mir vergeben. Sie kannte meine Schwächen, hier auf Erden. Isabel sagte erstickt:

—¡Si sospecho esto echo el cerrojo!

»Wenn das so ist, dann schiebe ich den Riegel vor!«

—¿Adónde?

»Wo denn?«

[215] —¡A la puerta, bandolero! ¡A la puerta!

»An der Tür, Grausamer! An der Tür!«

No quise contrariar las sospechas de mi prima Isabel. ¡Hubiera sido tan doloroso y tan poco

Ich wollte der Vermutung meiner Cousine nicht widersprechen; es wäre so schmerzhaft und ungalant

galante desmentirla! Era Isabel muy piadosa, y el saber que me había calumniado la hubiera hecho sufrir inmensamente. ¡Ay!.. Todos los Santos Patriarcas, todos los Santos Padres, todos los Santos Monjes pudieron triunfar del pecado más fácilmente que yo! Aquellas hermosas mujeres que iban a tentarles no eran sus primas. ¡El destino tiene burlas crueles! Cuando a mí me sonríe, lo hace siempre como entonces, con la mueca macabra de esos enanos patizambos que a la luz de la luna hacen cabriolas sobre las chimeneas de los viejos castillos… Isabel murmuró, sofocada por los besos:

—¡Temo que se aparezca Concha!

[216] Al nombre de la pobre muerta, un estremecimiento de espanto recorrió mi cuerpo, y apenas pude sofocar un sollozo, pero Isabel debió pensar que eran muestra de amor. ¡Ella no supo jamás por qué yo había ido allí!

[217] CUANDO volví a ver con mis ojos mortales la faz amarilla y desencajada de Concha, cuando volví a tocar con mis manos febriles sus manos yertas, el terror que sentí fue tanto, que comencé a rezar, y de nuevo me acudió la tentación de huir por aquella ventana abierta sobre el jardín misterioso y oscuro. El soplo ululante de la noche hacía flamear los cortinajes y estremecía mis cabellos. En el cielo lívido empezaban [218] a palidecer las estrellas, y en el candelabro de plata el viento había ido apagando las luces, y quedaba una sola. Los viejos cipreses que se erguían al pie de la ventana, inclinaban lentamente sus cimas mustias, y la luna pasaba entre ellos fugitiva y blanca como alma en pena. El canto lejano de un gallo se levantó en medio del silencio anunciando el amanecer. Yo me estremecí, y miré con horror el cuerpo inanimado de Concha tendido en mi lecho. Después, súbitamente recobrado, encendí todas las luces del candelabro y le coloqué en la puerta para que me alumbrase el corredor. Volví, y mis brazos estrecharon con pavura el pálido fantasma que había dormido en ellos tantas veces. Salí con aquella fúnebre carga. En la puerta, una

gewesen, sie Lügen zu strafen! Isabel war sehr fromm, und das Wissen, mich falsch beschuldigt zu haben, hätte sie sehr geschmerzt. Ach!… Alle die Patriarchen, alle die heiligen Väter und alle die heiligen Mönche hätten leichter über die Sünde triumphieren können als ich! Jene schönen Frauen, die sie in Versuchung führen wollten, waren nicht ihre Cousinen. Das Schicksal spielt grausame Streiche! Wenn es mich anlächelte, dann immer so wie damals, mit den makabren Fratzen jener krummbeinigen Zwerge, die im Mondlicht auf den Schornsteinen alter Schlösser herumtollen… Erstickt von den Küssen, sagte Isabel leise:

»Ich habe Angst, daß Concha auftaucht!«

Beim Namen der armen Toten durchfuhr mich ein Beben des Grauens, und ich konnte ein Schluchzen kaum unterdrücken, aber Isabel mußte das für einen Liebesbeweis halten; sie wußte nicht, warum ich dorthin gegangen war!

ALS ICH mit meinen sterblichen Augen das bleiche, verzerrte Gesicht Conchas wieder sah, mit meinen fiebrigen Händen ihre steifen Hände wieder berührte, war der Schrecken, den ich empfand, so groß, daß ich zu beten begann, und wieder war ich versucht, durch das offene Fenster in den dunklen, geheimnisvollen Garten zu fliehen. Der heulende Nachtwind schlug die Vorhänge hin und her und fuhr in mein Haar. Am fahlen Himmel begannen die Sterne zu verblassen, und im silbernen Kronleuchter hatte der Wind alle Lichter ausgeblasen, bis auf eines. Die alten Zypressen, die am Fuße des Fensters standen, neigten ihre verdorrten Wipfel, und der Mond zog zwischen ihnen hindurch, flüchtig und weiß wie eine Seele im Schmerz. Das Krähen eines Hahns erhob sich in der Stille und kündigte die Morgendämmerung an. Ich schauderte und sah mit Entsetzen Conchas leblosen Körper auf meinem Bett liegen. Dann, als ich mich plötzlich gefaßt hatte, zündete ich alle Lichter des Kandelabers an und stellte ihn in die Tür, um den Korridor zu erhellen. Ich ging zurück, und umfaßte angstvoll den bleichen Geist, der so oft in meinen Armen geruht hatte. Dann ging ich mit dieser traurigen Last hinaus. An der Tür kam ihre Hand,

mano, que colgaba inerte, se abrasó en [219] las luces, y derribó el candelero. Caídas en el suelo las bujías siguieron alumbrando con llama agonizante y triste. Un instante permanecí inmóvil, con el oído atento. Sólo se oía el borboteo del agua en la fuente del laberinto. Seguí adelante. Allá, en el fondo de la antesala, brillaba la lámpara del Nazareno, y tuve miedo de cruzar ante la imagen desmelenada y lívida. ¡Tuve miedo de aquella mirada muerta! Volví atrás.

Para llegar hasta la alcoba de Concha era forzoso dar vuelta a todo el Palacio si no quería pasar por la antesala. No vacilé. Uno tras otro recorrí grandes salones y corredores tenebrosos. A veces, el claro de la luna llegaba hasta el fondo desierto de las estancias. Yo iba pasando como una sombra ante aquella larga sucesión de ventanas que solamente [220] tenían cerradas las carcomidas vidrieras, las vidrieras negruzcas, con emplomados vidrios, llorosos y tristes. Al cruzar por delante de los espejos cerraba los ojos para no verme. Un sudor frío empañaba mi frente. A veces, la oscuridad de los salones era tan densa que me extraviaba en ellos y tenía que caminar a la ventura, angustiado, yerto, sosteniendo el cuerpo de Concha en un solo brazo y con el otro extendido para no tropezar. En una puerta, su trágica y ondulante cabellera quedó enredada. Palpé en la oscuridad para desprenderla. No pude. Enredábase más a cada instante. Mi mano asustada y torpe temblaba sobre ella, y la puerta se abría y se cerraba, rechinando largamente. Con espanto vi que rayaba el día. Me acometió un vértigo y tiré… El cuerpo de Concha [221] parecía querer escaparse de mis brazos. Le oprimí con desesperada angustia. Bajo aquella frente atirantada y sombría comenzaron a entreabrirse los párpados de cera. Yo cerré los ojos, y con el cuerpo de Concha aferrado en los brazos huí. Tuve que tirar brutalmente hasta que se rompieron los queridos y olorosos cabellos…

Llegué hasta su alcoba que estaba abierta. Allí la oscuridad era misteriosa, perfumada y tibia, como si guardase el secreto galante de nuestras citas. ¡Qué trágico secreto debía guardar entonces!

die schlaff herunter hing, in die Arme des Leuchters, und der Kandelaber stürzte um. Die Kerzen fielen auf den Boden und brannten wie im Todeskampf weiter. Einen Augenblick lang stand ich regungslos lauschend da. Nur das Plätschern des Brunnens im Labyrinth war zu hören. Ich ging weiter. Dort, am Ende der Vorhalle, leuchtete die Lampe des Nazareners, und ich fürchtete mich, an dem bleichen Bildnis vorbeizugehen. Ich fürchtete mich vor diesem toten Blick, und machte kehrt!

Um zu Conchas Schlafzimmer zu gelangen, mußte ich um den ganzen Palast herumgehen, wenn ich die Vorhalle meiden wollte. Ohne zu zögern, ging ich der Reihe nach durch die großen Salone und die düsteren Korridore. Manchmal schien das Mondlicht tief in die verlassenen Räume. Ich passierte wie ein Schatten jene lange Reihe von Fenstern, deren wurmzerfressene Flügel geschlossen waren, mit schwärzlichem Buntglas, mit Rahmen aus Blei, klagend und traurig. Als ich an den Spiegeln vorbei kam, schloß ich die Augen, um mich nicht selber sehen zu müssen. Kalter Schweiß stand mir auf der Stirn. Manchmal waren die Korridore so dunkel, daß ich mich verirrte und auf gut Glück weitergehen mußte, voller Angst und wie gelähmt, mit Conchas Körper in einem Arm, den anderen ausgestreckt, um nicht zu stolpern. An einer Tür blieben Strähnen ihres Haares unglücklich hängen. Ich tastete in der Dunkelheit, um sie zu lösen. Es ging nicht. Das Haar verwirrte sich immer mehr. Ängstlich und ungeschickt zitterte meine Hand, und die Tür öffnete und schloß sich knarrend. Ich sah mit Entsetzen, daß der Tag anbrach. Mir wurde schwindlig und ich zog… Conchas Körper schien sich aus meinen Armen befreien zu wollen. Ich drückte sie mit verzweifelter Angst an mich. Unter der überschatteten angespannten Stirn begannen die wächsernen Augenlider sich zu öffnen. Ich schloß die Augen und floh, mit Conchas Körper in den Armen. Ich mußte brutal ziehen, bis die geliebten duftenden Haare zerrissen…

Ich kam zu ihrem Schlafzimmer, es war offen. Das Dunkel war geheimnisvoll, duftend und warm, als ob es das Mysterium unserer erotischen Begegnung bewahren wollte. Welch ein tragisches Geheimnis

Cauteloso y prudente dejé el cuerpo de Concha tendido en su lecho y me alejé sin ruido. En la puerta quedé irresoluto y suspirante. Dudaba si volver atrás para poner en aquellos labios helados el beso postrero: Resistí la tentación. [222] Fue como el escrúpulo de un místico. Temí que hubiese algo de sacrílego en aquella melancolía que entonces me embargaba. La tibia fragancia de su alcoba encendía en mí, como una tortura, la voluptuosa memoria de los sentidos. Ansié gustar las dulzuras de un ensueño casto y no pude. También a los místicos las cosas más santas les sugestionaban, a veces, los más extraños diabolismos. Todavía hoy el recuerdo de la muerta es para mí de una tristeza depravada y sutil: Me araña el corazón como un gato tísico de ojos lucientes. El corazón sangra y se retuerce, y dentro de mí ríe el Diablo que sabe convertir todos los dolores en placer. Mis recuerdos, glorias del alma perdidas, son como una música lívida y ardiente, triste y cruel, a cuyo extraño son danza el fantasma lloroso [223] de mis amores. ¡Pobre y blanco fantasma, los gusanos le han comido los ojos, y las lágrimas ruedan de las cuencas! Danza en medio del corro juvenil de los recuerdos, no posa en el suelo, flota en una onda de perfume. ¡Aquella esencia que Concha vertía en sus cabellos y que la sobrevive! ¡Pobre Concha! No podía dejar de su paso por el mundo más que una estela de aromas. ¿Pero acaso la más blanca y casta de las amantes ha sido nunca otra cosa que un pomo de divino esmalte, lleno de afroditas y nupciales esencias?

mußte es bewahren! Vorsichtig und besonnen legte ich Conchas Körper auf ihr Bett und ging leise fort. Unschlüssig und seufzend blieb ich an der Tür stehen. Ich zögerte, ob ich umkehren sollte, um diesen eisigen Lippen den letzten Kuß zu geben: doch ich widerstand der Versuchung. Es war wie das Schuldgefühl eines Mystikers. Ich fürchte, das Sakrileg war Ursache für die Melancholie, die mich dann ergriff. Der warme Duft ihres Schlafzimmers entfachte in mir wie eine Folter die sinnliche Erinnerung. Ich wollte gern die Süße eines keuschen Traumes kosten, doch ich konnte nicht. Selbst für die Mystiker waren die heiligsten Dinge manchmal Spuren eines rätselhaften teuflischen Wirkens. Noch heute ist der Gedanke an die Tote mit einer morbiden und feinen Trauer verbunden: sie kratzt an meinem Herzen wie eine besessene Katze mit brennenden Augen. Mein Herz blutet und windet sich, und in mir lacht der Teufel, der es versteht, jeden Schmerz in Freude zu verwandeln. Meine Erinnerung, Herrlichkeit der verlorenen Seele, ist wie eine fahle und feurige Musik, traurig und grausam, zu deren seltsamem Klang das weinende Gespenst meiner Liebe tanzt. Armes weißes Gespenst, die Würmer haben deine Augen gefressen, und Tränen tropfen aus den Höhlen! Sie tanzt im jugendlichen Reigen der Erinnerung, sie steht nicht auf dem Boden, sondern schwebt in einer Wolke von Duft, jenes Parfüms, das Concha in ihr Haar tat, das sie überlebt! Arme Concha! Sie konnte bei ihrem Gang durch die Welt nichts als Spuren von Duft hinterlassen. Aber vielleicht war die strahlendste und keuscheste aller Liebenden nichts anderes als ein Gefäß aus göttlichem Schmelz, gefüllt mit Essenzen der liebenden Vereinigung?

[225] MARIA ISABEL y María Fernanda anunciáronse primero llamando en la puerta con sus manos infantiles. Después alzaron sus voces frescas y cristalinas, que tenían el encanto de las fontanas cuando hablan con las yerbas y con los pájaros:

—¿Podemos pasar, Xavier?

—Adelante, hijas mías.

Era ya muy entrada la mañana, y llegaban [226]

MARIA ISABEL und Maria Fernanda kündigten sich an, indem sie mit ihren Kinderhänden an die Tür klopften. Dann erhoben sie ihre frischen, kristallklaren Stimmen, Stimmen mit dem Liebreiz von Brunnen, wenn sie mit den Kräutern und den Vögeln sprechen:

»Können wir reinkommen, Xavier?«

»Kommt herein, meine Töchter.«

Es war spät am Morgen, und sie kamen, um mich

en nombre de Isabel a preguntarme cómo había pasado la noche. ¡Gentil pregunta, que levantó en mi alma un remordimiento! Las niñas me rodearon en el hueco del balcón que daba sobre el jardín. Las ramas verdes y foscas de un abeto rozaban los cristales llorosos y tristes. Bajo el viento de la sierra, el abeto sentía estremecimientos de frío, y sus ramas verdes rozaban los cristales como un llamamiento del jardín viejo y umbrío que suspiraba por los juegos de las niñas. Casi al ras de la tierra, en el fondo del laberinto, revoloteaba un bando de palomas, y del cielo azul y frío descendía avizorado un milano de luengas alas negras:

—¡Mátalo, Xavier!… ¡Mátalo!…

Fui por la escopeta, que dormía cubierta de polvo en un ángulo de la estancia, y [227] volví al balcón. Las niñas palmotearon:

—¡Mátalo! ¡Mátalo!

En aquel momento el milano caía sobre el bando de palomas que volaba azorado. Echéme la escopeta a la cara, y cuando se abrió un claro, tiré. Algunos perros ladraron en los agros cercanos. Las palomas arremolináronse entre el humo de la pólvora. El milano caía volinando, y las niñas bajaron presurosas y le trajeron cogido por las alas. Entre el plumaje del pecho brotaba viva la sangre… Con el milano en triunfo se alejaron. Yo las llamé sintiendo nacer una nueva angustia:

—¿Adónde vais?

Ellas desde la puerta se volvieron sonrientes y felices:

—¡Verás qué susto le damos a mamá cuando se despierte!…

[228] —¡No! ¡No!

—¡Un susto de risa!

No osé detenerlas, y quedé solo con el alma cubierta de tristeza. ¡Qué amarga espera! ¡Y qué mortal instante aquel de la mañana alegre, vestida de luz, cuando en el fondo del Palacio se levantaron gemidos inocentes, ayes desgarrados y lloros

in Isabels Namen zu fragen, wie ich die Nacht verbracht hätte; eine freundliche Frage, die einen Stich der Reue in meiner Seele hervorrief! Die Mädchen umringten mich in der Nische des Balkons, der zum Garten hin sah. Die grünen, zerzausten Zweige einer Tanne streiften die melancholischen Scheiben. Im Wind von den Bergen zitterte die Tanne vor Kälte, und ihre Zweige berührten das Glas wie ein Hilferuf aus dem alten, schattigen Garten, der sich nach den Spielen der Mädchen sehnte. Hinten im Labyrinth, dicht über dem Boden, flatterten Tauben, und im kalten blauen Himmel drohte ein Milan mit langen schwarzen Flügeln herabzustoßen:

»Töte ihn, Xavier!… Töte ihn!…«

Ich holte die Flinte, die staubbedeckt in der Ecke des Zimmers lag, und kehrte auf den Balkon zurück. Die Mädchen klatschten in die Hände:

»Töte ihn! Töte ihn!«

In diesem Moment stürzte sich der Milan auf die Tauben, die in Panik aufflogen. Ich riß die Flinte hoch, und als sich eine Lücke auftat, schoß ich. In den nahen Äckern bellten Hunde. Tauben wirbelten im Pulverdampf herum. Der Milan fiel taumelnd zu Boden, und die Mädchen rannten hinunter und packten ihn an den Flügeln. Blut strömte in Stößen aus dem Gefieder seiner Brust… Im Triumph liefen sie mit dem Milan davon. Ich spürte neue Angst aufkommen und rief ihnen nach:

»Wohin wollt ihr?«

An der Tür drehten sie sich um, lächelnd und glücklich:

»Du wirst sehen, welchen Schrecken wir Mama einjagen, wenn sie aufwacht!…«

»Nein! Nein!«

»Ein Mordsspaß!«

Ich wagte es nicht, sie aufzuhalten, und so blieb ich mit meiner traurigen Seele allein. Was für ein bitteres Warten! Und was für ein tödlicher Augenblick an jenem fröhlichen Morgen, der in Licht gehüllt war, als in den Tiefen des Palastes maßloses Schluchzen,

violentos!… Yo sentía una angustia desesperada y sorda enfrente de aquel mudo y frío fantasma de la muerte que segaba los sueños en los jardines de mi alma. ¡Los hermosos sueños que encanta el amor! Yo sentía una extraña tristeza como si el crepúsculo cayese sobre mi vida y mi vida, semejante a un triste día de Invierno, se acabase para volver a empezar con un amanecer sin sol. ¡La pobre Concha había muerto! ¡Había muerto aquella [229] flor de ensueño a quien todas mis palabras le parecían bellas! ¡Aquella flor de ensueño a quien todos mis gestos le parecían soberanos!… ¿Volvería a encontrar otra pálida princesa, de tristes ojos encantados, que me admirase siempre magnífico? Ante esta duda lloré. ¡Lloré como un Dios antiguo al extinguirse su culto!

herzzerreißendes Schreien und heftiges Weinen laut wurde… Ich fühlte eine verzweifelte und dumpfe Angst angesichts dieses stummen und kalten Geistes des Todes, der die Träume im Garten meiner Seele niedermähte, die schönen Träume, von der Liebe verzaubert! Ich fühlte eine seltsame Traurigkeit, als ob eine Dämmerung über mich hereinbräche, und mein Leben wie ein trauriger Wintertag zu Ende ginge, ohne Sonne am nächsten Morgen. Die arme Concha war tot! Die träumerische Blume, der alle meine Worte schön erschienen, war tot! Die träumerische Blume, für die all mein Handeln großartig war!… Würde ich jemals wieder eine blasse Prinzessin mit so traurigen, verzauberten Augen finden, die mich dermaßen bewundert? Bei diesem Gedanken mußte ich weinen, weinen wie ein alter Gott, den niemand mehr anbetet!

Spanische Erzählung / Cuento español:

Sonata de otoño
http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/sonata-de-otono-memorias-del-marques-de-bradomin-875790/html/dca02929-00e4-41dd-b044-afd2328938a5_2.html

Illustration / Ilustración:
https://en.todocoleccion.net/old-books/ramon-valle-inclan-sonata-otono~x141367882

Übersetzung und Gestaltung / Traducción y diseño:
Gernot Hoffmann

Übersetzt unter Verwendung von www.DeepL.com/Translator /
Traducido usando www.DeepL.com/Translator

Dank an Renate Ndarurinze für ihre Hilfe /
Gracias a Renate Ndarurinze por su ayuda

Dieses Dokument / este documento / 28.Mai 2022:
http://docs-hoffmann.de/valleinclansonata08122022.pdf